



Nahuel Moreno

**¿Y después de
Perón, qué?**

Nahuel Moreno

¿Y después de Perón, qué?

1956

Diseño de tapa e interior: Daniel Iglesias

Notas del editor: Daniel Iglesias

www.nahuelmoreno.org

www.uit-ci.org

www.izquierdasocialista.org.ar

Copyright by CEHuS Centro de Estudios Humanos y Sociales

Buenos Aires, 2021

cehus2014@gmail.com



Índice

Prefacio a la edición de 2021	1
-------------------------------------	---

¿Y después de Perón qué?

Introducción	2
1. El peronismo cayó por no ser un auténtico gobierno obrero	4
2. La experiencia de las últimas grandes huelgas	8
3. La tarea fundamental del presente	11
4. Reorganizar el movimiento sindical.....	17
a) Aumento de salarios del 50%, masivo y parejo para todos los trabajadores	18
b) Salario mínimo y vital de 1.600 pesos y escala móvil de salarios para todos los trabajadores.....	18
c) Garantía horaria de 80 horas quincenales y seguro contra la desocupación.....	19
5. Reorganizar el movimiento obrero para liquidar al actual gobierno.....	19
6. El movimiento sindical reorganizado debe oponerse al Plan Prébisch.....	24
7. El plan yanqui de colonización de Latinoamérica.....	29
8. Luchemos por reconquistar nuestra independencia nacional.....	32
9. El movimiento obrero reorganizado debe oponer un frente antiyanqui	34
10. Luchemos por la derogación del estado de sitio y por conseguir la libertad de presos políticos y sociales	38
11. La principal tarea democrática es conquistar la legalidad para el peronismo	42
12. La intransigencia radical: expresión de las contradicciones de la moderna clase media.....	44
13. La crisis del comunismo stalinista	45
14. ¡Abajo las sectas!.....	47
15. ¿A dónde vamos?	51
16. Formemos una tendencia sindical anticapitalista y antiimperialista consecuente	53
17. El movimiento obrero debe tener una política independiente y propia	55
18. La nueva dirección del movimiento obrero entronca con nuestro futuro como partido revolucionario.....	57

Apéndice

19. Una aventura trágica: el golpe peronista	59
20. Las elecciones sindicales obligan a luchar por nuevas direcciones.....	62
Hasta ahora la principal tarea era salvar la organización y la unidad sindical	62
Fuera los “libres” y carneros de las direcciones de los sindicatos	64
Las altas direcciones peronistas tampoco sirven. Los delegados y los dirigentes de fábrica, sí	64
Necesidad de una nueva dirección	65
Organizar a los activistas en agrupaciones sindicales que disputen las elecciones	65
21. Al plan político del gobierno hay que oponerle una política independiente	65
La pugna de la intransigencia radical con los otros partidos políticos	66
La división entre los radicales	66
La clase obrera no puede quedarse en silencio ni quieta, necesita tener una política independiente.....	67

Prefacio a la edición de 2021

En setiembre de 1955, culminó con éxito la ofensiva del imperialismo yanqui, apoyada por un sector importante de la burguesía argentina, la iglesia católica y los partidos comunista y socialista, que derrocó al gobierno nacionalista burgués de Perón.

En www.nahuelmoreno.org están disponibles dos folletos que expresan de conjunto los análisis y la política de Nahuel Moreno y su partido para aquellos años. Son *1954, año clave del peronismo*, y *¿Quiénes supieron luchar contra la “revolución libertadora” antes del 16 de septiembre de 1955?*, editado por primera vez en 1957.

Consumada la derrota de los trabajadores y la proscripción del peronismo, Moreno publicó en 1956 un folleto titulado *¿Y después de Perón, qué?* En 2012 lo reeditó El Socialista, en el libro *El golpe gorila de 1955. Las posiciones del trotskismo*. En ese folleto Moreno presentaba un análisis marxista de conjunto del carácter de clase del peronismo desde sus orígenes, su papel para impedir que los trabajadores desarrollaran una alternativa de independencia política, y las razones de su derrota ante la ofensiva imperialista. Pero tan o más importante aún, presentaba una propuesta política revolucionaria, que en aquellos momentos la desarrollaba la organización Palabra Obrera.

Las notas son del editor al menos que se indique diferente.

Los editores

Septiembre 2021

¿Y después de Perón, qué?

Introducción

El peronismo ha sido un fenómeno nuevo en el país; su caída un hecho histórico. Tan grande es su importancia que el análisis de su significado constituye una cuestión decisiva para cualquier activista sindical o político. Nosotros hicimos un análisis certero de aquel fenómeno. No conformes con ello alertamos a lo largo de un año sobre lo inevitable de la caída del gobierno peronista si no apelaba a la movilización de las masas. Precisamente por esto creemos necesario comenzar el presente documento analizando las consecuencias más importantes, para el país y la clase obrera, de la caída del actualmente denominado “régimen depuesto”.

Si dejamos de lado las profundas razones nacionales e internacionales, económicas, sociales y políticas que provocaron el peronismo, para subrayar los aspectos más evidentes que lo caracterizaron, tendremos que reconocer que el peronismo fue el primer gobierno argentino que contó con un total apoyo de la clase obrera y que, también, fue el primer gobierno argentino que logró ejercer un control total sobre la vida nacional en todas sus esferas. Si no nos asustamos de las palabras podemos sintetizar al peronismo como un gobierno totalitario (que todo lo controlaba), que contó con el apoyo masivo de la clase obrera porque fue quien mayores concesiones le hizo.

Dado que los contreras al servicio del actual gobierno definen al peronismo igual que nosotros, como totalitario, se nos hace una obligación demostrar las profundas diferencias que tenemos en la interpretación del fenómeno peronista. Que para nosotros es una definición científica y no insultante el calificativo de totalitario, como lo es para el contrera, lo revela el hecho que el propio activista sindical peronista vio con claridad que aún en los casos en que el gobierno peronista se ponía de su parte frente a la patronal, controlaba su acción impidiéndole una actividad independiente. Miles de veces hemos oído de sus labios aquello de “...no hay caso, no se puede seguir adelante sin orden de arriba”. Este fenómeno de control se extendió a todas las actividades del país. Alcanzó a la prensa regimentada, como a las emisoras de radio y demás órganos de expresión. Sin embargo, esto no significa que cantemos loas a la “revolución libertadora” diciendo que ahora todo es mejor. Lejos de ello, considerado en bloque, el actual régimen es mucho más reaccionario, o sea mucho peor que el anterior. Pero esto no impide que señalemos los hechos tal como ocurrieron. El peronismo, por un lado, fue el gobierno que mayores conquistas otorgó a la clase obrera y, por otro, fue un aparato totalitario de control de toda la actividad nacional.

Es inevitable que nos preguntemos ¿cuáles fueron las razones que motivaron la existencia de un gobierno tan contradictorio y, al mismo tiempo, de formas claramente totalitarias? Varias.

Primero: evitar que el imperialismo yanqui con sus inmensos recursos, embarcado en un amplio plan de colonización del país y Latinoamérica, utilizara las libertades democráticas para crear una corriente que preparara la liquidación del peronismo. Segundo: impedir que la clase obrera, sin el freno totalitario, liquidara la tutela peronista y siguiera una política independiente

contra los patrones ligados al peronismo. Estas son las razones fundamentales, pero no las únicas que existieron. Con el control general se impedía además que la lucha de clases tomara un aspecto franco y abierto con las consecuencias que ello supone. Se impedía también que la patronal, apoyándose en sus partidos y secundada por la clase media, se lanzara brutalmente contra la clase obrera, base de sustentación del régimen. El aparato totalitario del peronismo es cosa del pasado y no tendrá repetición. Ya no podrá haber en el futuro un gobierno totalitario, con el apoyo masivo de la clase obrera, como lo fue el peronismo. Precisamente, es al liquidar la posibilidad de su repetición como gobierno totalitario con base de masas que la caída del peronismo inaugura una nueva etapa histórica en el país, caracterizada por dos hechos decisivos: la clase obrera considera al actual gobierno como a su enemigo mortal y el imperialismo yanqui, por el contrario, lo cree su agente incondicional. Esta nueva etapa tiene entre sus características fundamentales las siguientes; primera: el imperialismo hará sentir de ahora en más su plan de colonización. Este adquirirá claridad para todo el mundo. Hasta el presente, el totalitarismo peronista escondió a los ojos de las grandes masas el verdadero carácter de la ofensiva yanqui sobre el país. Ello se vio facilitado por el tradicional dominio ejercido por el imperialismo inglés. Pero hoy día, con el nuevo gobierno adicto a los yanquis, se levanta el telón sobre la escena real. Esta mostrará a los trabajadores argentinos, cada vez con mayor claridad, los verdaderos objetivos del imperialismo. Al mismo tiempo les hará ver que su suerte no es distinta a la de los restantes pueblos latinoamericanos.

Segunda: la ofensiva económica y política del imperialismo yanqui, lejos de frenar la lucha de clases le dará nuevo impulso. Y será así por tres razones: a) porque el imperialismo tratará de llegar a acuerdos con los sectores más importantes de la patronal y de la clase media contra la clase obrera; b) porque la propia patronal tratará de desviar el peso de la ofensiva yanqui cargándolo sobre la clase obrera mediante una mayor explotación; c) finalmente, porque —libre ya del freno totalitario del peronismo— la lucha de clases tomará por caminos amplios y asumirá un carácter violento, categórico y tajante. Este será el tono de la lucha futura.

Tercera: bajo el peronismo la clase obrera y la clase media estuvieron separadas y divididas entre sí. La clase media no podía tolerar el papel predominante del proletariado en la escena social, como tampoco su mayor participación en la renta nacional. Precisamente por esto llegó a ser la base más firme del contrerismo pro yanqui. Al mismo tiempo, el totalitarismo peronista —frenando a la clase obrera— impidió que ésta se aliara y dirigiera a la clase media contra el imperialismo y los patrones. Pero esta situación ha cambiado. Antes, la clase obrera veía en el peronismo a su gobierno. En cambio, ahora, ve en el actual gobierno a su máximo enemigo. La clase media, por el contrario, mira en el actual gobierno a su gobierno. Pero ésta no es una clase homogénea y fatalmente los sectores más bajos de ella se verán perjudicados por el plan del imperialismo y de la patronal. Estos sectores, una vez hecha su experiencia sobre el gobierno actual, se aproximarán a la clase obrera. Se irán dando, de esta forma, los elementos para una situación revolucionaria en la que la clase obrera y los sectores más pobres de la clase media, exigirán un cambio en un sentido anti imperialista y anti patronal.

Cuarta: la liquidación del totalitarismo peronista dará lugar a la cristalización política de todas las clases. Desarrollarán éstas su ideología y lograrán el reflejo político en sus distintas capas. Es decir, se acelerará el desarrollo ideológico y político de las distintas clases.

Quinta: el proceso señalado en el punto anterior, es particularmente importante en el caso del proletariado.

Aquí tenemos que señalar un doble resultado. Por un lado, la clase obrera ha sido derrotada en sus últimos movimientos; por otra parte, el hecho de que estas derrotas le fueran infligidas después de una lucha heroica, aceleró su experiencia especialmente en cuanto a su antigua dirección. Los obreros no solo pusieron en práctica nuevos métodos de lucha, sino que, al mismo tiempo, vieron con claridad el fracaso estrepitoso de su antigua dirección burocrática peronista. De este modo comienza a surgir, aunque no en forma contundente, una nueva dirección para el movimiento obrero. Esta nueva dirección que hace un rápido aprendizaje en el terreno sindical y político, da pie para la formación de la futura dirección revolucionaria de las masas. Vale decir, que el proceso de

radicalización iniciado bajo el férreo control peronista, se ha acelerado actualmente bajo el fuego del enemigo de clase. De esta manera surge una vanguardia que constituye un magnífico paso adelante en el logro, por parte del proletariado, de su futura dirección.

Sintetizando: el período peronista significa, desde el punto de vista de las relaciones de clases, una época de colaboración de clases. La buena situación económica del país permitió, al totalitarismo peronista, amortiguar las contradicciones. Se trata de un período en el que —bajo una forma totalitaria y en base a una magnífica situación económica— la lucha de clases no toma un carácter agudo, y no se dan grandes batallas.

Con la caída del peronismo, todo esto termina. La ofensiva del imperialismo contra el país y de la patronal contra los obreros, toma las formas más crudas y los aspectos más claros. Se hace patente para todo el mundo. En materia de resultados, la clase obrera pierde las primeras escaramuzas. Pero su lucha heroica sirvió para pertrecharla no sólo de nuevas experiencias en cuanto a los métodos de lucha, sino también en relación a su anterior dirección burocrática. Comienza a surgir una nueva dirección combativa, que hace una experiencia sindical y política acelerada. Sin embargo, no debemos llamarnos a engaño. Lo fundamental de esta etapa es que la clase obrera se defiende ante una ofensiva violenta del imperialismo y de la patronal. Esto es lo decisivo. Las actuales luchas del proletariado son de tipo esencialmente defensivo. No toma la iniciativa, simplemente se defiende.

Este proceso, que puede ser de meses o años, prepara el advenimiento de una nueva etapa que será revolucionaria y caracterizada —ahora sí— por la ofensiva de los obreros y los sectores pobres de la clase media contra los planes imperialistas y patronales. La ofensiva cambiará de manos. En la actualidad son el imperialismo y la patronal quienes avanzan y la clase obrera retrocede defendiéndose; en la próxima etapa, serán las masas las que tomarán la ofensiva y el imperialismo y la patronal los que retrocederán ante su movilización. Tal es el panorama que deja al descubierto la caída del peronismo. Dentro de él toma carácter predominante la clase obrera, dado el rol decisivo que jugará. Su capacidad combativa queda descontada a partir de la jornada de junio, septiembre y noviembre del 55. Como incógnita, en la que nuestra tendencia tiene un importante papel que jugar para que se despeje con éxito, se plantea la de su futura organización y dirección.

1. El peronismo cayó por no ser un auténtico gobierno obrero

El peronismo fue un frente de la patronal nacional antiyanqui que adquirió formas totalitarias y se apoyó en la clase obrera. Aunque respondió a los intereses generales del imperialismo y de la patronal, osciló entre los distintos sectores de ésta. Al mismo tiempo osciló entre el imperialismo yanqui y la clase obrera. Pero el hecho de que uno de los polos de esa oscilación fuese la clase obrera, explica al mismo tiempo su fundamental contradicción y su caída.

Perón ganó las elecciones presidenciales bajo la consigna “Braden o Perón”. Esto, naturalmente, no es una casualidad y no lo es porque el peronismo surgió como un frente de resistencia al imperialismo yanqui.

Veamos: el imperialismo yanqui, desde el año 1939— fecha en que supera su crisis económica de diez años— trata de penetrar a fondo en el país y desalojar a su rival inglés. Trata al mismo tiempo de incorporarlo a su esfera de influencia como así también a su dispositivo de defensa. Visto esto, la oligarquía ganadera argentina y su aliado —el imperialismo inglés— implantan un gobierno conservador fraudulento para impedir que el Alvearismo¹ llegue al poder; y quieren impedir esto, porque el Alvearismo se había pasado del lado de los yanquis. Al mismo tiempo, la segunda guerra mundial produce dos fenómenos contrarios y paralelos: el imperialismo inglés se debilita, mientras se fortalece el imperialismo yanqui. Poco a poco nuestro país comienza a reflejar en su economía y en su política esta nueva situación. La propia oligarquía nacional comienza a fraccionarse polarizada

1 Seguidores de **Marcelo Torcuato de Alvear** (1868–1942), abogado y político argentino, presidente de Argentina entre 1922 y 1928. Fue uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical junto con Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen. Luego fue dirigente de la fracción anti-personalista opuesta a las políticas del presidente Yrigoyen. Alvear fue uno de los miembros de la aristocracia argentina.

por los distintos intereses particulares. Los grandes industriales y terratenientes con intereses en la industria, necesitados de máquinas y equipos, desean la colaboración con los yanquis puesto que estos son los únicos que pueden abastecerlo. Los trusts de cereales, Bunge y Born y Dreyfus, tradicionales amigos de los europeos, comienzan a colaborar con el imperialismo yanqui para que éste les deje vender cereales en América ante el cierre del mercado europeo debido a la guerra. Los famosos banqueros Bemberg, que tenían su base de operaciones en Suiza y Francia, trasladan su sede a Nueva York por el mismo motivo.

Como consecuencia del cambio de frente que van realizando estos sectores de la oligarquía argentina, los sectores antiyanquis de ésta, tales como los ganaderos y los dependientes del imperialismo inglés y alemán, se encontraron extremadamente débiles. Todo esto se expresa en el partido conservador. En primer lugar, en su división, y en segundo lugar en el traspaso de su dirección a manos proyanquis.

Ante el cambio producido, los sectores de la patronal que resisten a la penetración yanqui se echan en manos del ejército para impedir que el gobierno caiga en poder del ala proyanqui de la oligarquía conservadora. Surge así el 4 de junio como una reacción indirecta al fortalecimiento del imperialismo yanqui y a su ofensiva contra el país.

El gobierno del General Ramírez² trató de seguir la línea del último gobierno conservador sin base de masas. Olvidaba el pobre general, que la fortaleza del gobierno conservador residía en la unidad casi completa de la patronal del país con el imperialismo inglés. Precisamente ese elemento de fuerza ya no existía, y fue esa ausencia la que explicaba la presencia del ejército y la suya misma. El ejército había salido de los cuarteles precisamente porque el imperialismo inglés estaba débil y la patronal argentina no estaba unida como en otros tiempos. Pero el enemigo actual era demasiado fuerte; no se podía enfrentar con éxito al imperialismo yanqui sin una fuerte base de masas. Es entonces cuando se busca el apoyo de éstas y se rodea a quien puede lograrlo: Perón. Estos sectores, a regañadientes porque no había otra solución, dejan hacer al hombre que ganó el apoyo de la clase obrera, no porque les gustara sino porque no había otra solución. Sus antiguos sostenes —el imperialismo inglés y el alemán— no constituían ya una garantía frente al fortalecimiento de los yanquis.

Esta política de ganarse a la clase obrera pudo llevarse a cabo por la buena situación económica del país. El peronismo surge así como el gobierno de la patronal antiyanqui, pero no antiimperialista. Se trata de los sectores que resisten a la colonización yanqui, apoyándose en la clase obrera para defender —con sus métodos y no con los de la clase obrera— la independencia del país.

El Frente Popular, lo mismo que el fascismo, son dos formas de dominio de la patronal. No obstante, los caracteriza una distinta relación de clases. Son al mismo tiempo fenómenos nuevos en la historia del capitalismo, ambos se producen luego de la guerra del 14. Cuando una situación crítica pone en peligro el orden patronal, éste trata de fortalecerse por la base llamando a colaborar a los organismos obreros. Se da entonces el llamado Frente Popular. El fascismo en cambio se produce cuando la patronal, cerrada cualquier otra salida, resuelve aplastar a la clase obrera con el apoyo de la clase media. Para esto liquida toda organización obrera, inclusive las que colaboran con la patronal. Es una guerra de clases para el aplastamiento de una de ellas: la obrera.

Sin embargo, el fascismo y el frente popular —aunque son fenómenos opuestos— tienen un origen común en cuanto se explican en última instancia por la crisis general y sin salida del régimen capitalista e imperialista, al mismo tiempo que por la fortaleza de la clase obrera que, aunque carente de una dirección revolucionaria, hace peligrar o puede hacer peligrar el orden establecido. Son, pues, en última instancia, formas defensivas del capitalismo.

En los países atrasados, donde los polos más fuertes son la clase obrera y el imperialismo, todo gobierno burgués que quiera resistir a aquel con alguna posibilidad de éxito, necesita apoyarse en el movimiento obrero. No hay otra salida. De ahí que se encuentre obligado a realizar un régimen especial de Frente Popular.

² **Pedro Pablo Ramírez** (1884–1962) fue un general y dictador argentino. Fue el segundo de los llamados “presidentes de facto”. Gobernó entre 1943 y 1944 durante la llamada Revolución del 43.

En ese sentido podemos decir que el peronismo fue una manifestación de Frente Popular, aunque no revistió una forma clásica. Llamamos forma clásica a la que se dio por ejemplo en Francia. Allí se unieron en el gobierno las organizaciones tradicionales de la clase obrera, sus partidos y sindicatos, con los partidos de la patronal. Lo mismo ocurrió en Chile; allí las organizaciones tradicionales, los sindicatos y los partidos socialista y comunista, colaboraron en el gobierno junto a los partidos de la patronal. Fue un Frente Popular al servicio del imperialismo yanqui y de la patronal. En Norteamérica, en cambio, se dio el Frente Popular en otra forma: el gobierno y un partido patronal —el Demócrata— lograron el apoyo de una organización nueva: el CIO [Congreso de Organizaciones Industriales]. Lo nuevo aquí es que la organización obrera colabora con el gobierno patronal, pero no interviene en él. Es decir, lo que caracteriza al frente popular no es la forma que adquiere en uno u otro lugar, sino su contenido de clase: la clase obrera colabora con un gobierno o con un partido patronal. En ese sentido, el peronismo logró el apoyo de la clase obrera. Pero no bajo la forma clásica a través de sus organizaciones tradicionales, sino mediante organizaciones nuevas creadas y protegidas desde el Estado. Lo logró bajo formas abiertamente totalitarias. Esta contradicción confunde a muchos observadores superficiales que creyeron ver en el peronismo un régimen fascista. En realidad, el apoyo de la clase obrera al peronismo, así como el afán de éste por lograrlo y mantenerlo; lo mismo que el objetivo de esa relación: frenar al imperialismo yanqui aunque con métodos patronales, tiene una significación opuesta a la del fascismo. Es por eso que el peronismo fue un frente popular antiyanqui que adquirió formas totalitarias. Gracias a este apoyo de la clase obrera, pudo resistir y en algunos casos obtener triunfos parciales frente al imperialismo yanqui. Esto, como se ha dicho, fue pagado al precio de un control totalitario de toda la actividad del país. Y fue así porque la patronal antiyanqui, para impedir que cualquier resquicio democrático facilitara el plan yanqui de penetración, no tuvo otro medio que el ya señalado de controlar férreamente toda la vida nacional, desde la actividad obrera hasta la patronal o imperialista.

Esto hace que el peronismo se encuentre en una contradicción permanente. Por un lado, da mejoras continuas a los obreros para mantener su adhesión. En ese sentido, ensancha y amplía constantemente la organización sindical del proletariado; pero por otro lado se ve obligado a controlarlo férreamente. Esta contradicción, sin embargo, no es la única; el peronismo, al dar conquistas a la clase obrera y fomentar su organización sindical extendiéndola a todos los sectores, es el gobierno socialmente más democrático que han conocido los obreros. Vale decir, que en los talleres y en las fábricas, en lo íntimo de las relaciones del trabajo, fue un régimen democrático. Pero esta característica termina en la puerta misma de los lugares de trabajo para dar lugar, fuera de ella, a un totalitarismo cerrado.

Este totalitarismo fue fuerte mientras la situación económica le permitió la adhesión entusiasta de los trabajadores, haciendo tolerable la falta de libertades en el país. Pero el comienzo de la época de las vacas flacas señala el aislamiento del peronismo y el agudizamiento de sus contradicciones. Este va quedándose solo. Entre los años 47 al 49, debido a la debilidad del imperialismo inglés, pierde su apoyo activo: se nacionalizan los ferrocarriles y se obtiene una mayor independencia del país frente a los británicos. Pero los sectores ganaderos, como los sectores de la burguesía que habían apoyado a Perón, comienzan a abandonarlo. No es que Perón no quiera superexplotar a las masas, sino que quiere hacerlo mediante la convicción, para mantener su base popular. Se trata de distintas tácticas. La patronal que apoyó al peronismo quiere una definición rápida y absolutamente favorable; ellos exigen una política de hierro con los obreros y los peones, liquidando toda conciliación. El peronismo trata de conformar a todos; esto ya no es posible, dada la disminución relativa de la renta nacional.

Trata de convencer a la clase obrera, para que se deje explotar más mediante el Congreso de la Productividad. Al mismo tiempo trata de canalizar la ofensiva patronal para evitar que la patronal, en sus desmanes, vaya más allá de lo que a él le conviene. Llega a acuerdos parciales con los yanquis, pero no a un acuerdo definitivo; esto disgusta a los proimperialistas que quieren un acuerdo definitivo con la entrega lisa y llana del país. También se enojan los antiimperialistas por entrar en tratativas capitulantes. Así es que, aunque firma el pacto de Río de Janeiro y recibe un préstamo yanqui, no ratifica el pacto de la OEA, como tampoco hace aprobar el del petróleo.

Trata de llegar a un acuerdo con la patronal y la clase media tratándola de organizar como lo hizo con la clase obrera; estos son los objetivos de la Confederación General Económica [CGE] y la Confederación General de Profesionales. Al mismo tiempo se opone a las tentativas de la Iglesia de formar un partido opositor en base a la misma clase media y la patronal, porque serviría incondicionalmente a los intereses yanquis.

Trata de llegar a un acuerdo con la patronal y la clase media y entra en conversaciones con sus partidos. Pero el acuerdo es imposible porque estos exigen precisamente la liquidación del peronismo por su conciliación con los trabajadores. Ellos desean el acuerdo con los yanquis y el aplastamiento de la clase obrera para descargar sobre ella todo el peso de la crisis. Es decir, están contra el peronismo todos los sectores —incluso los que lo habían apoyado— que están en oposición a continuar la colaboración con la clase obrera para no capitular completamente ante el plan yanqui y mantener al menos un intento de independencia nacional.

A pesar de su fachada fabulosa y de sus intentos de organizar y negociar con las fuerzas adversarias, el peronismo cayó.

Nosotros, los únicos que predijimos la inevitable caída del peronismo, si persistía en su método patronal de no movilizar a las masas; que dijimos que no teníamos confianza en los métodos de Perón, ni en su conducción; que a pesar de ello combatimos en primera fila junto a los obreros peronistas contra la movilización católica, tenemos de sobra el derecho, hoy día, de analizar quién tenía razón.

Comencemos diciendo que hay muchas formas de tratar de defender la independencia del país. Un terrateniente puede querer defender la independencia del país; un patrón también. Pero ellos la defenderán a su manera, porque además y por sobre todo tienen que defender su ganancia. El peronismo fue eso. Un intento patronal de defender la independencia del país, defendiendo las ganancias de la patronal. Para defender la independencia nacional tenía que utilizar el apoyo de la clase obrera. Esto inevitablemente lo hacía caer en una contradicción cuando, al mismo tiempo que trataba de apoyarse en el movimiento obrero, defendía las ganancias patronales que surgen, precisamente... de la explotación de los obreros. En esta pugna salían ganando los patrones, justamente porque —aunque a veces chocara con sectores de la patronal— el gobierno peronista era en el fondo, un gobierno patronal. El gobierno peronista fue un gerente de la patronal, con la peculiaridad que le dio un buen trato a los obreros, porque necesitaba de su apoyo para defender a su empresa (el país) contra adversarios muy poderosos (el imperialismo yanqui que quería colonizarnos).

Este carácter patronal del gobierno peronista lo perdió. Perón quiso combatir la conspiración imperialista-patronal por medio del ejército y la policía que están organizados para servir justamente a la patronal y al imperialismo. Perón no quiso darle las armas a la clase obrera, porque una vez que ésta las tuviera a mano no sólo liquidaría a los enemigos de Perón sino también a sus propios enemigos: los patrones y el imperialismo.

Por otro lado, el peronismo no extrajo las mejoras obreras de las ganancias patronales. Otorgó esas mejoras perjudicando a la clase media, lo que hizo surgir un tremendo antagonismo entre ambas clases trabajadoras. Este antagonismo fue utilizado en gran forma por el imperialismo y por la patronal.

La mala situación económica le hizo perder al gobierno peronista el apoyo de la patronal y aceleró la oposición de la clase media; incluso algunos sectores de la clase obrera comenzaron a ver con apatía el curso político del país. La Iglesia aprovechó todas las debilidades del gobierno. El peronismo en lugar de armar a la clase obrera, en lugar de formar un gabinete integrado por representantes obreros democráticamente elegidos; en lugar de hacer que la economía y las fuerzas armadas fueran dirigidas por la clase obrera, es decir, en lugar de hacer todo lo que señalamos, permitió que los técnicos militares y económicos al servicio de la patronal gobernarán el país. No fue entonces un milagro que esos técnicos respondieran a la Iglesia y al golpe de estado, en lugar de responder al gobierno elegido por la amplia mayoría del país.

El peronismo fue derrotado por la Iglesia porque no era un gobierno obrero, ni gobernaba con un programa obrero, ni con funcionarios elegidos democráticamente por los obreros. Si en lugar de

respetar las ganancias y los intereses del capitalismo y del imperialismo, hubiera sido realmente un gobierno obrero, en lugar de caer se hubiera fortalecido cada vez más.

El actual gobierno reconoce que con la expropiación de las fortunas peronistas se solucionaría el problema de la explotación del petróleo y la construcción de viviendas para todos los trabajadores. Pues bien: si Perón hubiera expropiado además de esas, todas las grandes fortunas y empresas extranjeras; si hubiera planificado la economía y la hubiera puesto bajo el control democrático de la clase obrera no hubiera tenido ningún problema económico, ni social, serio. En una palabra, el país, la clase obrera y el propio Perón, como gobierno, hubieran mejorado su situación día a día. Pero justamente Perón no hizo nada de eso porque no podía hacerlo, porque era un gobierno patronal y no obrero.

Para hacer lo que nosotros indicamos se necesitaba un gobierno que estuviera al servicio único y exclusivo de los trabajadores y no al servicio de los capitalistas, como lo fue el peronismo: esa es la gran conclusión a la que hemos llegado hace tiempo y que los activistas sindicales deben grabarse en su memoria. Perón cayó por no ser un gobierno obrero, el país y los obreros no tienen otra solución que imponer un gobierno obrero que barra a los capitalistas y al imperialismo para asegurarse el futuro.

2. La experiencia de las últimas grandes huelgas

El resultado de tres meses de grandes luchas de la clase obrera ha sido la pérdida de sus organizaciones más primarias, las sindicales y fabriles, así como la total desorganización de sus efectivos y un estado de desaliento y derrota que puede a corto plazo ser superado.

Todo esto, pese a que la clase obrera se batió en forma heroica y tuvo en repetidas oportunidades el triunfo en sus manos. La culpa exclusiva de esta derrota histórica para la clase obrera la tiene la dirección política y sindical del peronismo. Esta derrota tiene su historia y sus etapas que trataremos de reseñar.

Desde que la situación económica comenzó a empeorar, la patronal y el imperialismo se lanzaron a una ofensiva redoblada. El peronismo tiende a frenar esa ofensiva haciéndole concesiones importantes a aquéllos. Los activistas sindicales y antiimperialistas saben que el peronismo dio conquistas a los trabajadores y al país hasta 1949 y que desde esa fecha disminuyen o desaparecen esas conquistas.

A partir de entonces las concesiones son para la patronal y el imperialismo. Sin embargo, estos últimos no se conforman y exigen el aplastamiento de la clase obrera y la entrega del país. Es decir, las concesiones que se le otorgan no son suficientes para conformarlos, pero sí para acelerar la ofensiva patronal imperialista. Incapaces de derrotar a la clase obrera en una sola batalla, desarrollan su ofensiva en diferentes etapas; ellas fueron:

Primera: culmina con la liquidación del gobierno de Perón, que —aunque defendía las ganancias de la patronal— colaboraba también con la clase obrera, no permitiendo una ofensiva franca contra los trabajadores.

Segunda: liquidado el peronismo como gobierno que tuvo el apoyo masivo de la clase obrera, se pasó a otra etapa: liquidar y destruir la organización sindical centralizada. Es decir, la liquidación de la CGT como central única y la de un solo sindicato por gremio. Los obreros se defienden con dos colosales huelgas generales en las que son derrotados.

Tercera: liquidada la CGT y los sindicatos de gremios nacionales, la patronal —auspiciada por el gobierno— se fija como objetivo suprimir las comisiones internas y los cuerpos de delegados; es decir, la estructura fabril. Naturalmente que esta batalla, caracterizada por infinidad de escaramuzas, le resulta más difícil porque tiene que enfrentar directamente a los personales. Requiere, además, un gran número de funcionarios o sirvientes para abarcar todos los establecimientos. En general ha logrado liquidar las comisiones internas o controlarlas, aunque no hayan obtenido lo mismo con los cuerpos de delegados.

Esta ofensiva antiobrera ha llevado a la desorganización sindical, y a la pérdida de las organizaciones sindicales por parte de la clase obrera. Al mismo tiempo, el completo fracaso de la dirección sindical peronista aceleró el aprendizaje intenso de los activistas sindicales y una nueva dirección comienza a reemplazar a la anterior.

Aun estando el gobierno peronista próximo a su caída, tuvo buen cuidado de no movilizar a la clase obrera; lo mismo hizo la dirección cegetista. Ambos, en lugar de apelar a la huelga general, prefirieron engañar a los trabajadores diciéndoles que no pasaba nada. Por este motivo triunfó el golpe contra Perón. Ningún obrero consciente puede ni debe olvidar el acto realizado el 14 de junio de 1955. En él, Di Pietro le planteó a Perón que dejara la cuestión a cargo de la CGT. Perón le contestó que ese partido lo iba a jugar él sólo. Los resultados están a la vista. Ni Perón, ni la dirección cegetista, quisieron movilizar a la clase obrera para parar el golpe de estado y, por sí solos, fueron incapaces de hacerlo.

Pasada la primera impresión y caído el peronismo, no sólo se aflojó el freno para la lucha de clases en el país sino también para las energías y la iniciativa de la clase obrera que hasta ese momento había sido obligada a esperar.

En el momento en que Lonardi³ asume el mando, Rosario y el cinturón obrero de Buenos Aires quedan prácticamente en manos de la clase obrera. Ahora ya no sirven de nada los esfuerzos de las direcciones sindicales para frenar el movimiento. Es decir que, el mismo día de la derrota de Perón, se da el primer paso en la superación de las direcciones sindicales peronistas por parte de los trabajadores, aunque por el momento no se dé una nueva dirección. Precisamente esta falta de una nueva dirección que centralizara la lucha, impidió que el movimiento se transformara en insurrección contra el gobierno de Lonardi. Rosario peleó e hizo la huelga por su cuenta. Los barrios del Gran Buenos Aires salieron a la lucha completamente desconectados; Gerli salió el viernes y Lavallol el sábado. No hubo piquetes de huelga, ni nadie que indicara como frenar a los tanques. Las direcciones sindicales, oponiéndose a los obreros, aconsejaron calma y el retorno al trabajo. Pero la actividad de la clase obrera ya había encontrado el camino. A partir de allí, y aunque sin una dirección que la acaudille, va a dar batalla tras batalla. La dirección cegetista trató de acomodarse con sectores del ejército y del nuevo gobierno. La clase obrera, en cambio, demostró con la huelga general que estaba dispuesta a frenar la ofensiva patronal y gubernamental. En este caso, la desobediencia a la dirección cegetista fue altamente progresiva.

Hasta el 17 de octubre, y actuando con gran habilidad, el gobierno promete respetar las organizaciones sindicales. A cambio de esto, la dirección política y sindical peronista pide calma al movimiento obrero para ese día.

Nuestra tendencia fue la única que no cayó en la maniobra del gobierno y proclamó para ese día la huelga general pacífica. Pese a las órdenes de los dirigentes sindicales y a la fabulosa presión del gobierno, hizo huelga el 70% de los obreros industriales; de haberlo querido la dirección cegetista, hubiese parado el cien por cien.

El gobierno, comprendiendo la cobardía de esa dirección, saca un estatuto tipo para el movimiento sindical. Entre otras cosas se planteaba en él que todos los gremios quedaban en estado de asamblea. El 2 de noviembre, viendo peligrar su propia existencia, la dirección cegetista declara la huelga general contra el estatuto tipo. Con el paro triunfante y en pleno desarrollo, la dirección vuelve nuevamente a traicionar el movimiento y lo da por terminado a las 2 de la mañana. Pese a esta capitulación, amplios sectores de trabajadores continuaron el movimiento y sólo gracias a ello el gobierno retrocedió respetando la estructura sindical y levantando el estado de asamblea, aunque manteniendo a los interventores administrativos.

Sin embargo, los “gremialistas libres”, elementos al servicio de la patronal y del imperialismo yanqui, se lanzan al asalto de los sindicatos cegetistas protegidos por el ala proyanqui del gobierno. La

3 **Eduardo Ernesto Lonardi** (1896–1956) fue un militar argentino que encabezó el golpe de estado contra el gobierno de Perón el 16 de septiembre de 1955, que terminaría en la implantación de la autotitulada Revolución Libertadora. Ejerció el cargo de Presidente el 23 de septiembre de 1955 y el 13 de noviembre de 1955. Fue obligado a renunciar por los sectores más duros del Ejército y la Armada y reemplazado por Pedro Aramburu.

caída de Lonardi y del ala antiyanqui —Bengoa, Uranga⁴— aceleró esta ofensiva contra el movimiento sindical; esto provocó la declaración de una nueva huelga general para el 15 de noviembre. Fue una huelga resuelta en seis horas; desde las dieciocho a las veinticuatro del día 14. De más está decir que no existió ninguna preparación de la base obrera ni tampoco información, es decir, fue una huelga típicamente peronista; esto explicará la fundamental razón de su fracaso. La dirección de la CGT pasó de la cobardía más abyecta, a la desesperación y al aventurerismo. Largan la huelga general sin preparación, sin dinero y sin organización, nada menos que para enfrentar al gobierno más reaccionario que ha tenido el país. La verdad, es que declararon la huelga general no por su confianza en la clase obrera sino en el ala militar antiyanqui de Bengoa–Uranga y en la posibilidad de un golpe militar.

Tal cual lo preveíamos en un volante que publicamos para ese entonces, la huelga general superó de entrada a su dirección sindical. El movimiento obrero se desplazó hacia los barrios, surgiendo formas embrionarias de organización barrial y fabril. Se forman piquetes de huelga y en algunas partes, aunque bajo nuestra influencia, aparecen boletines de huelga.

Sin embargo, al no extenderse la huelga, tenía que fracasar. No parando los transportes, ni cortando la electricidad en el Gran Buenos Aires, esto era inevitable. Se produce así la segunda gran derrota de la clase obrera y como consecuencia de ello se pierden las organizaciones primarias de la organización obrera: los sindicatos de industria y la central única que las agrupaba.

Con todo, junto con la que se hizo contra Lonardi al asumir el mando, esta huelga fue un hecho histórico. Por primera vez en 20 años la clase obrera del país enfrentó a un gobierno mediante la huelga general.

El 17 de octubre de 1945 la clase obrera enfrentó a un sólo sector gubernamental, contando con el apoyo del otro. En este caso, en cambio, enfrentó a todo el gobierno, con el ejército volcado en las calles. Demostró que la huelga general plantea inmediatamente el problema del poder y el interrogante de quién es el dueño de la situación. Mediante la lucha por hacer parar los transportes y contra los carneros, así como contra el ejército, la clase obrera aprendió que una huelga de este tipo es una lucha a muerte; que solo se puede ganar con una gran organización y una auténtica dirección obrera. Pero, sobre todo, la clase obrera comprendió que la huelga general es su gran arma y que utilizándola se puede ganar en la medida que se la enfrente con una buena organización y se aprovechen las experiencias. En ese sentido es una derrota que inevitablemente prepara el triunfo: una nueva huelga general bien organizada para barrer a este gobierno y a sus planes reaccionarios.

Esta derrota produjo el desplazamiento del eje de la lucha. Este se trasladó desde los sindicatos nacionales a las fábricas. La lucha se libra entonces en la organización fabril, y es distinta para cada lugar de trabajo. Es también enfrentada en forma distinta por los obreros de cada empresa. Primero Siam y luego Philips dan, y pierden, esta batalla defensiva. La nueva experiencia demuestra a los obreros que al gobierno no se lo puede hacer ceder mediante batallas aisladas; que es preciso preparar la gran batalla de conjunto. En el caso del gremio metalúrgico el hecho de que cada dirigente quisiera conservar “su” organización fabril, dificultó la lucha y facilitó la derrota.

Nosotros, al hacer responsable de esta derrota a la dirección de la CGT y del peronismo, no discutimos la honestidad o la valentía personal de tal o cual dirigente. Lo que criticamos implacablemente es un método de acción que le costó a la clase obrera una derrota histórica.

La dirección formada bajo el peronismo fue educada en las negociaciones con jefes y funcionarios y no en la confianza en la movilización e iniciativa de la clase obrera. Es lógico, pues, que una dirección de este tipo confíe mucho más en un general como Bengoa o Uranga, o en el terror que produce el estallido de un polvorín, que en la movilización de la clase obrera.

Con el triunfo del gobierno en la huelga del 15 de noviembre, finalizan estos tres meses de heroicas luchas de la clase obrera argentina. De esa lucha que libró por defender: primero, al

4 **Justo León Bengoa** (1907–1979) fue un militar argentino que participó en el golpe de estado que derrocó Perón y la subsiguiente dictadura.

Juan José Uranga (1907–1999) fue un militar argentino, participó en la Revolución Libertadora que lo nombró Ministro de Transporte de la Nación y director de Yacimientos Carboníferos Fiscales.

gobierno que consideraba suyo; después, a los sindicatos y a la central obrera que los agrupaba y posteriormente a las comisiones internas y cuerpo de delegados, últimos reductos de la organización sindical.

Pero lo importante es que, mientras la clase obrera retrocedió y lo que es más grave, perdió confianza en sí misma, los activistas avanzan en su experiencia sindical y política. Este proceso se ve facilitado por la desaparición del aparato peronista que no ha podido ser reestructurado hasta el momento. Se dan así condiciones excepcionales para la estructuración de una tendencia sindical revolucionaria y, en otro terreno, para la formación de un partido obrero y revolucionario con influencia de masas. Para lograr estos dos objetivos no tenemos más que trabajar sobre los activistas sindicales.

Para los activistas sindicales, la derrota significó un gran desarrollo de su conciencia de clase y de sus críticas a la dirección, como así también una magnífica selección: los que resisten, siguen en la brecha superándose cada día más. No interesa que en ese afán por empezar de nuevo la reestructuración del movimiento sindical y el repudio a la funesta dirección sindical peronista se manifieste, por el momento, como una tendencia sindicalista apolítica. Muchos activistas sindicales creen imprescindible la reestructuración sindical, pero quieren lograr sindicatos que no tengan nada que ver con la política, la causante, según ellos, de todos los actuales males y derrotas obreras. Esta corriente, en un cierto sentido, es positiva: refleja el repudio a la politiquería patronal metida en los sindicatos, los acomodados, el caudillismo, las órdenes de arriba de funcionarios estatales o políticos, etcétera. Debemos saber comprender este fenómeno para elevar a esta nueva dirección del movimiento obrero argentino, los activistas sindicales, sin sectarismos o capitulaciones, a una verdadera dirección revolucionaria.

3. La tarea fundamental del presente

Es lógico que los activistas sindicales en general se sientan confundidos. Se vive de sorpresa en sorpresa y se sufre golpe tras golpe. El activista comprueba que en la empresa en la que trabaja existe una violenta ofensiva contra sus compañeros; que los dirigentes y activistas más conocidos están presos, confinados o expulsados; que el gobierno ha copado y desorganizado todos los organismos sindicales y, donde ha querido, las comisiones de fábrica; que hay un plan Prébisch⁵ para entregar el país al imperialismo y dejar a la clase obrera a merced de la patronal; que el gobierno aplasta sin misericordia toda organización política o social que se oponga a sus planes; y por último, que hay un decreto catastrófico, reglamentando los aumentos y especificando las condiciones para los próximos convenios.

Frente a esta situación el activista se pregunta: ¿cómo aclarar la situación? ¿Enfrentamos los problemas uno por uno? En caso afirmativo, ¿por cuál empezamos? Nosotros intentaremos dar una solución a estos interrogantes.

Ya hemos dicho que el peronismo fue un gobierno que contó con el apoyo de la clase obrera. Consiguió y mantuvo ese apoyo desarrollando, a la vez que controlando férreamente desde el Estado, la organización y unificación del movimiento sindical y obrero. Esta organización llegó a todos los rincones del país y se extendió a todos los trabajadores. Este fue un aspecto fabulosamente progresivo del peronismo. Desarrolló así la conciencia sindical y unitaria de la clase obrera, aunque no la revolucionaria, anticapitalista y antiimperialista. Dicho en otras palabras: convenció a los obreros que había que estar organizados sindicalmente, pero, al mismo tiempo, los obligó o convenció que debían colaborar con el capitalismo y el imperialismo hasta el fin. No sólo fue progresivo el peronismo en extender la unificación y la organización sindical, sino que, por otro lado, también fue progresivo al intensificar la organización sindical al promover en cada fábrica y lugar de trabajo la creación de cuerpos de delegados y Comisiones Internas.

5 **Plan Prébisch** es el nombre dado al informe presentado por el economista Raúl Prébisch (1901-1981) al dictador Eduardo Lonardi el 1º de octubre de 1955 y ampliado el 25 del mismo mes. El término fue luego aplicado a todas las propuestas posteriores de Prébisch al régimen de la Revolución Libertadora.

Estos dos aspectos progresivos del peronismo tenían como objetivo lograr el apoyo de la clase obrera y controlarla como base de su resistencia patronal a la penetración yanqui. Esto no es comprendido por algunos honestos antiimperialistas; no digamos nada de los comunistas. El surgimiento de la CGT y de los sindicatos de industria fueron, en realidad, lo supieran o no sus gestores peronistas, medidas antiyanquis y antiimperialistas que fortificaban al país. El hecho de que los dirigentes de la CGT fueran unos trepadores y burócratas contumaces, que no conocían ni siquiera la palabra imperialismo esconde, justamente, el hecho de que la organización y la unificación de la clase obrera argentina en una gigantesca CGT y en gigantescos sindicatos de industria, fortificó al país frente a la penetración yanqui. El plan Prébisch no tendría hoy ninguna posibilidad si existiera una CGT todopoderosa e independiente, sea quien fuera quien la dirigiera, porque el peso de la clase obrera unificada sería decisivo.

Justamente el plan del actual gobierno es liquidar la organización unitaria de toda la clase obrera argentina. De ahí su violenta política contra el movimiento obrero, sus organizaciones sindicales y fabriles. Es completamente falso, por ejemplo, que el actual gobierno tenga como objetivo la liquidación de la organización estatal peronista. Hoy los sindicatos están más estatizados que nunca, ya que se encuentran bajo mandato militar. Esta estatización sindical llevada al absurdo de intervenir todos los sindicatos con militares tiene un objetivo obvio: ganar tiempo hasta tanto el gobierno compruebe cuál es el mejor medio para destruir la organización sindical unitaria y fabril de la clase obrera. El gobierno no sabe todavía cuál es el mejor medio para justamente liquidar esa organización sindical centralizada. Los “gremialistas libres”, que son los agentes sindicales de la colonización yanqui y del gobierno, están tan huérfanos de apoyo que el gobierno observa con terror la alternativa de transferirle en frío la dirección del movimiento obrero para que ellos cumplan la tarea de liquidar al movimiento sindical o de controlarlo en favor del plan del gobierno y del imperialismo yanqui. Por otro lado, el gobierno contempla la posibilidad que el fracaso estrepitoso de los “gremialistas libres” le hace ver como lo más factible, de dejar librado al movimiento obrero a su propia suerte presionando con todas sus fuerzas y alentando la total división del movimiento sindical.

Todos estos meses de grandes derrotas del movimiento obrero han hecho surgir corrientes autómatas e inclusive sectores de la clase obrera que no quieren saber nada más del movimiento sindical. Para la patronal y para el gobierno estos sectores desmoralizados de la clase obrera, sumados a los viejos dirigentes sindicales del peronismo, dispuestos a pactar con el gobierno, serían la base de la maniobra de dejar librado al movimiento sindical a su propia suerte para dividirlo en mil pequeños sindicatos y para destruir a la CGT unitaria. Esta maniobra tendría la ventaja de dar la impresión de una auténtica democracia y libertad sindical, eliminando a las odiosas intervenciones. Todo nos hace creer que el gobierno tendrá que inclinarse, para llevar a cabo su política de dividir el movimiento obrero sindicalmente unificado, a esta última variante.

Por otra parte, el gobierno se vería facilitado en esta maniobra por el hecho que ya ha logrado desorganizar al movimiento sindical. Muchos activistas sindicales creen que el problema grave que atraviesa la clase obrera es que los sindicatos están intervenidos. Nosotros opinamos que ese es un gravísimo error, lo que es una derrota histórica de mucha mayor importancia que las intervenciones es el hecho de que el movimiento sindical ha quedado desorganizado: sin organización, sin dirección. El movimiento obrero estaría muchísimo mejor si la organización sindical subsistiera subterráneamente, aunque oficialmente los sindicatos estuvieran intervenidos. La tragedia hoy día es que no sólo están intervenidos los sindicatos, sino que hay una verdadera anarquía en la organización sindical unitaria. Para convencernos de ello no habría más que preguntarle a diez obreros o activistas sindicales de cualquier gremio, por ejemplo, textil, a qué organización y dirección sindical responden. Si es de Grafa dirá que a su Comisión Interna; si es de San Martín dirá que al Consejo Directivo; si es de Alpargatas de la fábrica N° 7, Gutiérrez, dirá que al Cuerpo de Delegados de Alpargatas y si es de cualquiera de las fábricas de Patricios, que al Movimiento por la Unificación y Reorganización del sindicato. Si es de Ducilo que al Cuerpo de Delegados y a ninguna otra dirección. Si es de 4 de junio, que a la vieja Lista Azul. Si es de la Berlanesa o Medias París, que a la vieja Lista Verde.

Esta es la verdadera derrota del movimiento obrero sindicalmente organizado, haber quedado totalmente desorganizado y anarquizado, haber llegado a un punto tal de desorganización en la que cada obrero, cada activista, cada dirigente, cada tendencia, cada fábrica, y por último cada seccional forman rancho aparte y hacen lo que les parece.

Nosotros los trotskistas, los socialistas revolucionarios, decimos a la clase obrera, a sus dirigentes, a sus activistas, a lo que resta de sus organizaciones fabriles y sindicales: la tarea principal y fundamental empieza por liquidar esa anarquía y esa desorganización, empieza por reconquistar algo mucho más importante que la legalidad del movimiento sindical, algo mucho más importante que expulsar a los Interventores, empieza por controlar nuestra propia organización sindical, los sindicatos industriales y empieza por reorganizar cada sindicato para que exista un solo sindicato para cada industria. Si logramos esto último, echar a los interventores y reconquistar la legalidad para el movimiento sindical será una tarea fácil. Si no lo logramos estaremos a merced de las maniobras del Gobierno que, aunque mañana retire las Intervenciones sindicales de los sindicatos, tendrá la suficiente fuerza para lograr que sigamos divididos y anarquizados como estamos hoy en día.

El sindicato único de industria junto con su convenio colectivo de trabajo y la organización fabril, son las grandes conquistas organizativas de la clase obrera bajo el peronismo y la razón del éxito en la lucha antipatronal. Los pequeños sindicatos de tendencias (radicales, socialistas, comunistas, anarquistas, peronistas), como el sindicato fabril independiente, son los favoritos de la patronal porque condenan a los obreros de una industria al aislamiento y facilita toda clase de maniobras patronales. Para enfrentar a un sindicato de tendencias o fabriles, la patronal no necesita más que entenderse con su cámara gremial —porque ellos sí que están organizados por industria— para aplastar fácilmente fábrica por fábrica o tendencia por tendencia.

Existiendo un sindicato industrial esto es imposible. Esto explica por qué el gobierno intervino inmediatamente todos los sindicatos industriales. Por eso, también, los mismos “gremialistas libres” agentes de la división en el movimiento obrero, llegado el caso pueden ayudarnos a tener una organización fabril. Pero no ayudarán, y además sabotearán todo intento por reconquistar o reconstruir la organización industrial nacional. Ellos plantearán inmediatamente que “cualquier grupo de obreros tiene derecho a formar su propio sindicato”; de esta forma plantearán el derecho a romper la unidad del movimiento sindical con el cuento de la libertad de agremiación.

La organización obrera debe adoptar las formas más eficaces para la lucha antipatronal. La patronal está agrupada por industrias, de modo que también la clase obrera debe agruparse industrialmente para poder defender su nivel de vida. De ahí la importancia decisiva del sindicato nacional; de ahí, también, por qué la reorganización del movimiento obrero debe comenzar por las Juntas de Emergencia, o como quiera llamárselas, que reorganicen y reconquisten los sindicatos por industria y la CGT unitaria para todos los obreros.

El problema surge cuando nos planteamos cómo reorganizar el sindicato unitario y al mismo tiempo la organización fabril también unitaria. La desorganización total y absoluta del movimiento sindical se refleja en dos aspectos igualmente fundamentales: por la base y por la dirección. Hoy día los obreros de cada fábrica o gremio no saben a qué organismo sindical deben responder, ni tampoco a cuál dirección sindical. Hay honestos activistas sindicales que plantean solucionar este problema sobre una base ultra democrática que reorganice al movimiento sindical desde la fábrica a través de comités interfabriles. Aquí surge otro problema parecido, ya que en cada fábrica se disputan la dirección distintas comisiones.

Nos encontraríamos así con que cada corriente del movimiento sindical tendría su propia organización interfabril y en lugar de una sola reorganización de cada sindicato habría tantas como comités interfabriles existan. Concretamente la división llegaría al colmo. Se trata de garantizar la reorganización unitaria, en una sola organización gremial sindical. Para lograr esto no hay otra forma que empezar por constituir comisiones de carácter gremial, general, que reestructuren todo el movimiento sindical en cada gremio. Estas comisiones de carácter general deberán ser, ya, ahora mismo, hasta tanto se lleve a cabo un congreso democrático del sindicato reestructurado, la dirección

del sindicato. Esta es la única forma de garantizar desde el principio una cierta unidad del sindicato que se está reestructurando.

En pocas palabras, se trata de que si no comenzamos las tareas de reestructuración del sindicato con una dirección sindical provisoria que centralice las tareas de reorganización, no hay ninguna posibilidad de unificar el movimiento de reorganización. La línea de reorganizar el sindicato sin una dirección provisoria lleva a que cada tendencia, fábrica o grupo de fábricas, quiera hacer lo que quiera.

Lleva a la anarquía sindical y no a la reorganización sindical. A esas comisiones provisorias nosotros, igual que el resto de la clase obrera, las denominamos Juntas de Emergencia. Creemos que esas juntas en cada gremio deben formarse no solo por arriba, por la dirección, sino también por la base. Por arriba, nos guste o no, hay que dar un ejemplo de disciplina y criterio unitario y hasta tanto se reorganice democráticamente el gremio, no hay, no puede haber, otra dirección provisoria del sindicato que la que estaba al frente de él cuando fue intervenido. Sólo si estos dirigentes se niegan a trabajar por la reorganización unitaria del sindicato habrá llegado la hora de sobrepasarlos. La política sindical de creer que nosotros, o los sindicalistas, anarquistas, comunistas o cualquier otro "ista" es la dirección indicada para reorganizar el sindicato termina de anarquizar y desorganizar el movimiento sindical. No hay, no puede haber, en este momento otra dirección provisoria del gremio mientras es reestructurado sindicalmente, que la que había cuando fue intervenido. Esto elimina un tremendo factor de desorganización: saber cuál es la dirección provisoria del gremio. A esta comisión o junta de emergencia hay que agregarle los compañeros democráticamente elegidos por la base y los otros dirigentes del gremio.

Es decir, todo activista honrado con tal de asegurar la reorganización unitaria del sindicato, reconoce como dirección provisoria de éste, a la vieja dirección sindical que dirigía el gremio cuando fue intervenido, pero esta comisión tiene la obligación, si de verdad está dispuesta a lograr la reorganización sindical, de incorporar a la comisión provisoria de reorganización a los mejores compañeros de base y a los otros dirigentes del gremio. Concretamente se trata de unificar a todas las tendencias sindicales que quieren un sindicato único alrededor de una comisión provisoria de reorganización que unifique a todos los activistas.

Además de todo lo dicho, la organización de las Juntas de Emergencia o comisiones provisorias de reorganización del sindicato industrial unitario, es actualmente la tarea más accesible desde el punto de vista de la base. La organización incluyendo a todos los obreros de la fábrica, sólo fue posible bajo el peronismo por estar garantizada y obligada desde el Estado.

Liquidado el peronismo, en las actuales condiciones de derrota de la clase obrera, es completamente imposible la vieja organización total, fabril. No significa esto que debemos abandonar la organización fabril sino que, es más fácil agrupar a los elementos activos de todo el gremio, incluyendo los fabriles, para comenzar la acción de reorganización general del gremio, sin esperar a reorganizar primero sección por sección y fábrica por fábrica. Es decir, que sin dejar de lado la organización general del gremio, sin esperar a organizar primero secciones por las fábricas, aunque al principio sean pocos y la organización sea débil, para constituir el sindicato reorganizado. Ello ayudará en la organización fabril; será la mejor forma de facilitar esa organización. La lucha contra la patronal de toda la industria facilitará la organización de los mejores elementos en todo el gremio, y se logrará antes que todos los activistas de una sola fábrica organicen ésta sección por sección. Comenzando por la reorganización gremial se eliminará el aislamiento de los mejores elementos de cada fábrica que, sobre todo al principio, serán ínfima minoría. Su relación con los de las demás fábricas les dará confianza y la sensación de sus propias fuerzas. Y sobre todo mantendrá algo muy importante actualmente: la conciencia gremial, industrial, y no solamente fabril.

Es decir que hoy día lo fundamental es formar una junta sindical de emergencia en cada gremio que luche por reorganizar el sindicato primero y por reconquistar la legalidad sindical después. No interesa cómo se llame, Junta de Emergencia u otro nombre, lo fundamental es formar una comisión amplia y unitaria que reorganice sindicalmente al gremio y que luche contra las intervenciones. Esta comisión o Junta de Emergencia estará integrada por la dirección del sindicato y por todos

los dirigentes que estén de acuerdo en mantener la organización gremial por industria contra los interventores. A ella se agregarán los delegados democráticamente elegidos en todos los grupos fabriles existentes que respondan al comité o junta de emergencia del gremio. Estos activistas reconstituirán las organizaciones fabriles y regionales.

Para evitar toda división en la tarea de reorganización sindical serán incorporados a la junta de emergencia absolutamente todos los dirigentes sin excepciones que estén por la reorganización sindical. Cuanto más divididos estén entre ellos por intereses personales o de capilla más hay que forzarlos a la unidad, so pena de quedar aislados. Una junta así estructurada obedece a una profunda razón: el sindicato debe seguir existiendo lo quieran o no los gorilas o los dirigentes.

En este sentido es un hecho importantísimo y un gran paso hacia adelante que apoyemos el surgimiento de la Junta de Emergencia de la CGT. Ella señala el camino a los activistas y dirigentes del movimiento obrero. Antes que nada, necesitamos de la unidad para realizar esta tarea gigantesca que es reconquistar la CGT para los obreros argentinos. Apoyamos con todo nuestro entusiasmo los intentos de estos dirigentes por mantener la organización cegetista y los sindicatos industriales. No nos interesa si ellos son amigos de Bengoa, Uranga o Aramburu.⁶ Lo que nos interesa es que son conocidos por la clase obrera y quieren reconquistar la CGT y los sindicatos industriales reorganizando el movimiento obrero. Planteamos que debe haber una sola Junta de Emergencia para cada gremio, una sola Junta de Emergencia para la CGT regional; una sola Junta de Emergencia para la CGT nacional. Solo así se asegurará la reorganización sindical y la reconquista de la CGT y la liquidación de los planes proimperialistas del gobierno en el movimiento sindical.

Este apoyo a la Junta de Emergencia, no significa que calleemos nuestras profundas divergencias con sus dirigentes; esas divergencias existen y existirán porque tienen su origen en profundas diferencias de clase. Efectivamente, las características oportunistas, negociadoras y maniobreras que presentan sus dirigentes, así como su fe en las cumbres y no en la clase obrera, tienen una explicación objetiva. Su base social está dada por los sectores de la patronal argentina que necesitan de una clase obrera que les responda para hacer presión sobre los poderes públicos; en esa medida necesita también de una burocracia suficientemente representativa. El objetivo de esta patronal no es el aplastamiento de toda organización obrera, como en el caso del imperialismo, sino de mantener un estado de cosas que le permita el desarrollo “normal” de su actividad. Necesita entonces de elementos en los que la clase obrera tenga cierta confianza y pueda de este modo mantener “la paz social” y utilizar a la clase obrera para presionar contra los adversarios de los capitalistas argentinos. De ahí que haya sectores del propio gobierno y de la propia patronal que no miren con tan malos ojos el surgimiento de la Junta de Emergencia e incluso —como se dice en el lenguaje de nuestros trabajadores— “le den manija”.

Estos dirigentes de la Junta de Emergencia son aptos para esta tarea porque han sido educados por el peronismo en las negociaciones con los poderes públicos y la patronal. Son los dirigentes obreros de la época de colaboración con la patronal argentina. Por eso, en lugar de confiar exclusivamente en la clase obrera, la mayor parte de ellos han utilizado a la clase obrera para encumbrarse.

Tanto nuestra posición como nuestros métodos son fundamentalmente distintos. Nosotros defendemos la organización sindical con métodos opuestos; solo confiamos en la organización y movilización de la clase obrera. Actualmente, por ejemplo, mientras ellos buscan la “normalización” y la “legalidad” del movimiento obrero en base a negociaciones, nosotros planteamos como eje de nuestra actividad la reorganización por la base y por la dirección de los sindicatos y las fábricas. Ellos acuden a las alturas patronales o militares y nosotros a la base. Cuando ellos apelan a la base lo hacen como refuerzo a sus negociaciones. Nosotros negociamos únicamente como refuerzo a nuestra actividad de reorganización sindical.

Algunos compañeros se preguntarán cómo, con métodos tan opuestos, podremos marchar junto a ellos en esta etapa de reorganización. Comenzaremos diciendo que para nosotros es

6 **Pedro Eugenio Aramburu** (1903–1970) fue un militar del ejército argentino, y una de las más importantes figuras tras el golpe militar auto titulado Revolución Libertadora contra Perón. Fue de facto presidente de Argentina desde el 13 de noviembre 1955 al 1 de mayo 1958.

una obligación trabajar con la Junta de Emergencia. Si sus componentes son negociadores y no revolucionarios, es porque la clase obrera argentina cuya mentalidad reflejan, tampoco está con los métodos revolucionarios sino con las negociaciones. Es un producto de la época peronista de colaboración de los obreros con la patronal. De tal suerte que, si nosotros no trabajáramos con la Junta de Emergencia por estas características, significaría que renunciamos de hecho a trabajar y a convencer a miles de activistas que, con todos sus defectos presentes, son lo mejor de la clase obrera y su más firme promesa para el logro de una dirección revolucionaria. Precisamente este resultado futuro depende de nuestra actitud actual frente a este movimiento. La clase obrera actualmente es así y no como nosotros quisiéramos que fuera. Sus dirigentes también.

Tenemos que demostrar a la propia clase obrera que los métodos de esos dirigentes son errados. Trabajar junto a ella en la organización del movimiento obrero, será la mejor forma de explicárselo en los hechos y en base a su propia experiencia. Durante esta tarea la clase obrera sabrá reconocer a sus auténticos dirigentes y logrará su propia dirección revolucionaria.

Por eso, para un militante nuestro, en la actualidad no hay tarea más importante que la de reorganizar en su gremio y sector de trabajo el movimiento sindical. Todas las horas del día son pocas para lograr este objetivo. Debemos organizar las Juntas de Emergencia en todos lados. Si es preciso en la clandestinidad; pero debemos organizarlas.

Sabemos que muchos compañeros de buena fe e incluso dirigentes no creen que la tarea fundamental sea esa. Ellos creen que lo fundamental hoy día es el sabotaje y nada más que el sabotaje. Tienen todo el derecho a opinar así, de la misma forma que nosotros lo tenemos de mantener nuestra opinión. Sin embargo, la realidad es una sola. Nosotros, en principio, estamos a favor de utilizar cualquier forma que nos sirva para la lucha. Pero esas formas dependen del momento de la batalla o de que estemos entablando una batalla. Durante las últimas huelgas generales estuvimos por los medios violentos, precisamente cuando los mismos dirigentes que hoy alientan el sabotaje se metieron bajo la cama. Pero entonces estábamos en la lucha callejera, y volveremos a sostener esa posición cuando se reanude la lucha.

Ahora de lo que se trata es de montar una organización que nos permita ir de nuevo a la batalla. Una organización como la que perdimos por la mala conducción de los mismos que ahora quieren, con un golpe de estado o un sabotaje, recuperar lo perdido. Por eso lo fundamental en este momento es reorganizar sindicalmente a la clase obrera, y levantar su ánimo luego de la derrota sufrida. ¿No es penoso que abnegados luchadores pierdan su tiempo, su energía y su libertad en ataques individuales cuando su tiempo, su energía y su libertad son tan importantes para forjar la organización que nos dará el triunfo, o sea la reorganización del movimiento sindical y fabril para la reconquista de los sindicatos industriales y la CGT?

El peronismo, al confiar más en la fuerza de una bomba que en la del movimiento obrero, no hace más que repetir viejos errores. Vuelve a demostrar la misma falta de confianza en la acción de los trabajadores que selló su suerte en septiembre del 55. Nosotros, al centrar nuestra actividad en la reorganización del movimiento sindical y en la reconquista de sus organizaciones, estamos diciendo que sólo confiamos en la movilización de nuestra clase. Lograda esa reorganización y planteada de nuevo la batalla, entonces sí trataremos de forjar las mejores bombas para que los tanques no hagan fácil presa de nuestros compañeros. Entonces será el momento de utilizar todas las energías en el sabotaje y el combate callejero. Porque queremos no sólo la lucha heroica sino la victoria.

Nosotros, trotskistas, socialistas revolucionarios, no sólo creemos en la clase obrera sino fundamentalmente en la clase obrera revolucionaria. Por eso para nosotros reorganizar el movimiento sindical y obrero, no significa repetir los vicios de la antigua organización peronista. Nuestro apoyo a la Junta de Emergencia no significa que renunciemos a imprimirle a los sindicatos reorganizados una orientación anticapitalista y anti imperialista. Pero queremos que esa orientación sea adoptada democráticamente por la mayoría de la clase obrera organizada. No pretendemos copar ni pretendemos imponernos; queremos convencer. En este sentido somos los más democráticos, porque creemos en la justeza de nuestra línea y basados en ella creemos posible imprimir al movimiento obrero organizado una orientación antiimperialista y anticapitalista desde el principio.

Aunque hoy día seamos minoría dentro del movimiento obrero, creemos que podemos convencer a la mayoría y ganarla a nuestras posiciones. Pero es necesario que no caigamos en el fetichismo de las etapas. Es decir: el hecho de que no existan actualmente sindicatos en manos de los obreros ni partidos obreros de masas, no significa que primero tendrán que existir los sindicatos oportunistas y después tendremos que tratar de transformarlos en revolucionarios. No. Eso sería fetichismo. Nosotros trataremos que desde su propia estructuración ya sean organizaciones clasistas y antiimperialistas; es decir, trataremos de convencer a los obreros de que no hay que ser primero negociadores y después revolucionarios, sino que la garantía del triunfo reside precisamente en ser de entrada clasistas y antiimperialistas, tanto por nuestros objetivos como por nuestros métodos.

Concretamente, trataremos de que las organizaciones reorganizadas y reconquistadas no repitan los vicios, sino que saquen las experiencias del anterior período.

Precisamente para lograr esto es necesario demostrar en los hechos y en las tareas de reorganización sindical, que somos la auténtica dirección. Para esto, para ganarnos la confianza de la base, es que debemos trabajar con ella tal cuál es y libres de todo sectarismo. A menos que nos liberemos de él, no habrá tampoco una gran central sindical revolucionaria.

La tarea inmediata, urgente, es reorganizar el movimiento sindical. Reorganicemos los sindicatos de industria rodeando a las direcciones sindicales y formando a su alrededor Juntas de Emergencia para reorganizar los cuerpos de delegados fabriles.

4. Reorganizar el movimiento sindical

Dentro de un cuadro caracterizado por la derrota de la clase obrera, la pérdida de sus organizaciones sindicales, al mismo tiempo que por un desánimo general, el gobierno ha lanzado el decreto de aumento de salarios. Tal aumento alcanza al 10% y sus condiciones son deplorables para la clase obrera.

Esto explica por qué no ha reaccionado ante el decreto. Pero esto no significa que no le haya interesado la cuestión. Por el contrario, le ha preocupado seriamente. Los revolucionarios no debemos olvidar este hecho. Aunque la clase obrera odia al actual gobierno en general, el problema que más le interesa actualmente es el de los futuros convenios.

Precisamente por eso no puede excluirse la posibilidad de que, durante el tiempo de discusión de los convenios, los trabajadores asimilen la derrota adquiriendo de nuevo confianza en sus fuerzas. Nosotros debemos tender a lograr ese objetivo. El gobierno trabaja en sentido inverso. Para él, el decreto es el primer golpe al que seguirán los otros durante las tratativas.

Lo mismo que frente a otros problemas, el peronismo había tenido frente a los convenios una actitud contradictoria. Implantando los convenios colectivos de industria y haciéndolos terminar en la misma fecha, unificaba a la clase obrera en su actividad y esto era progresivo.

Pero al no dejar que los organismos obreros discutieran independientemente, sino controlándolos estrictamente, era un factor altamente negativo. El actual gobierno trata de liquidar justamente el aspecto positivo de esta política peronista: el carácter colectivo y la discusión conjunta de los convenios. El objetivo fundamental de la maniobra es dividir a la clase obrera. De ahí que plantee los siguientes principios para la discusión de los futuros convenios. Que los convenios serán por zona y no iguales para el total de los trabajadores, que los próximos convenios se discutirán en distintas fechas para cada gremio.

Esta maniobra divisionista va acompañada de cierto palabrerío, así como de una concesión económica de importancia para las mujeres peor pagas.

Pero no solo dividir es el objetivo del decreto de marras. Lo es también el de explotar a los trabajadores. Por eso mismo establece dos condiciones previas: por la primera, da manos libres al patrón en las relaciones de trabajo; por la segunda, aquel tiene derecho a decir cómo y dónde deben trabajar los obreros dentro del establecimiento.

Se nos plantea así el problema de cómo enfrentar este decreto reaccionario. Algunos obreros revolucionarios han opinado que se debe resistir ahora mismo la aplicación del decreto. Nosotros creemos que hay que mirar la realidad tal cual es. Hoy día la clase obrera no tiene posibilidades de resistir con éxito al decreto. Por eso nuestro consejo es de que no es el momento actual para rechazar el decreto. En eso discrepamos con la Junta de Emergencia. Esta plantea que todo convenio o decreto del gobierno no tiene validez por no haber sido democráticamente discutido por la clase obrera. Nosotros pensamos que rechazar el decreto sin tener fuerza para ellos es una aventura. De la misma manera conformarse con decir que las actuales negociaciones no son válidas es abstencionismo y oportunismo. En consecuencia, creemos que hay que organizar la lucha contra el decreto. En este sentido, las propias maniobras del gobierno en la tramitación de los convenios pueden significar un triunfo del movimiento obrero reorganizado. Lo lograremos en la medida que, aceptando discutir los convenios, utilicemos esa discusión para reorganizar el movimiento obrero. Nosotros le daremos a esta discusión gran importancia. Nuestro fin al intervenir en ella será desbaratar una a una las maniobras del gobierno facilitando así la reorganización del movimiento obrero. Sin esa reorganización sindical estamos perdidos. El gobierno trata de imponer sus convenios especulando con la división y desorganización de la clase obrera. Nosotros trataremos de utilizar esas discusiones para reorganizar a la clase obrera.

El hecho de que esta reorganización tenga que hacerse en general en la clandestinidad, no debe hacernos olvidar la utilización de la legalidad para todo lo que podamos. La Junta de Emergencia y las comisiones internas darán una batalla general para tratar de que los convenios sean discutidos por los auténticos delegados del personal. Aún en el caso de no poder obtener una victoria completa sobre esto, debemos tratar de infiltrar compañeros representativos, elegidos por los compañeros, en la discusión de los convenios. Estos son nuestra bomba de tiempo dentro mismo de esas paritarias antidemocráticas. Son quienes deberán desbaratar sus planes. Para ello es indispensable la publicidad inmediata y al día de la marcha de las tratativas, aunque sean expulsados de las paritarias. El solo hecho de hacer posible esta información justifica su presencia. Sin embargo, no terminan ahí las enormes posibilidades de estos representantes. No solo deberán informar, sino que tratarán de oponer al programa de la patronal, del gobierno y sus aliados, los “gremialistas libres”, el programa que la clase obrera necesita en estos momentos. Sentarán su protesta por el hecho de que la representación no esté integrada por compañeros democráticamente elegidos. Es decir, atacarán intransigentemente la ridícula y antidemocrática forma de elección decretada por el gobierno. Plantearán su oposición a que se aumente la explotación mediante la reforma de las normas de trabajo, pondrán en claro que todo aumento en la remuneración proveniente del aumento de trabajo, no es una conquista sino un paso atrás. Junto a todo ello y como cuestión fundamental, plantearán los siguientes puntos:

a) Aumento de salarios del 50%, masivo y parejo para todos los trabajadores

Eso es como mínimo lo que bajó el nivel de vida obrero en los últimos tiempos. Hay que evitar que se impongan aumentos desparejos por jerarquías, que es una vieja maniobra patronal para dividir a los obreros. Si, por ejemplo, en el Chaco se propone un aumento del 20% y en Buenos Aires del 50%, los trabajadores del Chaco y Buenos Aires no se sentirán identificados sino divididos y no habrá manera de enfrentar a la patronal con la unidad de todos los obreros del país. Lo mismo decimos para el caso que se propongan diferentes porcentajes para oficiales y peones. En cualquiera de los dos casos la patronal logrará dividir a los trabajadores y le resultará más fácil imponer su conveniencia. La lucha por el aumento masivo y parejo evita esta división. Los convenios únicos por gremio son un progreso, pero podemos y debemos superarlos conquistando aumentos masivos y parejos para todos los trabajadores.

b) Salario mínimo y vital de 1.600 pesos y escala móvil de salarios para todos los trabajadores

Si entendemos por salario mínimo y vital lo que tiene que ganar un padre de familia con dos hijos para poder vivir, creemos que ese salario no puede ser inferior a 1.600 pesos porque en la

actualidad no se puede vivir con menos. Pero para que este salario no sea burlado por los aumentos de precios, es necesario que sea acompañado por la escala móvil de salarios. Si aumentan los precios, deben aumentar los salarios. Debe aplicarse, como mínimo, la ley que obliga al reajuste trimestral de los salarios si aumenta el costo de la vida.

c) Garantía horaria de 80 horas quincenales y seguro contra la desocupación

Hay que lograr estas dos conquistas para evitar las suspensiones y despidos. Como en los frigoríficos, todo obrero debe tener asegurado el pago, trabaje o no, de 80 horas quincenales. Si es despedido, el Estado debe garantizarle el pago del salario mínimo vital.

Los “gremialistas libres”, agentes de la división y la patronal, dirán que estos puntos son una locura, dada la “mala situación” por la que atraviesa el país. Naturalmente, también nos atacarán de demagogos. Así lo ha dicho su órgano *La Vanguardia* y los interventores del gremio ferroviario.

El activista honrado, sin embargo, tendrá argumento fácil para derrotar los argumentos de la patronal, el imperialismo, los “gremialistas libres” y los funcionarios del actual gobierno. Efectivamente, si como dice este gobierno, expropiando las fortunas peronistas puede resolverse el problema del petróleo y el de las viviendas obreras, no hay duda de que, expropiando, además, junto a ellas, a las fortunas contreras, podremos cumplir con holgura nuestro programa.

Actuando así día por día, mediante volantes, folletos, etcétera, fortaleceremos la lucha de los compañeros que quieren reorganizar el sindicato gremial, al mismo tiempo que habremos logrado transformar una maniobra gubernamental reaccionaria en un arma de agitación obrera por la reorganización sindical.

Ese es el camino y no el del abstencionismo. No debemos esperar pacientemente, sino trabajar todos los días por la reorganización de nuestra clase, aprovechando la legalidad si es posible, pero no dejando de recurrir a la clandestinidad, si es necesario y no deteniéndonos ante los obstáculos.

El decreto reaccionario sobre salarios debe ser transformado en su contrario, en un pretexto para obtener dos grandes triunfos: conseguir magníficos convenios y reorganizar los sindicatos durante las discusiones ordenadas por el gobierno.

5. Reorganizar el movimiento obrero para liquidar al actual gobierno

Algo contrario de los rumores provenientes de algunos sectores del peronismo, en el sentido de que el gobierno es sumamente débil, nosotros creemos que goza de bastante estabilidad. Podemos decir que en toda Latinoamérica, un gobierno es realmente estable cuando se apoya en el imperialismo yanqui o en la clase obrera. No existen puntos intermedios para una estabilidad gubernativa.

En este sentido el actual gobierno es estable precisamente porque cuenta con el apoyo indiscutido del imperialismo yanqui. Junto con esto, ha logrado derrotar a la clase obrera. Podríamos definir al actual gobierno diciendo que es un frente proyanqui que trata de apoyarse en la patronal y en la clase media y en los partidos de la Junta Consultiva. El gobierno de Aramburu cuenta pues con el apoyo del imperialismo yanqui y de sus sectores coincidentes dentro del país: la clase media y la patronal; están unidos en el plan de entregar al país y aplastar a la clase obrera.

Esto no niega que existan en el actual gobierno fuertes factores de inestabilidad. Estos factores existen. Primero: por la crisis de la economía argentina. Segundo: porque cuenta con la total oposición de la clase obrera, la clase nacional más fuerte, homogénea y revolucionaria que aunque derrotada, levantará la cabeza inevitablemente. Tercero: porque la crisis se volcará no sólo sobre el proletariado, sino también sobre sectores de la clase media; este fenómeno restará al gobierno el apoyo de esos sectores que se unirán así a la clase obrera. Se terminará así la división que separó a las dos clases bajo el peronismo. Cuarto: porque la entrega del país al imperialismo yanqui como solución de la crisis, producirá la oposición creciente, e incluso desesperada, de sectores de la patronal, a quienes perjudicará este nuevo ordenamiento del país como apéndice del imperialismo yanqui. Es por eso

que podemos decir que el gobierno de Aramburu, aunque relativamente estable, se asienta sobre los volcanes de la lucha de clases y la lucha anti imperialista.

No importa que en la actual etapa esa lucha esté dada por una violenta ofensiva de la patronal y el imperialismo y por lo tanto solidifique la situación del gobierno que es esencialmente antiobrero. Esta ofensiva patronal, condicionará a la vez una reacción inevitable que hará trastabillar al gobierno. En este sentido, cuando afirmamos que este gobierno es más estable, lo decimos en relación al de Lonardi.

El peronismo fue derrotado por dos sectores claramente delimitados. La vieja Unión Democrática⁷ al servicio del imperialismo yanqui y los sectores oligárquicos que —aunque antiyanquis y habiendo apoyado críticamente durante años al peronismo— se distanciaron luego de él debido a su política obrerista. Tal el caso de los sectores nacionalistas y católicos.

El gobierno de Lonardi fue inestable por su heterogeneidad. Por un lado, quería defender cierta independencia de la patronal argentina frente al imperialismo yanqui, apoyándose en la clase media. De ahí nuestro pronóstico posteriormente confirmado, en el sentido de que el gobierno se dividiría en dos alas, como está dividida la burguesía argentina; un ala proyanqui (sectores cerealistas, comercio de importación y grandes grupos financieros, como los Bemberg⁸ y Cía.) y por otro lado, el sector que se opone en este momento a la capitulación total al imperialismo yanqui y que es partidario de las negociaciones (los ganaderos, industriales y los comerciantes). Rojas y Busso⁹ por un lado con las juntas consultivas y Bengoa–Uranga, por otro, reflejan políticamente esas dos alas.

El triunfo del ala proyanqui era inevitable, puesto que mientras ésta tenía todo el apoyo del imperialismo yanqui, los obreros, en cambio, no apoyaban al ala más independiente, de Bengoa–Uranga.

Lo interesante es que estos últimos, en su intento de resistir al plan yanqui, tuvieron que tender a apoyarse también en la clase obrera. Ellos coincidían con Perón en la formación de una unidad nacional de resistencia al imperialismo yanqui, pero no toleraban que dentro de ella los obreros fuesen el elemento de sostén popular dominante. Esto los alejó de Perón y los enroló en el golpe. Sin embargo, una vez libres de Perón, no tuvieron otro remedio que apelar, como lo había hecho éste, a una política de colaboración con la clase obrera para esbozar una política de defensa nacional, no porque les gustara, sino porque no había otra salida. Es que una cosa son los deseos y otra muy distinta la dinámica real de la lucha de clases. Una vez más se cumplía la premisa que en toda Latinoamérica, la colaboración de un sector burgués con los obreros no es una cuestión de deseo, sino de necesidad cuando aquel desea esbozar resistencia al imperialismo yanqui. Esta situación se vio precipitada por el hecho de que el ala yanqui copó el gobierno.

Comienzan entonces las negociaciones del ala Bengoa con la burocracia sindical ya que, en la misma medida en que necesitaba el apoyo de los obreros, le resulta indispensable el control más estricto sobre ellos, para impedir cualquier desborde que ponga en peligro los privilegios de los estancieros y demás sectores patronales que lo apoyan. Dentro de este tono se prepara el putsch del ejército contra el gobierno. Los cuadros que están por el golpe de Bengoa–Uranga, son precisamente

7 **Unión Democrática** (UD) fue una alianza electoral realizada en 1945 entre la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Comunista y el Partido Demócrata Progresista para hacer frente a la fórmula Perón-Quijano en las elecciones presidenciales de 1946. Fue apoyada y financiada por la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina, la Bolsa de Comercio y por el exembajador de Estados Unidos, Spruille Braden.

8 **Otto Bemberg** (1827–1895) fue un empresario, financista e industrial alemán, iniciador del imperio económico y dinastía de la “Casa Bemberg” argentina. Bemberg obtuvo encargos de los presidentes Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda para el establecimiento de colonias agrícolas en la entonces prácticamente subdesarrollada provincia de Santa Fe, donde se encuentran algunas de las tierras de cultivo más productivas del país. Manteniendo intereses financieros en París, él y su hijo establecieron la Brasserie Argentine Quilmes (Cervecería Quilmes) en 1888 e inauguraron su planta de elaboración de cerveza y embotellado en el suburbio de Quilmes, en el sur de Buenos Aires, en 1890.

9 **Isaac Rojas** (1906–1993) fue un almirante argentino, que se desempeñó como vicepresidente de facto desde 1955 a 1958. Encabezó junto a Eduardo Lonardi el golpe de estado —autodenominado “Revolución Libertadora”— contra el gobierno de Perón en septiembre de 1955.

Eduardo Bernardo Busso (1898–1983) fue un político y jurista especializado en Derecho Civil. Lonardi lo designó Ministro de Interior y Justicia, cargo que asumió el 23 de septiembre de 1955.

los que reflejan los sectores estancieriles y patronales que aspiran a una cierta independencia del país.

La Junta de Emergencia de la CGT refleja esa necesidad en el campo obrero, de la misma manera que el ejército lo refleja en el campo de las fuerzas armadas. Pero la discrepancia con el ala proyanqui termina aquí. Lo que une a todos los que hicieron el golpe contra Perón —incluso al ala Bengoa–Uranga—, es el convencimiento de que no debemos volver a la “arbitrariedad” del peronismo. Ellos llaman “arbitrariedad peronista”, a la política de concesiones al movimiento obrero que llevó a cabo el peronismo.

En lo que se refiere al rol de la clase media, digamos que, así como el peronismo dependió del apoyo de los obreros, en el sentido de que aún con métodos patronales amplió su participación en la renta nacional, el actual gobierno es fundamentalmente un gobierno que cuenta con el apoyo de la clase media, porque tiende a corregir esa “arbitrariedad”; tiende a restituir a la clase media o a grandes sectores de ella su antigua situación. Por eso la clase media constituye el apoyo masivo del gobierno reaccionario. En la misma medida en que el peronismo defendía la clase obrera, este gobierno, en su intento de mantener su base social, tiene que hacer concesiones a la pequeña burguesía fundamentalmente en el terreno de las libertades democráticas. De ahí que se permitan las críticas o la oposición al gobierno, siempre que no partan del movimiento obrero o de los sectores peronistas afines a él. Por otra parte, el hecho de que el imperialismo yanqui trate de otorgar a su gobierno en el país una base popular electoral más o menos democrática que le dé estabilidad, robustece esa política. De la intención y la necesidad por parte del gobierno de mantener esa base social, es que depende la posibilidad de que sigan existiendo resquicios legales. La gran heterogeneidad de la clase media, con sus infinitos sectores y matices, acrecienta esa posibilidad.

Claro que esta posible política del gobierno tendrá vigencia en la medida que ella no se oponga a lo fundamental de su objetivo: asegurar el plan de colonización del imperialismo yanqui. En caso de producirse esa contradicción, está claro que serán liquidadas las libertades democráticas, para asegurar la vigencia de los planes reaccionarios del gobierno. Precisamente los sectores de la pequeña burguesía que rompan con el gobierno por su oposición a esos planes, serán los primeros en sentir las consecuencias del cambio.

Hemos dicho que el apoyo de la clase media al actual gobierno se explica por la intención de impedir la vuelta del peronismo, que disminuyó la participación de esta clase en la renta nacional, en beneficio de los obreros. Esto une a todos los sectores de la clase media. Pero mientras unos quieren esa mejora entregándose a los yanquis, otros la buscan mediante una política de independencia nacional. En el primer sector figuran los socialistas, los demócratas cristianos y los radicales unionistas; el segundo, la intransigencia radical. El hecho de que también ésta coquetea como Bengoa–Uranga con la clase obrera, confirma lo anteriormente dicho, que solamente de esta clase puede llegar la solución del problema nacional. La presión del ala Noblía¹⁰ dentro de la intransigencia, refleja la desesperación de sectores de la patronal y la clase media que no han encontrado ninguna solución a los problemas que los aquejaba bajo el peronismo.

Este gobierno cuenta con el repudio del 90 por ciento de los obreros, y del 70 por ciento de la población del país. Sobre esto hay una anécdota que si no es cierta merece serlo. Se la ubica como sucedida en el diálogo entre un dirigente sindical peronista y un alto dirigente radical intransigente. El primero preguntó al otro cómo iban las cosas, éste contestó que iban exactamente igual que antes. A esto el peronista replicó: “No, doctor, si nosotros, que somos el 60 por ciento de la población estamos mucho peor que antes y ustedes, que tienen casi el resto están igual, significa que las cosas no están igual que antes; sino mucho peor.”

Efectivamente, el actual gobierno es oligárquico en la más pura acepción de la palabra. El problema es cómo lograr otro que, reflejando la mayor parte del pueblo haga un gobierno favorable a los trabajadores y a la clase media, contra el imperialismo y la patronal.

10 **Héctor Virgilio Noblía** (1901–1977) fue un médico y político argentino, que ejercería el cargo de Ministro de Asistencia y Salud Pública durante la presidencia de Arturo Frondizi.

Hay quienes plantean que la solución está en el llamado a una asamblea constituyente o a elecciones nacionales. Esto significa que quien va a organizar una y otra es el actual gobierno oligárquico y pro imperialista que se apoya en una ínfima minoría de la población. Eso naturalmente, no soluciona absolutamente nada. De lo que se trata, es de lograr la forma de echar al actual gobierno para que se llame a una constituyente y elecciones democráticas. De lo contrario, le hacemos el juego al gobierno; porque lo reconocemos y además lo consideramos capaz de llamar a elecciones y de reunir una constituyente democrática.

No olvidemos que este gobierno ha mandado a la ilegalidad al partido peronista, partido ampliamente mayoritario en el país. ¿Es que puede ser democrática una elección en la que no intervenga el partido peronista, actualmente mayoritario? De ahí que lo previo sea barrer al actual gobierno. La consigna de asamblea constituyente y elecciones, sin aclarar previamente que hay que liquidar al gobierno para lograr la realización de esa consigna, es oportunismo puro.

Esto no quiere decir que, si el gobierno da elecciones, aunque sean fraudulentas, nosotros no intervengamos. Hemos de intervenir si es que la clase obrera para entonces no tiene la fuerza suficiente para liquidar al gobierno. Pero lo haremos para aprovechar la elección en la reorganización del movimiento obrero. Nuestra consigna estratégica fundamental no es, pues, asamblea constituyente o elecciones nacionales, sino, reorganizar el movimiento obrero y sindical para poder echar al gobierno y poner en su lugar uno que represente a la mayor parte de los trabajadores.

La actual situación es revolucionaria en potencia, y así lo entendemos nosotros al proponer como tarea la liquidación del actual gobierno. Si este es el gobierno de la colonización del país por los yanquis y si la amplia mayoría de la población y el 90 por ciento de los trabajadores quieren liquidar al gobierno, no hacemos más que expresar esa necesidad histórica, y ese sentido deseo de la clase trabajadora, al plantear como la tarea fundamental de esta etapa histórica la liquidación del actual gobierno.

Esto no significa que en esa lucha no se utilice la legalidad. Pero esa utilización, sea cual fuere, queda supeditada al objetivo central: voltear al gobierno. Toda utilización legal es solamente un medio para el logro del resultado estratégico. No puede ser de ninguna manera un fin en sí, ni tampoco un reemplazante del objetivo de toda una etapa: la liquidación del gobierno reaccionario. La organización del movimiento obrero es la herramienta fundamental para esta tarea.

Nuestra tarea, pues, no puede ser otra que reorganizar al movimiento obrero para liquidar al actual gobierno antidemocrático y oligárquico.

Desde este punto de vista resulta risueño el intento de que el actual gobierno llame a elecciones democráticas o a una constituyente que sirva para algo. Quienes piensen lograr esto mediante la presión obrera contra el gobierno, son ilusos y oportunistas. Ilusos porque, mediante simple presión —por más grande que sea— nadie podrá hacer que un gobierno oligárquico deje de ser... oligárquico. De la misma manera que por presión no puede lograrse que un gobierno burgués deje de ser burgués. Hoy en día es tan difícil que el gobierno de Aramburu de legalidad al peronismo —fundamental tarea democrática para una elección o constituyente— como pedirle al gobierno de Eisenhower que deje de ser imperialista. Precisamente ser oligárquico, es la razón de ser y no una característica más del gobierno actual; de ahí su política de feroz persecución al movimiento obrero.

Pero decimos que además de ilusos son oportunistas, porque si la movilización o la presión fueran tan grandes como para obligar al gobierno a hacer todo esto, entonces sería puro oportunismo conformarse con un llamado a elecciones o a constituyentes, ya que sobraría fuerza para liquidar lisa y llanamente al gobierno. Efectivamente, se requiere la misma fuerza para liquidarlo que para lograr de él un llamado a elecciones o a constituyentes más o menos democráticos. Y nosotros no podemos luchar por otra forma de constituyentes que no sea democrática... sólo que para ello el primer obstáculo es el gobierno.

En cuanto a las posibilidades de la presión, diremos que se puede presionar a un gobierno que tiene base de masas para arrancarle ciertos objetivos mínimos; pero que de ningún modo se puede presionar a un gobierno que se apoya en la flota y en el imperialismo yanqui para que deje

de ser proyanqui y oligárquico. Esta es, además, la experiencia internacional; los revolucionarios rusos aprovechaban las posibilidades legales del zarismo, pero en ningún momento pensaron en reemplazar el objetivo, que era la liquidación del zarismo. Utilizaron esas posibilidades legales para ayudar a la liquidación del zarismo, y no porque pensaran que el zarismo iba a dejar de ser zarismo por simple presión, o por simple utilización de los medios legales permitidos por el propio zarismo.

Utilizar las posibilidades legales, no significa capitular ante esas posibilidades, ni olvidar en el caso argentino la experiencia de los trabajadores, así como el carácter de clase del actual gobierno. Otro tanto podríamos decir del gobierno de Castillo Armas.¹¹ Independientemente de los recursos legales que pueda utilizar el pueblo guatemalteco, su tarea decisiva no es presionar al gobierno para que deje de ser un gobierno carnicero al servicio del imperialismo, sino que sigue siendo su liquidación lisa y llana.

En el caso argentino, la liquidación del gobierno puede ser cuestión de meses o años, pero eso no cambia el carácter de la tarea; ésta sigue siendo voltear al gobierno en base a la insurrección de los obreros, y los sectores pauperizados de la pequeña burguesía.

Todas las horas del día son pocas para recordar a la clase obrera que el hecho de utilizar un llamado a constituyentes, como el de intervenir en elecciones sin el peronismo, aunque sean fraudulentas, o el de hacer contra ellas el boicot activo según el caso, tienen un sólo fin: la utilización de todos estos medios para organizar la liquidación del gobierno. Precisamente porque sólo su liquidación en base al movimiento obrero organizado podrá acelerar el llamado a una constituyente democrática; constituyente que incluirá la legalidad de todos los partidos incluso el peronismo.

Los intransigentes y los comunistas critican al gobierno, pero no creen en la necesidad de voltearlo como cuestión previa. Los radicales piensan coparlo en base a los militares jóvenes; su táctica es presionar al gobierno para que dé elecciones y luego ganar éstas, libres del peronismo.

Junto con los stalinistas hay otros grupos de izquierda que plantean como fundamental tarea política las elecciones. Estos grupos son, pese a su lenguaje revolucionario, la oposición izquierdista al gobierno, sus agentes en el movimiento obrero.

Nosotros estamos de acuerdo con el peronismo y el 90% de la clase obrera, en que hay que voltear al gobierno; pero discrepamos en sus métodos. El peronismo trata de hacer un golpe militar, preparando el ambiente mediante el sabotaje. Los mejores elementos obreros con que cuentan, son utilizados como auxiliares de los militares en el sabotaje y nada más. Nosotros tratamos de ver las cosas como son. Hoy día, no se puede voltear al gobierno. Recién estarán dadas las condiciones para hacerlo, cuando los sectores pobres de la clase media se unan a los obreros y estén dispuestos a jugarse. Será además necesario que la clase obrera no se sienta derrotada como actualmente. Ese será el momento.

Para nosotros lo fundamental actualmente, es dar un nuevo impulso a la clase obrera, armarla nuevamente para la lucha. Para ello es preciso liquidar la ofensiva patronal gubernamental, imperialista. Sólo el movimiento obrero organizado podrá frenar esa ofensiva y liquidar al gobierno. Además de eso, tendrá que reemplazar al actual gobierno reaccionario; tendrá que ser la base del gobierno futuro. Sólo un gobierno así podrá llamar a una auténtica asamblea constituyente, a una verdadera elección democrática.

Los obreros peronistas pueden decirnos que están de acuerdo en reorganizar al movimiento obrero, pero para la vuelta de Perón. A ellos, amplísima mayoría del movimiento obrero, nosotros les proponemos lo siguiente: reestructurar juntos el movimiento sindical para liquidar al gobierno; realizado esto, nosotros acataremos cualquier resolución que tome el movimiento obrero organizado, reservándonos el derecho de criticar lo que nos parezca errado. Si para entonces los obreros quieren que vuelva Perón, acataremos lo resuelto, aunque lo creamos un enorme error.

11 **Carlos Alberto Castillo Armas** (1914–1957). Fue un militar y político guatemalteco. Presidente de Guatemala desde el 8 de julio de 1954 hasta su asesinato en julio de 1957 en el interior de la casa presidencial. Lideró el golpe de estado de 1954 en Guatemala organizado por la CIA que depuso a Jacobo Árbenz.

Queremos para el futuro gobierno un equipo obrero elegido democráticamente por los obreros, para que apliquen un programa obrero contra la patronal, los terratenientes y el imperialismo. Si estamos en contra de Perón y el peronismo, es porque tienen un programa que en el fondo es patronal.

Nuestra consigna es, por consiguiente: ni elecciones nacionales, ni asamblea constituyente llamada por el gobierno reaccionario oligárquico.

Reorganización del movimiento obrero para la liquidación del gobierno reaccionario odiado por el pueblo trabajador, para que gobiernen quienes quieren los trabajadores de acuerdo al programa elaborado por los obreros organizados a través de sus organizaciones de clase.

Esto no impedirá que en todo momento nos reservemos el derecho, aun acatando a la mayoría de los obreros organizados, de discrepar y criticar a esa mayoría por no tener un programa consecuentemente anti-patronal y antimperialista.

6. El movimiento sindical reorganizado debe oponerse al Plan Prébisch

El informe Prébisch ha tenido la virtud de provocar una viva polémica alrededor de los problemas de la economía argentina. Esta polémica ha girado alrededor de los mismos dos frentes en que se divide el país: contreristas y peronistas. Prébisch, al asegurar en su informe que el país atraviesa por la peor crisis de su historia, sirve al contrerismo. Los peronistas, cuando afirman que lo que dice Prébisch es totalmente falso, defienden, lógicamente, al peronismo. Y cuando los radicales intransigentes aseguran que ni Prébisch ni los peronistas tienen razón, lo único que hacen es confirmar su medianía, su incapacidad y su cobardía.

Nosotros creemos que, a su modo, Prébisch y los peronistas tienen razón. Y no es un chiste. Prébisch tiene absoluta razón cuando dice que esta crisis de la economía argentina es gravísima, pero miente hipócritamente, cuando por salvar la responsabilidad de Wall Street le echa toda la culpa al peronismo.

Los peronistas tienen razón al señalar los progresos económicos que se lograron bajo el peronismo y cuando aseguran que éste no es culpable de la actual crisis; no tienen razón cuando afirman que Prébisch exagera y que la situación económica es buena.

La verdad es que la economía argentina está en crisis, en una gravísima crisis, y que el peronismo no es el principal culpable. Cuando uno lee los informes de Prébisch o de otros técnicos sobre los países latinoamericanos, se encuentra con que todos dicen lo mismo: tremenda crisis, falta de productividad, pobreza, bajo rendimiento, crisis agraria, moneda débil y necesidad de capital. Si exceptuamos a Venezuela, Cuba, posiblemente a México, a todos los países latinoamericanos les pasa lo mismo. Y, sin embargo, Perón no gobernó en todos ellos, sino solamente en Argentina. Es decir, la causa de la crisis económica de toda Latinoamérica es de carácter general y no parcial. El motivo hay que buscarlo en causas que se presentan en todos los países. La causa fundamental es el dominio que sobre su vida política y económica ejerce el imperialismo yanqui. Este impide un desarrollo armónico de las economías nacionales latinoamericanas, al impedir la unión de esos países en el terreno económico, y al orientar el desarrollo de la industria de cada país de acuerdo a sus necesidades o a las del mezquino mercado interno de cada país.

Pero eso no es todo. El imperialismo desarrolla o protege la más tremenda rémora de los países latinoamericanos: el latifundio agrícola-ganadero. Todos los países latinoamericanos, en mayor o menor escala, sufren una tremenda crisis agraria. La producción es mínima por hombre y por hectárea. Esta crisis agraria se combina con la presión y el control del imperialismo yanqui y ocasiona permanente atrasos, desniveles y contradicciones en las economías latinoamericanas.

El desarrollo industrial más o menos avanzado en todos los países de Latinoamérica, acelera las contradicciones de su economía bajo el peso y el control de los terratenientes y del imperialismo. Este desarrollo industrial de Latinoamérica hace indispensable la unidad económica de estos países; pero ni los terratenientes, ni el imperialismo yanqui, ni los patrones industriales, quieren esa unidad, porque los perjudica.

El mismo desarrollo industrial necesita de la solución del problema agrario para el aumento de la producción; pero el respeto a la renta agraria de los terratenientes, grandes amigos y socios del imperialismo y los industriales, impide la solución de la crisis agraria. Por otra parte, esa misma producción agraria está a merced del mercado controlado por el imperialismo.

Esas son las razones reales de la crisis de estructura que sufren, en general, todos los países latinoamericanos y no sólo nuestro país.

Pero que esa sea la base general de la crisis no quiere decir que no existan en cada país causas particulares. Argentina no es una excepción.

Hasta la crisis del año 1929 nuestro país pudo combinar el desarrollo de la producción agraria con la producción industrial. A partir de esa fecha se produce un hecho de importancia decisiva en la economía del país: la crisis agraria. La Argentina moderna es hija de la colonización agrícola. Una parte de los inmigrantes iba al campo, alquilaba un pedazo de tierra y cosechaba cereales que se vendían fácilmente en el exterior. Estos chacareros fueron la base del desarrollo del comercio y de la industria nacional. Otros inmigrantes se quedaban en Buenos Aires y trabajaban en la industria naciente.

Este desarrollo general de la economía argentina se vio facilitado por el desarrollo general de la economía mundial, aunque retardado desde el principio por el monopolio de la tierra por los terratenientes: Anchorena, Pereyra Iraola, etcétera.

Los altos arrendamientos cobrados por estos terratenientes impidieron una más profunda colonización agraria. Se impidió así que 50 millones de campesinos europeos se asentaran y colonizaran de punta a punta el país. La crápula terrateniente y estancieril, en su afán de gastar millones en el París de fin de siglo, impidió una colonización agraria completa y eficaz. Si a pesar de eso ésta existió, aún con todas sus limitaciones, se debe al gran desarrollo del mercado mundial de cereales. Este permitió vivir al chacarero pese a la expoliación de que era objeto. A partir de la crisis del año 1929, ya no quedó la posibilidad de que el chacarero gane para él y además para el terrateniente.

Tampoco subsistió esa posibilidad en relación al pequeño hacendado, explotado por los frigoríficos. Estalló así la crisis que fue el producto combinado del chantaje del imperialismo y del terrateniente.

Para compensar la crisis, que los propios terratenientes sufrían, toda la patronal argentina —menos los importadores— se lanzó a una campaña de protección a la industria. Este relativo proteccionismo industrial permitió invertir capitales en la industria a los terratenientes, y al mismo tiempo absorber los brazos que quedaban libres en el campo. En el afán de superar la crisis, los terratenientes y los estancieros no sólo tienden a desarrollar la industria, sino que también tratan de entregar el país al imperio británico para que éste les garantice las compras de sus carnes. Los terratenientes nos transforman por esta razón en una semicolonía británica.

Esta dependencia del imperio británico va a ser fatal para la economía nacional. Justamente, genio y figura hasta la sepultura, uno de los técnicos que reestructuraron el país como semicolonía británica fue míster Prébisch, integrante del trust de los cerebros de la oligarquía conservadora.

Esta dependencia va a hacer que el país, sin intervenir en la guerra, participe de las pérdidas del imperio británico. Durante los años de guerra, Argentina, por los acuerdos que firmaron Prébisch y sus amigos, no cobró nada por las ventas de sus carnes. Sumada a la crisis agraria esto es lo que ha dado origen a la actual crisis.

Durante la guerra, el país, en lugar de recibir las máquinas, repuestos, y materias primas que necesitaba, no recibió absolutamente nada a cambio de la carne, principal producto de su exportación. Fueron siete años sin recibir máquinas, tractores, vagones, etcétera.

El peronismo no fue culpable de esa situación. No hizo más que heredarla. Pero sí es culpable de no haber luchado para sacar al imperialismo lo que la economía del país necesitaba. No obstante, eso, es preciso reconocer que Perón hizo mucho más que Prébisch y sus amigos para remediar la situación. El peronismo no es el culpable de que la industria se quedara sin máquinas, ni tampoco de

la crisis agraria; de eso tienen la culpa los conservadores. Pero es el culpable de no haber encarado esos dos problemas con soluciones de fondo, habiéndolo hecho, en cambio, mediante métodos patronales, errados o aventureros. Es también culpable de haber capitulado ante el imperialismo inglés y los terratenientes, haciéndoles miles de concesiones. Es culpable también de haber permitido las fabulosas ganancias de los Jorge Antonio, Juan Duarte, y Miguel Miranda.¹²

Para compensar la falta de maquinarias el peronismo desarrolló la industria empleando más mano de obra, hasta un grado peligroso. Por eso descendió el promedio de la productividad relativa y la tecnificación del país quedó enormemente atrasada. Pero el culpable de que no llegaran las máquinas necesarias a cambio de las carnes exportadas no fue Perón, sino el imperialismo que exprimió al país antes de que llegara al gobierno el “régimen depuesto”.

Caído el peronismo, que hacía de árbitro entre el imperialismo yanqui y los capitalistas por un lado y la clase obrera por otro, se han dado las condiciones políticas para que el imperialismo y la patronal encaren un plan económico de conjunto que solucione sus problemas. Toda la patronal del país, pide a gritos préstamos y maquinarias yanquis. No es para menos.

Tanto la industria como el campo necesitan urgentemente renovar o modernizar su maquinaria. Para lograr esto no hay más que dos salidas: entregarse al capitalista más fuerte, que tenga máquinas y capitales, el imperialismo yanqui, o planificar la economía nacional ligándola al resto de las economías nacionales latinoamericanas. Esto último significaría liquidar la producción en beneficio de los patrones y planificarla de acuerdo a los intereses reales de un pueblo. No hay otras salidas. Durante un cierto tiempo se puede vivir sin depender del imperialismo, pero, luego, se necesitan capitales y maquinarias y entonces si no se toma el camino de la planificación total en beneficio del país y del pueblo, se tiene que capitular ante aquél. Esta es la situación actual, y a esa situación es a la que da respuesta el plan Prébisch.

Este economista hace un plan perfecto para satisfacer los intereses generales de la patronal y el imperialismo. Su objetivo fundamental es sencillo: crear las condiciones económicas para un acuerdo total con el imperialismo. Prébisch les dice a todos los capitalistas tanto como a todos los imperialistas: “Señores, estamos ordenando la economía argentina para que pueda ser explotada por los capitales de ustedes; de modo que ahora ayuden ustedes a este ordenamiento económico”. Los objetivos fundamentales del plan Prébisch son:

Primero: la libertad de cambios para que los capitales extranjeros, especialmente los del imperialismo yanqui, puedan entrar y salir cuando quieran; al mismo tiempo desvaloriza el peso para que los exportadores, como los frigoríficos y los trusts cerealistas, obtengan mucho más dinero argentino aunque obtengan menos moneda extranjera. Una consecuencia indirecta del libre cambio, será que las materias primas extranjeras para la industria nacional van a valer mucho más en pesos argentinos.

Segundo: conseguir préstamos e inversiones extranjeras, especialmente norteamericanos garantizando una moneda estable. Así, con el pretexto de las necesidades económicas, obliga al gobierno a aceptar todos los pactos colonizantes. Ya ha ratificado el de la OEA y se ingresó al Fondo Monetario Internacional.

Tercero: aumentar fabulosamente la explotación de la clase obrera y levantar un poco el nivel de vida de la clase media. Tender a que la misma producción se realice con el trabajo de menos obreros y que si estos sobran unos se hagan competencia entre si y otros vuelvan al campo.

Cuarto: desarrollar la producción agraria en detrimento, si es necesario, de la ganadería y la industria. Este aumento de la explotación agraria fortifica a los terratenientes, a los cerealistas e indirectamente al imperialismo yanqui, que domina el mercado mundial de cereales.

¹² **Jorge Antonio** (1917–2007) fue un empresario y asesor político argentino ligado al presidente Perón.

Juan Duarte (1914–1953) fue un político argentino, hermano mayor de Eva Perón que se desempeñó como secretario privado del presidente Perón.

Miguel Miranda (1891–1953) fue un político, empresario y economista argentino que ocupó el cargo de Presidente del Banco Central de la República Argentina durante las presidencias de Farrell y Perón. Posteriormente este último, lo designó al frente del Consejo Económico Nacional, donde lo asesoraba constantemente.

Este programa, al beneficiar —o tratar de hacerlo— a los sectores de la patronal argentina relegados por el peronismo, ha provocado y seguirá provocando la resistencia de sectores importantes de la propia patronal. Fundamentalmente de los industriales y los ganaderos que se ven seriamente amenazados por el resurgimiento de los terratenientes (dueños de tierra que no la explotan sino que la alquilan), los grandes trust cerealistas y principalmente por la lacra que el peronismo consiguió barrer: los grandes consorcios financieros, sobre todo el de los Bemberg. Justamente, todo el plan Prébisch está previsto para facilitar el copamiento de la economía argentina por el gran capital financiero argentino-extranjero de los Bemberg, Tornquist, etcétera. Estos harán de intermediarios entre el imperialismo y el país, entre los capitales financieros neoyorkinos y el capital nacional.

Es por eso que el imperialismo yanqui ve en este plan a su plan. El plan Prébisch es igual en líneas generales, al que recomiendan las misiones yanquis a los otros países latinoamericanos.

Se repite aquí la historia de la crisis. Perón gobernó solamente en Argentina, pero planes como el de Prébisch se le sugieren o se lo imponen a todos los países latinoamericanos. Es que el imperialismo yanqui necesita dominar a todos los países de Latinoamérica para facilitar, entre otras cosas, el libre movimiento de sus capitales. A Ford le interesa invertir capitales en Argentina y Bolivia sin ningún control por parte de los gobiernos criollos. Desea sacar las ganancias o invertir las en el momento que se le ocurra. Los yanquis en general, quieren completa libertad para sus capitales y productos con el fin de controlar las economías latinoamericanas sin rendir cuentas a nadie. Si lograran sus objetivos —y ya los van logrando— las economías latinoamericanas divididas en 20 mercados distintos y con 20 monedas distintas se encontrarían a merced del chantaje imperialista yanqui. Ford, con solo amenazar con que se llevará sus capitales, podrá lograr la baja de la moneda en el país que entre, logrando así todas las concesiones que quiera. Al mismo tiempo el imperialismo orientará definitivamente las economías para su exclusivo beneficio. Pero eso no es todo: los capitales yanquis acelerarán la explotación más “científica” de nuestros obreros y campesinos. El plan Prébisch es en esencia el plan económico N° 20 del Departamento de Estado Norteamericano; el plan de la colonización económica de Argentina por el imperialismo yanqui.

Durante un pequeño lapso puede mejorar un tanto la economía nacional, pero al precio de su total dependencia del imperialismo yanqui, y del empeoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. Esta dependencia se revelará como fatal en la futura crisis económica yanqui.

Los radicales intransigentes y los peronistas hablan y hablan contra el plan Prébisch, pero son incapaces de dar salidas concretas para solucionar la situación. Esto es lógico, porque tanto el peronismo como el radicalismo intransigente defienden en forma más o menos directa los intereses de la patronal y los terratenientes nacionales. Y precisamente para la patronal no hay otra salida económica, aunque les duela, que el acuerdo con los yanquis. Por eso Perón capituló ante el problema del petróleo y los radicales intransigentes, en una actitud servil, no denuncian el pacto de la OEA o el del Fondo Monetario Internacional.

Solo la clase obrera puede solucionar sus problemas y al mismo tiempo los del país. Actualmente carece de una dirección, así como de órganos estructurados que la capaciten para estudiar y solucionar los problemas de la economía nacional. De ahí que la lucha contra el siniestro plan Prébisch pasa necesariamente por la reorganización de la clase obrera. Solo mediante ella podrán los obreros planificar la economía una vez derrotado el actual gobierno proimperialista.

El movimiento obrero organizado planteará que, si para Prébisch lo sagrado son las ganancias de los capitalistas, para los trabajadores hay una sola cosa sagrada: el bienestar del pueblo trabajador. Ese deberá ser el objetivo del plan. Antes que nada, hay que liquidar la influencia del imperialismo yanqui. Para ello es necesario elaborar un plan conjunto de todos los países latinoamericanos. Ya, ahora mismo, las organizaciones sindicales de Chile, Bolivia y Uruguay, junto con la dirección ilegal de la CGT argentina, deben llevar a cabo un Congreso para reemplazarlo. El solo hecho de que se lleve a cabo la unión económica de esos países significará una superación económica impresionante de todos. Al plan Prébisch en favor del imperialismo debe oponerse un plan regional y latinoamericano contra la ofensiva del imperialismo yanqui.

Pero aquí no termina la cuestión. El peronismo desarrolló una serie de esbozos de defensa de la economía argentina: el control de cambios y el control del comercio exterior. Nosotros creemos que esas medidas no fueron de gran utilidad por dos razones: porque eran incompletas y, además, porque eran aplicadas por funcionarios al servicio de los grandes patrones y no de los trabajadores. A la maniobra de Prébisch, de volver a la libertad absoluta de comercio para entregar el país al imperialismo, el movimiento obrero organizado deberá oponerle las siguientes medidas:

– Defensa del control de cambios y del comercio exterior y su completa nacionalización: todo lo que se vende y se compra en el exterior, lo vende y lo compra el gobierno.

– Control democrático por parte de la clase obrera del control de cambios y del comercio exterior.

Pero para superar la crisis no sólo es necesaria la unidad con Chile, Bolivia y Uruguay, así como el control obrero de los cambios y del comercio exterior, sino que son necesarias también medidas económicas internas.

– Nacionalización de la CADE, los frigoríficos y las grandes empresas cerealistas. El país, en esa forma, ganaría millones de pesos en divisas.

– Defensa de todas las nacionalizaciones hechas por el peronismo, pero asegurando su eficiencia mediante su control por la clase obrera.

Pero aquí no termina la cuestión. Ahora que se está hablando de robos peronistas, debemos aclarar que estamos a favor de que se expropien las fortunas peronistas; pero mucho más importante que esto es que sean rescatadas, para el país y los trabajadores, las tierras robadas al Estado durante 150 años. Esta sería, no sólo una medida de estricta justicia, sino la única y verdadera solución al problema agrario argentino; nacionalizando las tierras sin pagar nada a los terratenientes. Entonces sí que será fácil aumentar la producción agraria mediante la política inmigratoria y agraria audaz, que dará los terrenos gratuitamente a quienes deseen trabajarlos. No hay otra forma de eliminar a esos tremendos parásitos nacionales: los terratenientes, que han frenado el desarrollo de la economía nacional durante un siglo.

Todos estos son elementos del plan económico que proponemos para superar la actual crisis económica y que sintetizaremos así:

1) Unidad económica con toda Latinoamérica e inmediata con Uruguay, Chile y Bolivia a través de un plan de conjunto elaborado y controlado por las organizaciones obreras de los cuatro países.

2) Control estatal del comercio exterior y de cambios, bajo administración de las organizaciones obreras.

3) Nacionalización, sin pago, con control obrero de la CADE, frigoríficos y grandes empresas cerealistas. Lo mismo se puede hacer con los grandes trusts o consorcios: vino, azúcar, Tornquist, etcétera.

4) Las nacionalizaciones peronistas serán respetadas y se las dejará bajo control obrero.

5) El problema agrario se solucionará haciendo que las tierras vuelvan a manos del Estado al cual pertenecían hace algo más de un siglo.

Estas y no otras son las bases de un plan de conjunto a elaborar por la clase obrera y su movimiento sindical reorganizado en su beneficio y en el de los trabajadores. Este plan es justamente el opuesto del Plan Prébisch: superará la economía nacional y latinoamericana, hundiendo a las empresas imperialistas, a los grandes trusts nacionales y a los terratenientes, elevando, al mismo tiempo, el nivel de vida de los trabajadores. El movimiento sindicalmente reorganizado debe analizar lo más pronto posible este plan y hacer una propaganda intensa en el seno de la clase obrera, aclarando que sólo un nuevo gobierno, basado en la reorganización del movimiento obrero, podrá llevar a cabo este plan.

7. El plan yanqui de colonización de Latinoamérica

A pesar del triunfo del imperialismo yanqui sobre Argentina, el orbe entero está viviendo un proceso revolucionario. Todo obrero de vanguardia tiene la obligación de estudiar el mapa geográfico y social del mundo desde 1914 hasta la fecha. Este es el mejor antídoto contra el pesimismo. Este mapa le indicará que después de la Primera Guerra Mundial un solo país se liberó del capitalismo: Rusia. Diez años después de la primera guerra, el capitalismo y el imperialismo estaban relativamente sólidos en todo el mundo y especialmente en Europa. Hoy, a diez años de la Segunda Guerra Mundial, la situación se presenta en forma totalmente distinta. Ya no es sólo Rusia la que saltó el charco de los países dominados por el capitalismo, sino también China y el este de Europa. Por otra parte, la mitad de Corea e Indochina se han liberado de la explotación de los terratenientes y el imperialismo y la mayor parte de los países asiáticos han obtenido su independencia política, o están en vías de obtenerla.

El mismo proceso ha llegado con toda intensidad al Norte de África y a Kenya, donde se libran gigantescas batallas por la independencia nacional. Europa no va en zaga; el proceso revolucionario en Italia y en Francia, si bien se posterga, ha adquirido un carácter crónico. A esta crisis se suman, en el momento actual, Chipre y España, que hacen trastabillar el equilibrio europeo. Completando el cuadro y para colmo del capitalismo, los grandes países árabes dirigidos por Egipto, aspiran a una política de independencia nacional: desafían el pacto de Bagdad y al mismo tiempo esbozan una unión política y militar que, aunque condenada al fracaso bajo la dirección política de esos gobiernos patronales, plantea un problema que las masas árabes se encargarán de llevar hasta el fin.

América en su conjunto y Latinoamérica, no pueden presentar dentro del panorama revolucionario mundial, una hoja de servicios tan brillante y revolucionaria como las otras zonas del mundo.

Si exceptuamos Bolivia, pequeña isla revolucionaria en un continente “responsable”, Latinoamérica no ofrece, en la actualidad, grandes guerras de liberación nacional, como tampoco inmensas luchas contra los terratenientes y el capitalismo.

Por el contrario, las tentativas de una tímida política de independencia nacional no han adquirido, en ningún lugar, características revolucionarias tales los casos de Guatemala, con Arévalo¹³ y Arbenz;¹⁴ México, con el partido nacionalista; Argentina, con Perón; Brasil, con Vargas;¹⁵ Chile, con Ibáñez;¹⁶ Ecuador, con Velasco Ibarra,¹⁷ y Bolivia, con Villarroel.¹⁸

13 **Juan José Arévalo** (1904–1990), fue un educador y político guatemalteco. Fue electo presidente de Guatemala de 1945 a 1951 tras la Revolución de 1944, siendo el primer presidente popularmente electo en ese país. Se definió a sí mismo como un socialista espiritual e impulsó numerosas reformas para integrar a las clases más pobres de la sociedad guatemalteca, basado en el New Deal del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt.

14 **Juan Jacobo Arbenz** (1913-1971) fue un militar y político guatemalteco que fue presidente de Guatemala de 1951 a 1954, anteriormente fue ministro de la Defensa Nacional de 1945 a 1951. Fue elegido presidente de Guatemala en las elecciones presidenciales de 1950 y asumió el cargo el 15 de marzo de 1951. Arbenz explicó en su discurso inaugural que su plan de gobierno se basaba en convertir a Guatemala de un país dependiente y de economía semicolonial en un país económicamente autosuficiente; y transformarlo de un país atrasado y de economía predominantemente feudal en un país moderno y con economía de mercado. El 27 de junio de 1954 fue derrocado por un golpe de Estado dirigido por el Gobierno de Estados Unidos, con el patrocinio de la United Fruit Company y ejecutado por la CIA, que lo sustituyó por una Junta militar que finalmente entregó el poder al coronel Carlos Castillo Armas. Tras el golpe tuvo que escapar a un tortuoso exilio en Uruguay y México, donde se separó de su esposa e hijos, sufrió una férrea campaña de desprestigio orquestada por la CIA.

15 **Getulio Vargas** (1882–1954) fue presidente de Brasil, primero como dictador desde 1930 a 1945, y luego electo por voto popular desde 1951 hasta su suicidio en 1954. Favorecía el nacionalismo, la industrialización y la centralización de la economía, las medidas que mejoraran el nivel de vida popular y la conciliación de clases. Por esto último le dieron el apodo de “Padre de los pobres”.

16 **Carlos Ibáñez del Campo** (1877–1960) fue un militar y político chileno, presidente de la República en dos ocasiones: en los periodos 1927-1931 y 1952-1958.

17 **José María Velasco Ibarra** (1893–1979) fue un político ecuatoriano. Presidente en cinco ocasiones, incluyendo el periodo 1952–1956. Velasco lideró la escena política ecuatoriana durante gran parte del siglo XX.

18 **Gualberto Villarroel López** (1908–1946) fue un militar y político boliviano, presidente de la Junta Militar de Gobierno (1943-1944), presidente provisorio (1944-1945) y presidente constitucional (1945-1946). Un reformista, a veces

Estos tímidos intentos han sido castrados, aplastados o desviados por el imperialismo yanqui. Es preciso preguntarse: ¿qué pasa con nuestro continente, que mientras la revolución avanza en todo el mundo, en Latinoamérica retrocede?

La explicación de este fenómeno confunde a los sectarios quienes, de la premisa de que la revolución triunfa o se mantiene en todo el mundo, sacan la conclusión de que lo mismo ocurre en Latinoamérica. Latinoamérica pertenece al mismo continente que el centro de la contra revolución mundial; está aliado al cuartel general de los explotadores del mundo entero. El avance de la revolución mundial multiplica el afán de los yanquis de dominar, aún más de lo que lo han hecho, a los países latinoamericanos que controlan. El temor a la revolución lanzó a un sector del imperialismo yanqui, el del senador McCarthy, a la peregrina idea de imponer un gobierno fascista en los Estados Unidos, para aplastar a los trabajadores más aún de lo que ya lo están bajo Eisenhower. Las concesiones que le hicieron los stalinistas al imperialismo —frenar la guerra de Indochina, la del Norte de África, las huelgas de Francia—, y principalmente el ascenso revolucionario de Asia y el triunfo de la revolución china, convencieron a ese sector del imperialismo yanqui que era peligroso y apresurado, en este momento, cambiar al gobierno ultra reaccionario de Eisenhower por el gobierno fascista de McCarthy. Este ejemplo demuestra a las claras que el proceso histórico es contradictorio ya que el ascenso revolucionario mundial trajo el peligro del fascismo en Estados Unidos. El avance revolucionario en el mundo ha acelerado y no disminuido el afán de los yanquis de explotar Latinoamérica. Quieren asegurarse esta zona del mundo. Norteamérica se proyecta, hoy día, con mayor fuerza y más poderosas razones contra Sudamérica. Esta es la única que, en caso de guerra, no podrá sufrir los bombardeos estratégicos. Además no puede quedar separada de los Estados Unidos.

Pero esto no es todo. El Canal de Panamá ya no puede prestar los servicios de antes. Los grandes buques no lo pasan, algunos sectores se derrumban y una bomba bien arrojada, puede terminar con él. Estas razones obligan al imperio del Norte a encaminar sus vistas al Estrecho de Magallanes como paso obligado entre los dos océanos. El imperialismo yanqui necesita inevitablemente de la Patagonia chilena y argentina. Los yanquis quieren dominar el mundo, pero en casi todos los continentes están a la defensiva. Antes de dominar tienen que aplastar la revolución. Pero allí donde están a la ofensiva, ésta se revela brutal. Los coreanos ya han sufrido las consecuencias de la ofensiva en su aspecto militar. Los latinoamericanos sufrimos esa ofensiva, por el momento, en su aspecto político y económico.

Los trabajadores y los países latinoamericanos pagan caro el privilegio de no haber sufrido la guerra en sus territorios; son los únicos que en esta hora de liberación nacional están siendo colonizados. Las revoluciones sociales en curso y las guerras de liberación nacional de Europa, Asia y África, son producto de la guerra y de la violenta colonización militar sufrida por esas regiones. Los trabajadores latinoamericanos deberán dar la batalla ahora.

Los propios trabajadores yanquis que no padecieron la guerra en su territorio, cancelan hoy ese privilegio con la disminución de sus salarios reales y con el aumento de la explotación para pagar la carrera armamentista más fabulosa de la historia. Y esta producción de armamentos llevará a la ruina, no sólo la economía de los trabajadores, sino la propia economía yanqui.

A pesar de la revolución mundial, el imperialismo yanqui ha obtenido un gran triunfo en Argentina al voltear a Perón.

Pero este último triunfo yanqui de haber quebrado a Argentina, el más independiente de los países latinoamericanos, presenta también su contrapartida.

Toda Latinoamérica está siendo colonizada y por lo mismo, también, toda Latinoamérica va siendo unida contra su enemigo común y resistirá, así unida, a los planes de colonización. Efectivamente: antes, las disputas antiimperialistas, así como la relativa fortaleza de algunos países latinoamericanos, dividían la lucha antiimperialista por países y por zonas. Durante la década del 30, por ejemplo, era muy distinta la lucha antiimperialista de Centroamérica comparada con Argentina.

evaluado por sus simpatías fascistas, otras por sus vínculos con el presidente argentino Juan Domingo Perón y sus alegatos de tercer posicionismo.

En ésta, la lucha fundamental era contra el imperialismo inglés y el pacto Roca-Runciman;¹⁹ en Centroamérica era fundamentalmente contra el imperialismo yanqui. México, durante la misma década, luchaba contra el imperialismo inglés. Vale decir que antes del éxito total de la colonización yanqui, cada país era un caso aparte en su lucha antiimperialista. Hoy día hemos sido todos los latinoamericanos, sin excepción, centroamericanizados, colonizados por el mismo imperialismo y en lo esencial con las mismas herramientas. La lucha por la independencia nacional latinoamericana adquiere una igualdad, uniformidad y unidad casi total. Algo más todavía: las clases obreras más avanzadas y numerosas de Latinoamérica, la chilena, argentina, brasileña y mexicana, que se habían dado la espalda, unas con otras, se encuentran ahora con que los problemas más agudos que soportan cada uno de sus países, las llevan a unirse con los trabajadores de los otros países latinoamericanos.

Si los yanquis tocaron campanas para festejar el triunfo sobre Argentina, nosotros creemos que esas campanas sonaban a réquiem más que a triunfo. Los yanquis con este triunfo han unido a toda Latinoamérica en la lucha antiimperialista. Y lo que es fundamental, han unido a los trabajadores latinoamericanos con sus sectores más fuertes: mexicanos, brasileños y argentinos.

La integración de Argentina en el imperio americano yanqui termina el proceso de formación de ese imperio. Este proceso, si bien fortifica relativamente al imperialismo, prepara su propia tumba, porque unifica y combina en la lucha antiimperialista a países como Guatemala y México, Venezuela y Brasil o Bolivia y Argentina. Concretamente, el imperialismo yanqui, al incluir en su imperio a los países más desarrollados refuerza la resistencia a su dominación. Los formidables trabajadores bolivianos pueden estar tranquilos. El imperialismo yanqui al voltear a Perón les ha hecho un favor; los hechos convencerán a los obreros argentinos de que su situación no es una excepción en Latinoamérica y que la suerte de la revolución boliviana está unida a la suya propia al subrayarles el enemigo común: el imperialismo yanqui.

Esta situación revolucionaria y los planes de colonización plantearán a nuestro movimiento obrero en proceso de reorganización sindical, la forma de enfrentar esos planes.

Sólo la clase obrera argentina en nuestro país, a través de sus organizaciones, es la que puede encarar esta situación. Deberá planear una Conferencia de Organizaciones Obreras Latinoamericanas para constituir una verdadera Central Obrera Latinoamericana. La tarea mencionada puede comenzar con la organización de Conferencias Regionales de las organizaciones obreras más representativas, para discutir planes comunes a los trabajadores y pueblos de los países involucrados en esa Conferencia. Los trabajadores argentinos y chilenos se encuentran con que hay un pacto de complementación económica que no se aplica. Las organizaciones obreras argentinas y chilenas pueden y deben llevar a cabo una Conferencia para ver la forma de aplicar ese pacto. Esta aplicación sería de inmensa utilidad. Frente a la crisis económica de Uruguay, Bolivia, Chile y Argentina, sería fundamental una Conferencia del mismo tipo para discutir un plan de acción que beneficie las economías de estos países. La condición para llevar a cabo esas Conferencias no deberá ser que cada dirección sindical sea necesariamente antiimperialista. Basta que sean organizaciones auténticas de trabajadores. El sólo hecho de reunir al movimiento sindicalmente organizado de Latinoamérica para que discuta en forma libre y democrática los problemas nacionales comunes, es más antiimperialista que cien declaraciones antiimperialistas. Es decir, la táctica del Frente Único Obrero la llevamos a la práctica en escala latinoamericana o regional; planteamos la necesidad de una unión de las organizaciones obreras más representativas para acciones comunes sobre los problemas que más la preocupan. Esto no impide que nosotros liguemos esos problemas inmediatos a nuestro programa antiimperialista.

Paralelo a este esfuerzo por ligar a las organizaciones obreras latinoamericanas a un programa inmediato y común, desarrollaremos una intensa campaña para que se lleve a cabo un Congreso antiimperialista de las organizaciones obreras y populares, sindicales y políticas, que estén en contra de la colonización yanqui. Así desenmascaramos el carácter oportunista de las tendencias antiimperialistas de la patronal y la clase media. Es decir, nuestra lucha contra el plan yanqui de colonización latinoamericana empieza por organizar sindicalmente a la clase obrera de nuestro país

19 El **Pacto Roca-Runciman** fue un acuerdo de comercio internacional celebrado entre la República Argentina y el Reino Unido, el 1 de mayo de 1933. Fue firmado por el vicepresidente de Argentina, Julio Argentino Roca (hijo) y el encargado de negocios británico Walter Runciman.

y por tratar de desarrollar la unión del movimiento obrero latinoamericano. Esta tarea es en realidad la verdaderamente antiyanqui, aunque, en un principio, en sus declaraciones no lo fuere. Junto a esta tarea, combinada con ella, plantaremos la necesidad de una Conferencia o Frente Único de todas las organizaciones que se reclaman antiimperialistas. Todas estas tareas se combinan entre sí, pero la decisiva en los hechos es la que tiende a la reorganización y unidad del movimiento obrero argentino y latinoamericano, porque sólo la clase obrera latinoamericana será capaz de derrotar al imperialismo yanqui.

8. Luchemos por reconquistar nuestra independencia nacional

El gobierno actual ha ratificado el pacto de la OEA que Perón había firmado. Esto tiene una importancia histórica: significa entrar de lleno en la estructura jurídica y política montada por el imperialismo yanqui para explotar y dominar a los países latinoamericanos. Con este pacto y el que lo completa —el bilateral—, nuestro país, igual que los otros países latinoamericanos, pierde los atributos más importantes de su soberanía política y económica.

El atributo más importante de la soberanía es tener el derecho y la independencia para pronunciarse cuando se es agredido o cuando debe entrarse en guerra. Justamente hemos perdido esos atributos. Pero no terminan ahí las concesiones hechas por el gobierno de Aramburu. Quién dictaminará las líneas generales del comercio nacional, más tarde o más temprano, serán organismos extranacionales.

Se tendrán que dar bases militares al imperialismo dentro del territorio nacional si se firma el pacto bilateral. Todo esto significa, lisa y llanamente, que nuestro país ha perdido ya gran parte de su soberanía y su independencia política y, además, está en vías de perder lo poco que le resta. Es decir, ha sido transformado en una semicolonía y está bastante cerca de transformarse en colonia. Esto es trágico para nuestra nación, que consiguió y defendió su independencia nacional hace más de 150 años.

Latinoamérica fue colonizada principalmente por dos imperios: el español y el portugués. Esta colonización fue una consecuencia del desarrollo capitalista europeo; de ahí que toda Latinoamérica hayo sido un apéndice de ese capitalismo: ésta fue su fuerza y su debilidad. Al revés de Asia o África, desde un principio Latinoamérica organizó toda su producción fundamental para el mercado mundial. Latinoamérica se estructuró como una región semicapitalista que producía para el mercado mundial en cantidades muy superiores a otras regiones atrasadas del mundo. Esta situación permitió el surgimiento de una clase capitalista nacional formada por los estancieros o mineros, que conquistó, junto con los comerciantes, la independencia de los distintos países latinoamericanos.

Aunque relativamente fuertes, estos patrones mineros, ganaderos o comerciantes, no lucharon por la unidad de nuestros países porque eran extremadamente regionalistas, ya que se conformaban con vender al exterior. Si en Latinoamérica hubiera habido un gran desarrollo industrial y una patronal industrial, esta patronal hubiera luchado y conquistado, posiblemente, la unidad latinoamericana. Pero no se trataba de una región industrializada, sino relativamente adelantada. Este adelanto relativo permitió a nuestras regiones transformarse en países independientes; pero el atraso impidió que nos unificáramos como en Norte América, en un sólo gran país. Si eso se hubiera hecho, hoy día los Estados Unidos de Latinoamérica serían tanto o más potentes que los Estados Unidos de Norteamérica.

La relativa fortaleza de nuestros países latinoamericanos, impidió que fueran copados en el reparto del mundo llevado a cabo por las grandes potencias imperialistas desde mediados del siglo pasado. Esta relativa fortaleza permitió no sólo resistir a la presión imperialista, sino maniobrar entre los distintos imperialismos para defender la independencia nacional.

Pero desde comienzos de la década de 1880, aparece en la escena de cada país latinoamericano el verdadero imperialismo: el capital financiero. Desde esa fecha los grandes imperios entran en nuestro país no sólo con mercaderías o con barcos de guerra, sino con capitales. La influencia de

estos capitales penetra en todas las esferas. Es así como logran gobiernos dóciles que les hacen fabulosas concesiones.

En nuestro país el imperialismo inglés logra la mayor parte de los ferrocarriles; posteriormente arrebatará la famosa ley Mitre, que concede vergonzosos privilegios a los ferrocarriles ingleses. Nuestro país pasa a ser dependiente de Inglaterra. Somos independientes y democráticos, pero en la realidad, gobiernan, con o sin fraude, los intereses económicos y financieros del Reino Unido.

Estados Unidos y otros imperios le disputan a Inglaterra la supremacía en Latinoamérica y en nuestro país. Pero, con altibajos, seguimos siendo una dependencia británica hasta 1933.

En esa fecha se produce un acontecimiento de gran importancia histórica, aunque no tanto como el de ahora al integrarse al pacto de la OEA. El gobierno del general Justo, controlado por los conservadores, resuelve entrar al imperio económico británico y firma el pacto Roca-Runciman.

Fuimos, así, transformados en una semicolonía británica. Hoy día se firma el pacto de la OEA y pasa desapercibido. Para que nos demos cuenta de la importancia del cambio producido, recordemos que cuando Yrigoyen se comprometió a entregar las cosechas a los países europeos durante la guerra, sin cobrarlas inmediatamente, toda la patronal argentina se agarró la cabeza y puso el grito en el cielo, por lo que consideraba una verdadera entrega. Y no digamos nada de lo que se dijo del acuerdo que firmó en su segunda presidencia Yrigoyen, garantizándole a los británicos la compra de rieles en Inglaterra para un ferrocarril en construcción, se consideró esa cláusula como una capitulación de la soberanía argentina.

Poco después, en 1933, se firmaba el pacto Roca-Runciman. Ya no se trataba de los rieles de un ferrocarril, sino de la entrega de la economía nacional al imperialismo inglés. Se garantizaba la entrada al país —sin pagar impuestos— de más de la mitad de los productos británicos, además del trato de nación más beneficiada. Con aquel tratado, el país fue incorporado, sin vuelta de hoja, al imperio colonial británico, desde el punto de vista económico. El pacto originó una verdadera tormenta nacional.

Hoy día la historia se repite, pero en forma mucho más trágica: nadie, a excepción de nosotros, dice o hace gran cosa contra la entrega. Y a pesar que no sólo entramos en la esfera económica del imperialismo yanqui, sino en la de su esfera de influencia política y en su dispositivo defensivo. El gobierno conservador no comprometió políticamente al país; éste podía mantener las relaciones y el gobierno que quisiera; no había, al efecto, ningún pacto que se lo impidiera. El pacto Roca-Runciman fue de carácter meramente económico. Catorce años duró esta situación de nuestro país como semicolonía británica.²⁰

A partir del año 1947 la debilidad del imperialismo inglés, sumada a nuestro desarrollo económico, permitió que el pacto Roca-Runciman muriera por inanición sin pena ni gloria. Acompañaron al pacto Roca-Runciman en su entierro los ferrocarriles y otras propiedades del Imperio Británico. Queda dicho que todas estas pérdidas se produjeron dentro del mayor orden, y mediante toda clase de concesiones que Perón hacía a los británicos. Es decir, en ningún momento

²⁰ Los marxistas no han delimitado con absoluta precisión las diferencias entre un país dependiente y semi colonial. Esto no es casual. Solamente ahora, en plena época de revoluciones coloniales y semicoloniales se plantea la necesidad de la más estricta precisión terminológica. Un país colonial es el que es gobernado por otro país. La India cuando era gobernada por un Virrey, y hoy día las Honduras británicas, son ejemplos claros de un país colonial: el gobierno no pertenece al país en cuestión. Un país semicolonial es el que tiene cercenadas, pero no alienadas totalmente, su independencia económica o política.

Los países centroamericanos durante años tuvieron tratados con Norteamérica que le otorgaban al imperialismo el derecho a controlar la aduana y la economía de esos países. Eran países semicoloniales ya que, aunque el gobierno no era puesto por los yanquis, los tratados cercenaban casi totalmente su soberanía política y económica.

Cuando un país es dominado por el capital extranjero, pero no tiene pactos que cercenen su independencia política y económica es dependiente (se ha empleado también la expresión semicolonía económica). Todas estas formas se combinan. Un país puede dominar a otros políticamente, es decir, ser imperialistas, y a su vez ser dominado económicamente por otro. El zarismo o el imperio turco, son ejemplos claros de esto. Por el contrario se puede ser una gran potencia económica como Canadá, pero, al mismo tiempo, ser una semi colonia política del Imperio Británico. Aunque lo que prima siempre, no es la forma política, sino el contenido económico, éstas entran a menudo en contradicción dando combinaciones contradictorias. NM

hubo lucha ni cosa que se le pareciera. Pero, de cualquier forma, el hecho de que el imperialismo inglés se debilitara y nuestro país se fortaleciera permitió dejar atrás nuestra situación de semicolonía británica.

A partir de entonces se abre un curso dinámico y fluido: entre 1947 y 1949 todavía sigue teniendo influencia preponderante Inglaterra, pero su extrema debilidad, como así también la presión del imperialismo yanqui, modifican esa situación. Entre 1949 y 1951 Argentina pasa de la esfera económica del imperialismo inglés a la órbita yanqui. Esto se concreta en el hecho de que Estados Unidos se transforma en el principal país en el intercambio económico argentino y el único país que le facilita un préstamo de importancia. En la etapa en que nos independizamos de Inglaterra se recuperó la deuda externa; pero a partir de 1950 el país comienza a ser hipotecado por los Estados Unidos.

Toda esta etapa es contradictoria porque el peronismo intenta —aunque con métodos patronales— frenar en todo lo posible la colonización yanqui. Pero, incapaz de planificar y organizar la economía nacional, así como de realizar la unidad de Latinoamérica, va entrando ineludiblemente en la órbita yanqui. La firma del pacto de la OEA, como el pacto del petróleo y el préstamo de 60 millones de dólares para los altos hornos, preparan las condiciones para la colonización yanqui.

El gobierno de Eisenhower, al mismo tiempo que tiene relaciones con el peronismo, realiza una política destinada a su liquidación. Las concesiones que Perón les hizo a los yanquis no le favorecieron como él creía, sino por el contrario lo hundieron.

Con la caída de Perón se dan las condiciones para la entrega casi total del país. Es así como se ratifica la OEA. Y no hay duda que a éste seguirá el pacto bilateral que reglamenta el de la OEA.

Estamos mucho peor que cuando fuimos colonizados por los ingleses, ya que si desde 1949 hasta 1955, hemos sido un país dependiente del imperialismo yanqui, desde el punto de vista económico, a partir de la caída de Perón nos hemos transformado también en una semicolonía económica y política del mismo. Ya no se trata —como el pacto Roca-Runciman— de la entrega de la economía del país, sino también de haber perdido el derecho a decidir cuándo debemos ir a la guerra. Hemos entrado en el dispositivo de defensa de un imperio extranjero: Estados Unidos de Norteamérica.

La lucha por reconquistar la independencia nacional —que mal perdimos entre los años 1880–1890 primero, y durante 1930–1933 después— pasa hoy día a primer plano. No queremos estar atados a Norteamérica: queremos ser libres y estar unidos a nuestros hermanos de Latinoamérica.

Para lograr esto es necesario romper los pactos que nos unen al imperialismo yanqui y unirnos a todos los países que luchan por su independencia. (Los latinoamericanos en primer término, y luego los de todo el mundo.)

La lucha será dura; el imperialismo yanqui no renunciará a sus presas fácilmente. Pero esto merece un capítulo aparte, en el que estudiaremos los planes políticos del imperialismo yanqui y la mejor forma de frustrarlos.

9. El movimiento obrero reorganizado debe oponer un frente antiyanqui

La república democrática fue un lujo del régimen capitalista e imperialista en su época de esplendor. El imperialismo, gracias a las super ganancias que obtenía de los países atrasados, pudo aristocratizar a sectores de la clase media y obrera de su país, lo que le permitió contar con el apoyo “democrático” de su pueblo para los proyectos imperialistas.

Esas superganancias que el imperialismo obtenía en los países atrasados, las utilizaba no solo para aristocratizar a los trabajadores de su propio país, sino también para buscarse un apoyo en los países dominados. Cuando más pobre era un imperialismo, en peores condiciones estaba para “democratizar” su dominio en los países que explotaba.

En la actualidad, la mayor parte de las potencias imperialistas están completamente empobrecidas y no tienen ninguna posibilidad de aristocratizar sectores de trabajadores del país

dominado, e incluso de su propio país. Una excepción es el imperialismo yanqui que es fabulosamente rico y que no saca la mayor parte de sus ganancias del mercado mundial o de sus inversiones en él, sino de su propio mercado interno. Esta situación no lo exime sino por el contrario le refuerza la tendencia a conquistar el mundo. Los yanquis necesitan conquistar y dominar todos los países del mundo porque su mercado interno le queda cada día más chico y al mismo tiempo no pueden frenar la producción ya que su objetivo es la obtención de cada vez mayores ganancias. Esta situación peculiar del imperialismo yanqui, es decir, que necesite cada vez más de los mercados de todo el mundo, pero al mismo tiempo, obtenga sus principales y fabulosas ganancias de su propio mercado interno, condiciona la política exterior del mismo.

Su tendencia a dominar todo es irrefrenable, pero puede combinar esta tendencia en épocas de grandes ganancias, con otra de ayuda y de concesiones jamás visto. Este aspecto de la colonización yanqui es la contrapartida exterior de la política de ayuda interna de Roosevelt, (los gobiernos yanquis se dieron el lujo de pagarles un subsidio a los desocupados y a sus chacareros). Los planes de Roosevelt de ayuda a la economía interna en adelante solo fueron posibles para los patrones de Estados Unidos por sus fabulosas ganancias. Lo mismo ocurre hoy día con los planes yanquis de colonización. Estos pueden ser combinados con cierta ayuda o protección del país que va a colonizar. Pero esta ayuda es trágica para quien la recibe. Tiene que atarse de por vida a los planes yanquis y cuando la crisis estalle en Norteamérica, estos países serán los primeros en sufrirla.

De allí que el imperialismo yanqui se empeñe en llevar una política liberal con las capas privilegiadas del proletariado y clase media de los países que controla. Aristocratizando a estos sectores tiende a darse una base de masas para su dominación económica y política. Pero no debemos olvidar que solo el imperialismo yanqui es capaz de llevar a cabo esta política, y solo en esta etapa de enorme desarrollo económico de la economía yanqui. No puede ser por lo tanto una política permanente del imperialismo yanqui; su única política permanente es la de dominio completo; con o sin base de masas, con o sin colaboración de clases. Concretamente hoy día, en el mundo entero no hay otra posibilidad de llevar a cabo una política de colaboración de clases que depender del imperialismo yanqui y de las limosnas que arroje de sus fabulosas ganancias. Sectores importantes de la clase media que odian a la clase obrera y al comunismo, están dispuestos a llegar a un acuerdo con los yanquis; esto le ha permitido al imperialismo ser la base de sustentación de concentraciones centristas y liberales, en Alemania, Italia y Francia. El imperialismo yanqui con su ayuda económica y la preparación para una guerra contrarrevolucionaria, es la única salida que ve la clase media para no caer en manos del movimiento obrero. El stalinismo ha facilitado este proceso al impedir con su política, que enormes sectores de la clase media se inclinen hacia el movimiento obrero.

La táctica del imperialismo yanqui es hábil; deja que los partidos de la clase media se peleen entre ellos por problemas secundarios —si tiene que existir o no la enseñanza laica, etcétera— mientras los hace formar una coalición que coincide en lo esencial, con las necesidades políticas yanquis: pactos pro-yanquis, etcétera. De esta forma mata dos pájaros de un tiro: distrae a la opinión pública de sus verdaderos planes, haciendo que esos partidos y la clase obrera discutan sobre problemas secundarios, y al mismo tiempo los hace votar a todos juntos en su favor en las cuestiones fundamentales. Esta es la razón y la base de las grandes coaliciones partidarias que gobiernan permanentemente Italia, Francia y Alemania.

En nuestro país, el imperialismo yanqui lucha desde hace 20 años por llevar al gobierno una coalición democrática que le dé una base popular a su colonización. En un principio su maniobra se vio favorecida tanto por el carácter oligárquico de los gobiernos conservadores al servicio de los ingleses, como por la política de frente popular del stalinismo.

El radicalismo alvearista, que tenía cerrado el camino del gobierno, así como los sectores de la oligarquía que se pasaban a los yanquis, fortificaron enormemente el embrión de frente popular. En un principio el partido socialista, sirviente de la oligarquía en las filas de la clase media y de los obreros porteños, no quiso entrar en el frente popular proyanqui. Los radicales alvearistas, los comunistas, y Concentración Obrera fueron la base del frente popular. El pueblo y la clase obrera, confundidos por sus direcciones como por su odio a los gobiernos conservadores, apoyaron con todas sus fuerzas ese

frente popular. El mérito histórico de haberse opuesto a este frente por razones antiimperialistas le cabe a FORJA [Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina], ala izquierda del radicalismo, aunque no haya sido del todo consciente de la ofensiva colonizante yanqui y mantuviera una política abstencionista.

El imperialismo yanqui, al fortalecerse, fue nucleando cada vez mayores sectores del conservadorismo, es decir, de la oligarquía y junto con estos a sus sirvientes en Buenos Aires: los socialistas repetunos.

El famoso misterio político de la ceguera del presidente Ortiz,²¹ adquiere así absoluta claridad. Ortiz es el primer miembro del equipo gobernante conservador que se pasa al imperialismo yanqui. De ahí que fuera apoyado por sus enemigos de siempre, los radicales y los socialistas, y repudiados por sus amigos, los conservadores pro-ingleses. Los sectores antiyanquis de la oligarquía liquidaron a Ortiz para impedir que éste, apoyándose en los partidos populares, entregara el país al imperialismo yanqui. Pero no sólo fue él quien saltó el cerco; poco más tarde, es el ministro Pinedo²² quien aconseja el acuerdo con los radicales, y es echado del gobierno; a éste le sigue el gran político y militar de la oligarquía argentina: el general Justo apoya a Brasil en su entrada en la guerra y hace furiosas declaraciones proyanquis. Los comunistas comienzan a hacerle el juego como hombre del Frente Popular.

Son demasiadas casualidades; tres políticos conservadores y fraudulentos se vuelven al mismo tiempo “democráticos” y “proyanquis”. La verdad es que entraron en la combinación yanqui para dominar al país. Ortiz y Justo mueren, pero la lucha por la estructuración del frente popular proyanqui continúa; la oligarquía se va quedando cada vez más sola y los conservadores gobiernan solamente con sus más rancios sostenes: los terratenientes más colosales del país, y con el gobierno de Castillo.²³ Pero también aquí se refleja la presión del imperialismo yanqui y un sector de los terratenientes los ligados a la gran industria quieren, un arreglo con el imperialismo yanqui para recibir capitales y maquinarias. Producto de toda esta presión, es el candidato que con el apoyo de Castillo lanza el partido conservador: Robustiano Patrón Costa.²⁴ Pese a que este triunfo del imperialismo fue indirecto, ya que siguen gobernando los grandes terratenientes conservadores, el ejército sale a la calle e impone el gobierno de Ramírez el 4 de junio de 1943, para impedir que los conservadores proyanquis lleguen al gobierno.

Pero el forcejeo por el frente popular continúa entonces bajo otra forma: como “lucha democrática antifascista” contra el gobierno militar. Estas luchas proyanquis son llevadas a cabo como siempre por los stalinistas y los radicales alvearistas.

Este frente popular proyanqui fue nacional, no fue una prolongación del frente popular internacional formado para aplastar, primero al nazismo y después a la revolución europea y mundial. Pero hay un cambio en la situación: la clase obrera está cansada de las direcciones socialistas y comunistas y su composición ha variado, son obreros nuevos, recién llegados del campo. Esta clase obrera empieza a apoyar entusiastamente la demagogia social del gobierno militar que, al sentirse débil ante la presión económica y política yanqui, apela a los obreros y a sus organizaciones sindicales, independientes del stalinismo y socialismo proyanqui.

21 **Roberto Marcelino Ortiz** (1886–1942) fue un político argentino, presidente de su país entre 1938 y 1942. Poco después de que asumiera como presidente, Ortiz enfermó seriamente de diabetes, enfermedad que luego lo dejaría completamente ciego. A raíz de este acontecimiento, delegó el cargo al vicepresidente Ramón S. Castillo.

22 **Federico Pinedo** (1895–1971), fue un abogado, político, historiador, parlamentario, y economista argentino. Se desempeñó como Ministro de Hacienda en los gobiernos de Agustín P. Justo y Roberto Marcelino Ortiz durante la llamada Década Infame.

23 **Ramón S. Castillo** (1873–1944) fue un abogado, juez y político argentino conservador perteneciente al Partido Demócrata Nacional. En 1938 llegó a la Vicepresidencia tras el triunfo de Roberto M. Ortiz. Al fallecer éste en 1942, Castillo asumió como Presidente de la Nación. Fue derrocado por el golpe de estado militar conocido como la Revolución del 43.

24 **Robustiano Patrón Costas** (1878–1965) fue un político y empresario argentino. Fue Gobernador de Salta, senador provincial, y senador nacional. Además, presidió el Partido Demócrata Nacional, del que fue su principal inspirador, ideólogo y primer presidente y por el cual fue candidato a presidente de la Nación en 1943.

Desde esta fecha será la nueva clase obrera argentina la que, a través de su apoyo político y sindical al peronismo, frenará los planes del imperialismo yanqui y a su engendro político, a su intento de frente popular: la Unión Democrática, los contreras.

Para las elecciones de 1946, los yanquis logran por fin organizar su frente popular con el apoyo de todos los partidos tradicionales. Sin embargo, la clase obrera derrota a ese frente y con él nuevamente al imperialismo yanqui.

Que el peronismo llegue al gobierno no arredra al imperialismo yanqui, que sigue alentando a los contreras. Como estos no pueden llegar al poder por la vía electoral, preparan el golpe de estado contra el peronismo. Pero dentro del contrerismo se produce un fenómeno perjudicial para los planes imperialistas; el partido radical no puede dejar de reflejar los profundos cambios que se han producido en la estructura de la clase media, así como en sus sectores más bajos, y se divide. Los intransigentes, ligeramente nacionalistas, logran controlar la dirección partidaria. A partir de entonces, la Unión Democrática proyanqui considera a la intransigencia como una aliada poco segura. Posteriormente, la Unión Democrática se ve fortalecida por la adhesión de la Iglesia a los preparativos del golpe, ya que ésta se pasa con armas y bagajes del lado del imperialismo yanqui.

A partir de 1949 las fuerzas del golpe se ven reforzadas por los sectores de la patronal, incluso los anti yanquis, que discrepan con la política obrerista de Perón en esta nueva época de “vacas flacas”. Estos sectores, lo mismo que los intransigentes, son aliados poco seguros para el plan de colonización yanqui y para su plan de coalición centrista popular proyanqui. Es que tanto los intransigentes como los nacionalistas católicos, —con su odio de patrón o de empleados a “los negros”—, estaban contra el peronismo, pero no por un servilismo total a los yanquis.

El eje de la Unión Democrática han sido los radicales unionistas y los socialistas de Repetto; a éstos se les ha sumado últimamente el Partido Demócrata Cristiano que se alinea firmemente con el imperialismo yanqui contra la URSS y las masas de todo el mundo. Esta fue la base del golpe de estado contra Perón. Esa es también la base del nuevo gobierno. La Junta Consultiva es el intento de todos los sectores de brindar un apoyo electoral “democrático” a la colonización yanqui. Es con este objeto que [la Unión Democrática] fomentó pacientemente todo odio hacia el gobierno peronista por su odio a los obreros, y toda simpatía con los Estados Unidos hacia una política de unidad contrera, de amplio frente popular antiperonista. Después de tanto bregar, los yanquis lograron su objetivo: voltear a Perón, tratando posteriormente de darle una base popular al nuevo gobierno a través de la Junta Consultiva.

El imperialismo yanqui se esforzará por estructurar una corriente centrista, o si puede lograrlo también dos, para, las próximas elecciones. Si logra estructurar dos corrientes centristas por él controladas estará en la gloria, y su maniobra dará amplio resultado. Es decir, en “libérrimas elecciones democráticas” logrará, por cualquiera de las dos vías, un gobierno servil proyanqui.

Por eso, todos sus objetivos tienden en este momento a lograr que a la Unión Democrática gobernante se le oponga una corriente política amiga. De ahí su objetivo de eliminar la corriente frondizista o domesticarla. La variante más posible es que el Departamento de Estado logre sus objetivos y oponga, a la Unión Democrática proyanqui, un candidato en última instancia también proyanqui. En pocas palabras, el imperialismo yanqui ha logrado imponer su coalición centrista en el gobierno, la Unión Democrática, su frente popular, pero como no está seguro de su triunfo electoral trata de lograr oponer a su coalición centrista gobernante otra corriente política que también le sirva. Todos los titubeos y demoras del gobierno en materia electoral tienen dos objetivos: robustecer la coalición democrática popular proyanqui (socialistas, radicales unionistas, demócratas cristianos) y lograr oponerle otra corriente que le sirva en un futuro proceso electoral. Logradas estas condiciones, y solamente así, el gobierno de Aramburu y su mentor el Departamento de Estado darán elecciones. Esas son sus intenciones, pero la lucha de la clase obrera y del pueblo contra el imperialismo yanqui, como la oposición de sectores burgueses al plan yanqui, pueden obligar al gobierno a cambiar sus planes, como posibilitar la derrota de éstos.

El movimiento sindical argentino reorganizado tiene que defender la independencia nacional con las mismas armas: hay que unir alrededor del movimiento sindical a todos los que se oponen

a la colonización yanqui y a su plan político; hay que desarrollar todo roce de una personalidad o institución con el imperialismo, para que se transforme en una firme oposición antiimperialista. Para que el frente sea sólido, es preciso que todas las organizaciones que lo forman tengan absoluta independencia política para criticar a quien quieran; además el frente deberá estructurarse en base a objetivos claros y precisos. Hoy día, por ejemplo, hay que proponer ése frente a todas las personalidades y organizaciones que de una u otra forma han criticado los pactos firmados con los yanquis.

La clase obrera y sus organizaciones deben comprender que la colonización yanqui es la causante principal de todos los males que sufre el país y los trabajadores. Deben en su actividad trazar una línea demarcatoria y precisa en todo el país: pro y anti yanqui. Como campeones de la lucha antiyanqui por la defensa de la independencia nacional, surgirán la clase obrera, sus organizaciones y nuestro partido, el único que desenmascaró la colonización yanqui. Ligada a la lucha contra los yanquis, pero sin identificarse con ella, está la lucha por las libertades democráticas.

10. Luchemos por la derogación del estado de sitio y por conseguir la libertad de presos políticos y sociales

La lucha por las libertades democráticas debe ser comprendida por los trabajadores en su significado real, para que se tenga una noción exacta de su importancia.

La democracia burguesa con sus postulados de igualdad, amplia libertad de palabra, prensa, reunión, etcétera, es en la actualidad prácticamente desconocida. Tenemos que comenzar diciendo a qué se debe este fenómeno. De una manera general, al hecho que esos derechos y libertades democráticas, de ser toleradas por los gobiernos burgueses en toda su vigencia, o por lo menos en lo fundamental, traerían como consecuencia un peligro de muerte para su dominio. En cuanto a los países semicoloniales o coloniales, se puede afirmar que en ningún momento han gozado de las libertades democráticas. Esto ha sido así, porque el imperialismo, factor dominante en la economía y la política de los países atrasados, junto a los sectores patronales reprime, ya sea directa o indirectamente las libertades democráticas, porque son un arma terrible en manos de las masas para su movilización anticapitalista y antiimperialista. El imperialismo unido a la oligarquía, controla las agencias noticiosas, el abastecimiento de papel, etcétera, de modo que todo cuanto se sabe en estos países, o poco menos, es aquello que el imperialismo y la oligarquía quieren que se sepa. Los patrones nacionales vendidos y cómplices del imperialismo, no son los más indicados para luchar por ellas, como lo hicieron cuando, como clase oprimida, tuvieron que abrirse camino en su lucha contra el absolutismo de la monarquía.

De ahí que fundamentalmente en los países coloniales y semicoloniales, con el doble control patronal-imperialista, las libertades sean echadas en saco roto. Para impedir la movilización de las masas, así como su organización y su expresión sindical o política, la patronal y el imperialismo, casi constantemente atropellan las libertades democráticas, así como los tan cacareados “derechos del hombre”. Esta es pues la razón por la que las libertades democráticas en estos países prácticamente no se conocen, a la vez que se ven cada día más retaceadas en las propias metrópolis imperialistas.

Argentina no ha sido una excepción a esta falta de libertades democráticas. Por el contrario, ha sido uno de los países que ha vivido casi permanentemente sometido a la arbitrariedad presidencialista. Si exceptuamos los 14 años de gobiernos radicales, no se ha vivido ningún otro período ampliamente democrático. Es que, a la combinación de la explotación de los terratenientes, la patronal y el imperialismo, que sufrieron todos los países latinoamericanos —y que en líneas generales aplastaron toda posibilidad de vida democrática— se le sumaron condiciones específicas.

El hecho que toda la vida económica nacional haya girado alrededor de una gigantesca ciudad-puerto, Buenos Aires, pero que los sectores patronales y terratenientes existentes en el país fueran muy numerosos e inclusive antagónicos, obligó y permitió que surgiera desde un principio —para

regularizar las relaciones contradictorias de los distintos sectores de la patronal, entre ellas y con el imperialismo— gobiernos fuertes y centralizados que aplastaron toda posibilidad democrática.

El imperialismo yanqui y sus tendencias afines en el país, han planteado constantemente el problema de las libertades democráticas. El más grave cargo que le hacían al peronismo era, precisamente, el de ser un enemigo acérrimo de las libertades democráticas y de la democracia. ¿Qué significan para el imperialismo yanqui y sus agentes nacionales —unionistas, socialistas, demócratas cristianos— las libertades democráticas? Veamos. Dentro de los Estados Unidos impera la democracia como sistema político, pero es bueno aclarar que esto no impide que ese gobierno no tenga nada que ver con los intereses de los trabajadores, ni los sectores explotados del pueblo. Por el contrario, el reinado de la democracia va acompañado de la más grande tiranía del gran capital y los monopolios. La democracia, tal como la entienden los yanquis tampoco impide que los negros sean tratados apenas un poco mejor que los animales salvajes. No impide tampoco que durante las huelgas decretadas democráticamente en asambleas de obreros, estos huelguistas sean apaleados e incluso muertos por las fuerzas del gobierno democrático. Tampoco que se trabe de mil maneras la actividad de las tendencias revolucionarias, o que se aplique la Ley Taft–Hartley²⁵ contra las organizaciones obreras. O que las patronales multimillonarias equipen verdaderos ejércitos de terroristas contra los obreros en huelga. De la misma forma permite que sus tropas tan “democráticas” sostengan a los más grandes asesinos antidemocráticos, como Castillo Armas, Franco, Chang Kai-shek, o que apoyen al gobierno de Aramburu. Eso sí, no se olvidan de señalar que, en Rusia, no existe la democracia.

Así pues, que vayamos de a poco. En general la democracia o las libertades democráticas significan el derecho de cualquier persona a publicar lo que quiere mediante la prensa, la radio, etcétera, así como de elegir y ser elegido para gobernar, o de votar al partido que quiera, también el de formar uno. Significa también el derecho de asociarse con gente que tenga intereses comunes para la defensa de esos intereses, sin que nadie se lo impida. De todos estos derechos, ¿cuáles son los que defendió el imperialismo yanqui en el país durante años, con el cuento de que es democrático? Fundamentalmente el de la libertad de prensa, y el de la libertad de elegir para el gobierno a los elementos “democráticos”, o sea a los elementos que van a practicar desde el gobierno una política favorable al imperialismo. Tanto es así que la palabra “democrático” se ha hecho sinónimo de proyanqui, y sobre todo de anticomunista. De esta forma, mediante la libertad de prensa, o sea, mediante el derecho de que le dejen usar todo el papel que puede pagar —y esto no tiene límite pues tienen dinero suficiente—, el imperialismo yanqui quería penetrar en todos los poros y en todas las actividades del país, desalojando a la oligarquía proinglesa primero y después al peronismo. Como controla, además, todas las sugerencias informativas, puede hacer que el país se entere de lo que él quiere, y que ignore todo lo que él está dispuesto a mantener ignorado. Así, el imperialismo yanqui, puede llevar una campaña a fondo contra todo gobierno que se le resista, controlando las informaciones de todo el mundo, comprando políticos para darle un aspecto “democrático” a su penetración y a sus planes de colonización. De ahí que el imperialismo yanqui haya exigido libertades democráticas en todos los países que no dominaba completamente, como el nuestro, para poder mejor penetrar y dominarlos. En los países ya dominados, en cambio, impone si es necesario una dictadura espantosa y llega al asesinato de los mejores luchadores antiimperialistas y revolucionarios.

Concretamente, podemos decir que los yanquis se esfuerzan por conquistar fundamentalmente dos tipos de libertades en los países que no dominan: la libertad de prensa y la electoral. Justamente estas dos libertades son las menos efectivas, las más hipócritas. Porque la libertad de prensa, en esta sociedad gobernada por los grandes capitales, beneficia fundamentalmente a quienes tienen enormes rotativas y papel. Así se puede fabricar una opinión pública. Los yanquis son campeones en ese oficio. La libertad electoral no le va en zaga: los partidos necesitan platales para sus campañas que solo los grandes intereses imperialistas pueden suministrarlo. Así se ofrece una parodia de democracia cada cuatro o cinco años.

²⁵ La *Ley de Relaciones Obrero-Patronales de 1947*, más conocida como la **Ley Taft-Hartley**, es una ley federal de los Estados Unidos que restringe las actividades y el poder de los sindicatos. La ley, aún vigente, fue patrocinada por el senador Robert A. Taft y el representante Fred A. Hartley, Jr., y se convirtió en ley el 23 de junio 23 de 1947.

Esta es la forma de democracia que defiende el imperialismo yanqui y los partidos políticos que secundan sus planes dentro y fuera del país. Pero en cuanto son atacados por los obreros en sus movimientos políticos y sindicales, se olvidan completamente de toda democracia. Cuando La Prensa fue expropiada, todos los órganos proimperialistas pusieron el grito en el cielo. Pero cuando al mismo tiempo no existían en el país libertades para la prensa obrera, o se encarcelaba o suprimía a los huelguistas, nadie se acordaba de mencionarlo. Actualmente el gobierno “democrático” y proimperialista, le ha quitada sus publicaciones a la GGT, que no tiene un solo órgano legal. Al mismo tiempo ha liquidado al partido Peronista, que representa el 90% de la clase obrera y un 70% de la población; pero esto no les parece un ataque a las libertades democráticas, sino una medida de saneamiento democrático y antitotalitaria. Es decir, una medida favorable a los sectores “democráticos” proyanquis. Quiere decir que el imperialismo yanqui está a favor de las democracias y las libertades democráticas mientras mantiene frenado el movimiento obrero o antiimperialista; pero en cuanto estos comienzan a ser un peligro, entonces el significado de la palabra democracia cambia: a partir de entonces, ya no quiere decir que cada uno tenga derecho a decir lo que quiera, sí no que tiene que decir lo que no perjudique el dominio imperialista. Queda explicado así porque en nombre de la democracia, el imperialismo lucha contra las “barbaridades del fascismo” y al mismo tiempo cumple la humanitaria función de matar miles de hombres y mujeres con una sola bomba atómica. Por eso Perón no era democrático cuando obstaculizaba la acción de los partidos opositores y este gobierno si lo es, cuando no solo hace eso, sino que suprime lisa y llanamente el partido mayoritario, y liquidó a las organizaciones obreras. Sintetizando: el imperialismo de todos los principios de las libertades, defiende aquellos que aseguran su dominio, y en esa misma medida; superada esa medida, ya entonces la democracia para ellos se transforma en fascismo o en demagogia.

Nosotros en cambio defendemos las libertades democráticas, y lo hacemos con un criterio consecuente. Por eso cuando Perón liquidaba las libertades democráticas nosotros planteamos la lucha por ellas, así como la libertad de los presos políticos y sociales sin discriminación. Exigíamos completa libertad de prensa, incluso de los órganos burgueses, lo mismo que absoluta libertad para la prensa obrera. No porque estuviéramos de acuerdo con la penetración imperialista, sino porque entendíamos que los métodos policiales de Perón eran la mejor forma de facilitar esa penetración. Efectivamente, no teníamos la menor confianza en el gobierno peronista que hacía enormes concesiones al imperialismo, y por lo mismo tampoco le íbamos a permitir que fuera él quien estableciera qué órganos eran proimperialistas y cuáles no. De haberse tratado de un gobierno obrero la situación hubiese sido distinta. De esta forma defendiendo las libertades democráticas más amplias, luchábamos para que la prensa obrera también las tuviera y pudiera así frenar la ofensiva yanqui sobre el país, que los métodos policiales y patronales de Perón facilitaban. Es decir, que no defendimos las libertades democráticas más amplias por las razones y con los métodos con que lo hizo Gainza Paz,²⁶ sino por los opuestos. Él defendía el derecho del imperialismo a penetrar en el país y a colonizarnos; nosotros defendíamos en cambio esa libertad para la prensa obrera, para una auténtica lucha contra esa penetración. Desgraciadamente, se han cumplido esos pronósticos nuestros. Actualmente se considera “francamente subversiva” y se la secuestra, a toda publicación que de una u otra manera atente contra los planes yanquis de colonización auspiciados por el gobierno.

El problema de la “democratización” ha sido explicado por un militar interventor a los dirigentes gremiales que le pedían elecciones libres y democráticas, en estos términos: “... No señores; democratizar los sindicatos no significa dar elecciones democráticas, sino poner al frente de ellos a elementos ‘democráticos’ es decir, antiperonistas y anticomunistas.” No tenemos nada más que agregar.

Algunos sectores de la clase obrera, como la amplia mayoría de la clase media, han chocado con el peronismo no solo por razones económicas —al verse relegadas por la clase obrera—, sino también por razones políticas: la falta de libertades democráticas. Este hecho no podemos dejar de tenerlo en cuenta para reafirmar que, si ayer fuimos los campeones de la lucha por las libertades democráticas, hoy lo seguimos siendo. A ese respecto haremos los mayores esfuerzos por obligar a

26 **Alberto de Gainza Paz** (1899–1977) fue un periodista y empresario argentino. En 1943, asumió el rol de director del ultraconservador diario *La Prensa* de manos de su tío, Ezequiel Pedro Paz, quien se había retirado por motivos de salud.

los que estaban contra Perón de verdad por razones democráticas, a que sean consecuentes y se unan a nosotros, en el actual momento, en la lucha por las más elementales libertades democráticas que el actual gobierno ha cercenado.

Por eso nosotros exigimos a esos sectores contreristas, que sean auténticamente democráticos, planteando la legalidad del partido peronista y luchando junto a nosotros por conseguirla. Exigimos a esos “democráticos” así entre comillas, que sean verdaderamente democráticos.

Para nosotros fue tan democrático luchar bajo el peronismo por la libertad para todos los partidos, o por elecciones democráticas en los sindicatos, como lo es ahora luchar por la legalidad del partido peronista y el retiro de las intervenciones de los sindicatos. Creemos que, si fue antidemocrático bajo el peronismo, impedir la acción libre de las distintas agrupaciones, incluso la de los socialistas de Repetto,²⁷ aunque contara con 10 afiliados, creemos ahora que es mucho más antidemocrático suprimir de la vida pública a un partido que tiene el 90% de los obreros y el 70% de la población. Aunque esto se haga en nombre de la democracia.

Por eso llamamos a todos los que están de verdad por la democracia, y las libertades democráticas completas, a luchar por ellas. Y fundamentalmente por la libertad para la prensa obrera, revolucionaria y anti imperialista, para asegurar el triunfo contra los sectores “democráticos” proyanquis. De ahí que le demos una inmensa importancia a esa tarea. Nosotros, los trabajadores, necesitamos como nadie de esas libertades, para forjar nuestra movilización, y para nuestra lucha política. Pedimos la libertad de todos los presos políticos y sociales y luchamos por ellos, porque sabemos que de cada diez, nueve serán trabajadores antiimperialistas. Y si por casualidad el restante es proimperialista, únicamente podrá ser reprimido por los tribunales obreros y no por la burguesía y su aparato de represión capitalista y pro imperialista.

Ya hemos manifestado, en otra parte de nuestro trabajo, que el peronismo fue un gobierno totalitario que todo lo controlaba. Hemos explicado también las razones de ese control. Este doble carácter del peronismo ha producido bastante confusión. Efectivamente, nosotros llevamos al seno de la clase obrera una campaña muy grande en favor de las libertades democráticas. Nuestro planteamiento no tenía un carácter lírico ni sentimental, al contrario, nuestro planteamiento, aunque entonces no lo pareciera, se basaba precisamente en los verdaderos intereses de la clase obrera. De la premisa nuestra de que solo la clase obrera podrá resolver los problemas suyos y del país, sacábamos la conclusión de que necesitaba como ninguna de las libertades democráticas para llegar a ese resultado. Luchábamos porque la clase obrera y sus distintos sectores pudieran discutir libremente las soluciones; por eso pedíamos libertad para ella y para las organizaciones antiimperialistas. La clase obrera no es milagrosa y puede equivocarse; precisamente por eso, queríamos que tuviese libertad de discutir todos los problemas: para encontrar las mejores soluciones.

Quienes bajo el rótulo de marxistas o revolucionarios, toleraron el totalitarismo de Perón, y la liquidación de las libertades democráticas, han cometido un crimen histórico contra la clase obrera, puesto que han secundado al gobierno de Perón y al de Aramburu en el logro de sus objetivos comunes: impedir la libre movilización de la clase obrera. Al mismo tiempo renunciaron a la mejor herramienta para denunciar al peronismo en el seno del mismo movimiento obrero. Esa misma falta de libertades, nos impidió hacer una mayor agitación contra el golpe de estado que se preparaba, así como denunciar que las capitulaciones del peronismo facilitaban ese golpe.

Concretamente: las libertades democráticas son una herramienta indispensable para la clase obrera; resulta el medio de comparar diferentes posiciones y adoptar la que se considera mejor, para después rectificarse si se equivocó.

Hoy día, la situación ha adquirido claridad meridiana. Este gobierno, que continúa con todas las medidas totalitarias anteriores, ha planteado con sus medidas reaccionarias y antiobreras la necesidad de la lucha más intransigente por las libertades democráticas. La clase obrera ahora se percató de lo que significa que no haya estado de sitio en el país: tranquilidad y libertad para hacer la campaña que se quiera. Por eso hay que luchar sin cansarse hasta derogar el estado de sitio. Pero nuestra lucha por las libertades democráticas no termina ahí, sino, por el contrario, empieza. Unido

²⁷ Nicolás Repetto (1871–1965) fue uno de los dirigentes más importantes del Partido Socialista en Argentina.

al levantamiento del estado de sitio tenemos la urgente necesidad de obtener la libertad de todos los presos políticos y sociales.

A ese respecto nuestra actividad no puede pecar de sectarismo u oportunismo. Efectivamente, los revolucionarios tienen tendencia a conformarse con declarar que “solo la acción de la clase obrera será capaz de recuperar al compañero Ruanova,²⁸ Vandor o Marranti”²⁹ y no hacemos nada por organizar esa acción de la clase obrera. Cuando hacen algo esos “revolucionarios” que “solo creen en la acción” de la clase obrera se transforman en oportunistas sin cuento, que solamente negocian.

El problema de los presos, el más sentido en este momento, como así también las otras tareas democráticas, debe ser motivo de que los revolucionarios demuestren que son los más capaces en la organización de la clase obrera. Esto no significa que no se negocie. Por el contrario, en el momento actual de derrota obrera es casi obligatorio negociar; pero lo que es fundamental no es eso, sino organizar a los obreros para que sean ellos los que negocien. Hay que formar comisiones obreras por fábrica y por gremio que luchen por la libertad de los compañeros. En un principio la actividad de estas comisiones será informar y negociar; esto, aunque no lo parezca es un arma tremenda: tener informada a la clase obrera al día sobre los presos y su situación, significa agitar permanentemente el problema.

Esto sin embargo no es más que una parte de la tarea de reorganizar el movimiento obrero; deberá ser el movimiento obrero sindicalmente reorganizado o en vías de estarlo, quien encarará la lucha contra el estado de sitio, así como la batalla porque existan plenas libertades democráticas en el país, y se terminen los presos políticos y sociales.

11. La principal tarea democrática es conquistar la legalidad para el peronismo

Ya hemos dicho en numerosas oportunidades que el peronismo tuvo aspectos contradictorios. Nos toca ahora precisar su carácter como movimiento político. El hecho de que luchemos por su legalidad como nuestra principal tarea democrática no significa que capitulemos ante él o que callemos nuestras críticas.

El peronismo ha sido y es esencialmente patronal. Defendió en forma permanente el derecho de la patronal a seguir explotando a los trabajadores. De la misma forma, [defendió] su derecho a mantener y acrecentar sus ganancias. Estos dos hechos sobran para definirlo. Pero para una caracterización precisa no es suficiente con esto: también tenemos que ver en qué se diferencia de los demás partidos o movimientos patronales. Fue un gobierno capitalista que buscó y obtuvo el apoyo de los obreros, para lograr que sus amigos, los patrones del país, no tuvieran que repartir sus ganancias, con los patrones del imperialismo, o por lo menos que les dieran lo menos posible.

Pero hoy en día la patronal no quiere un gobierno que colabore con la clase obrera, porque la situación económica hace que desee hacerle pagar todo el gasto de la crisis. Por eso estos sectores patronales han roto con el peronismo. Tampoco quieren que esa amistad con el peronismo, les impida un acuerdo con el imperialismo yanqui, que es el único que los puede salvar de la crisis y sostener sus ganancias. No obstante, caído el peronismo, algunos de esos sectores no se llevan bien con el nuevo gobierno, porque les hace demasiadas concesiones a los imperialistas yanquis, tratándolos mejor que a ellos mismos. En sus roces con el gobierno, tratan de buscar, lo mismo que el peronismo, el apoyo de la clase obrera, aunque controlándola. Si la ruptura de esos sectores patronales con el imperialismo se produce, y tratan de defender en algo la independencia nacional, entonces el surgimiento de una tendencia nacionalista más o menos moderada es inevitable. En esas condiciones el peronismo, como corriente de la patronal semi nacionalista, puede volver a tomar nueva fuerza e incluso volver al poder, si la clase obrera se suma a esa corriente. Esto puede darse, independientemente de que Perón vuelva o no. Esta es una variante. La otra es que, ante una fabulosa

28 **Oswaldo Ruanova**, obrero metalúrgico, dirigente de Tamet, militante del POR.

29 **Rubén Marranti**, obrero metalúrgico en Philips, en la misma sección que Vandor del cual era amigo, militante del POR.

presión obrera y anticapitalista, el mismo imperialismo yanqui juegue la carta de Perón, antes que perderlo todo. Debemos tener en cuenta que, para el imperialismo yanqui, Perón no es su enemigo, sino más bien un amigo dudoso; que al mismo tiempo que lo resistió, también le hizo concesiones de fundamental importancia. Además, Perón ha hecho y sigue haciendo declaraciones favorables al imperialismo.

Como el mercado argentino no es complementario del yanqui, el dominio de este no puede asentarse en ningún sector económico del país con exclusividad, exceptuando a los capitalistas financieros representantes de los bancos yanquis. Esto es una debilidad para el imperialismo, al mismo tiempo que es su punto fuerte, ya que le permite maniobrar con todos los sectores. Hasta el año 1945 los yanquis especularon con la patronal industrial. Les prometieron capitales, materias primas, etcétera. Hoy en día le prometen tractores a los patrones agrícolas-ganaderos y fundamentalmente a los primeros. Al mismo tiempo especula con todos los sectores de la patronal nacional. Este amplio campo de maniobra del imperialismo yanqui, puede posibilitar un cambio de política del imperialismo en relación al peronismo, en caso necesario. Ante una grave situación revolucionaria en el país, el imperialismo yanqui puede jugar la carta de una vuelta del peronismo, mediante un acuerdo previo con él, para paralizar el alza revolucionaria de las masas trabajadoras. Precisamente porque el peronismo no representa directamente a una clase sino a un ansia general de independencia de la patronal argentina, puede ocurrir que la misma contradicción que lo arrojó del poder se lo devuelva en caso de una gran movilización de la clase obrera. Esta contradicción imperialismo yanqui—clase obrera, sigue existiendo y tiene plena vigencia.

El movimiento obrero no ha agotado la experiencia peronista, esto es innegable. El peronismo fue arrojado del gobierno justamente cuando comenzaba a desprestigiarse y a mostrar su verdadero rol de agente patronal. La caída del peronismo frustró esa experiencia del movimiento obrero; por eso creemos que la clase obrera debe fijar su política futura en forma ampliamente democrática. Nuestras críticas al peronismo, van acompañadas de una defensa no menos implacable del derecho que le asiste a los peronistas de tener su propia organización política; a actuar con completa libertad y a volver al gobierno si la mayor parte de la clase obrera los apoya. Esto se basa en un principio fundamental del movimiento obrero y revolucionario: convencer a los compañeros, al mismo tiempo que respetar su voluntad mayoritaria. Este planteo nuestro de luchar por la legalidad del partido peronista, no es una declaración para los primeros de mayo. Es un punto de nuestro programa y como todo nuestro programa, para la acción. Por eso planteamos el frente único a las organizaciones obreras y antiimperialistas para luchar por la legalidad del partido peronista. Esta lucha servirá para demostrarle a la base peronista la enorme importancia de las libertades democráticas que el peronismo cercenaba en forma inescrupulosa.

Esto no significa que lleguemos a acuerdos electorales con el peronismo; tampoco significa que propondremos a las masas candidatos peronistas; no tenemos absolutamente ninguna confianza política en el peronismo ni en sus hombres. Lejos de ello, combatiremos al peronismo y a su dirección. El hecho que la mayoría de los obreros sea peronista, nos obliga a jugarlos por la legalidad del partido; pero no nos obliga a capitular ante su ideología. Tenemos confianza en los obreros peronistas: eso es todo.

En el momento actual estamos, sin embargo, dispuestos a llegar a un acuerdo sindical con los dirigentes peronistas, reflejados en la Junta de Emergencia de la CGT. Nos acepten o no, nos consideramos parte de ese movimiento. En esa organización de nuestra clase, estamos dispuestos a ser disciplinados si es que ella interviene en política, como pensamos plantearlo nosotros. Es decir, acataremos la disciplina de nuestra clase en las organizaciones de nuestra clase. Pero no acataremos la disciplina del Partido Peronista ni de ninguna otra organización que no sea de nuestra clase.

12. La intransigencia radical: expresión de las contradicciones de la moderna clase media

Hace ya un año que nuestra tendencia trotskista definió con toda precisión la crisis del radicalismo. Entonces decíamos que era inevitable su división en tres alas y que no había posibilidad de un acuerdo permanente entre Frondizi³⁰ y Sabattini,³¹ pese a decirse ambos Intransigentes.

Para nosotros el unionismo reflejaba los sectores más elevados de la clase media y la patronal que sirven incondicionalmente a la colonización yanqui. La intransigencia obedecía a los sectores de la clase media y la patronal que resistían, aunque en forma tibia, la colonización. A su vez, la división de la intransigencia obedecía a la división existente entre los mismos sectores antiyanquis. Parte importante de ellos cambiaron de frente y se volcaron al unionismo; otros, fundamentalmente en el interior, conservaron su yrigoyenismo reflejado hoy en día en Sabattini. En cambio, Frondizi refleja los sectores más bajos de la moderna clase media: pequeños industriales, pequeños comerciantes, profesionales y empleados. De ahí las contradicciones del frondizismo: por un lado, quiere un gran desarrollo del país; pero por otro, teme a la clase obrera.

[La Intransigencia] aspira a que la clase media sea el árbitro entre el imperialismo yanqui y el país, así como entre los obreros y la patronal. Cuando plantea que las empresas tienen que ser dirigidas por los patrones, los obreros y los empleados, pone en un pie de igualdad a los patrones y obreros —las fundamentales fuerzas económicas— con los empleados, que en relación a los anteriores no tienen ninguna fuerza. Trata de especular con el antagonismo entre la patronal y la clase obrera, para hacer de la clase media el intermediario ganancioso. Este afán de quedar bien con dios y con el diablo, con los patrones y con los obreros, caracteriza a la intransigencia lo mismo que a su base social: la clase media.

También como ésta, la intransigencia se divide cada día más. La posición de la intransigencia en relación a la Junta Consultiva refleja esta debilidad de la clase media: por un lado, están en la Junta y apoyan la política reaccionaria del gobierno; pero por otro, critican a la Junta como un organismo oligárquico. Esto sucede precisamente porque odian al peronismo, tanto como a la clase obrera y a los yanquis. De ahí que colaboren con el gobierno para evitar la vuelta del peronismo. Por eso aprueban tácitamente la ilegalidad del Partido Peronista, al mismo tiempo que las intervenciones militares en los sindicatos. Para sus planes, piensan abrirse camino pactando con los sectores antiyanquis del ejército y la patronal.

El apoyo de la clase media al gobierno subsiste porque espera que la situación económica mejore para ella. Pese a eso, las sucesivas concesiones al imperialismo yanqui han provocado ya ciertas fisuras, dentro de la clase media, y dentro de la propia Intransigencia: el grupo Gelsi³²—Noblia eflaja esa relativa resistencia a las medidas del gobierno. Pero nosotros, aun siendo conscientes de la relativa estabilidad de la clase media, no dejaremos de trabajar sobre ella, para radicalizarla cada vez más, dada su importancia en la futura crisis revolucionaria del país. Pero para ello partimos de una premisa: solo la clase obrera organizada puede imponer respeto y una dirección a los sectores de la clase media y, al mismo tiempo, llevarla a una política consecuentemente antiimperialista.

En este sentido, nuestro trabajo sobre la clase media tiene un carácter propagandístico e indirecto. Propagandístico porque en esta primera etapa podremos convencer sólo a sus sectores de vanguardia, fundamentalmente estudiantiles, de que únicamente la clase obrera puede conseguir la independencia del país; indirecto, porque para nosotros no hay tarea más importante que la de la organización previa de la clase obrera para llevar adelante la lucha antiimperialista.

30 **Arturo Frondizi** (1908–1995) fue un abogado y político argentino que fue presidente de Argentina desde el 1 de mayo 1958 al 29 marzo 1962. Fue elegido en la boleta de Unión Cívica Radical Intransigente (un grupo escindido de la Unión Cívica Radical). Bajo su programa de “desarrollismo” alentaba una inversión extranjera mayor. Fue derrocado por un golpe militar en 1962.

31 **Amadeo Sabattini** (1892–1960) fue médico y político argentino, miembro de la Unión Cívica Radical Intransigente y Gobernador de Córdoba entre 1936 y 1940.

32 **Celestino Gelsi** (1915–1990) fue gobernador de Tucumán entre 1958 y 1962.

Para lograr este objetivo no hay nada mejor que el frente único: proponer tareas comunes precisas a los intransigentes sobre cuestiones democráticas o antiimperialistas: el problema del estado de sitio, de los presos, de la legalidad del Partido Peronista, de las elecciones nacionales o de la Asamblea Constituyente, la independencia del movimiento sindical, etcétera, son puntos que podemos plantearle para llevar hacia una política consecuentemente democrática y antiimperialista a sectores de la clase media, y para desenmascarar —al mismo tiempo— a la dirección cobarde y oportunista.

13. La crisis del comunismo stalinista

El Partido Comunista argentino sufre una doble crisis. La primera por haber resultado agente del plan yanqui de colonización durante un buen período, así como por la incomprensión del fenómeno peronista. La segunda proviene de la crisis mundial del stalinismo, de la cual es una manifestación el último Congreso del Partido Comunista Ruso.

Con su posición de frente popular, el stalinismo criollo sirvió durante años al imperialismo y a su plan de colonización. Codovilla,³³ en el año 1945, abogaba por que entráramos en los organismos panamericanos. Acusaban también de fascistas a los sectores de la patronal y la clase media que se resistían a los planes del imperialismo. Al mismo tiempo que consideraban “buena gente democrática” a los elementos alvearistas, tachaban de fascistas a los sabattinistas por su actitud ligeramente nacionalista; de lo mismo acusaban a FORJA, corriente antiimperialista de la clase media.

El partido Comunista argentino había llegado a controlar a la vanguardia de la clase obrera argentina, desplazando a los socialistas y a los anarquistas. De un partido de algunas centenas de militantes había pasado a ser el partido de la clase obrera argentina.

El golpe del 6 de septiembre liquidó al socialismo y al anarquismo; las dos grandes potencias del movimiento obrero argentino hasta entonces.

El no haberle dado importancia al golpe que se aproximaba, ni después a la formación de un aparato ilegal, liquidó el anarquismo, que dirigía el movimiento sindical.

Unido a este proceso se produjo otro de fundamental importancia: la industrialización, en especial en el ramo de la construcción, que comienza a trabajar en gran escala. El anarquismo no cuajó con el desarrollo industrial que obligó a centralizar, homogeneizar y disciplinar la acción y donde los actos de heroísmo individual no tienen mayor importancia.

El comunismo stalinista se puso al frente del movimiento obrero durante las grandes huelgas que comenzaron en el año 1933 y duraron hasta el año 1943. Esta ola de huelgas fue dirigida por los stalinistas que en esa época tenían una posición exageradamente revolucionaria: no querían unirse a ningún sector del movimiento obrero ni antiimperialista para realizar tareas comunes. Además de la ligazón con el movimiento sindical el Partido Comunista empalma con corrientes de izquierda del partido socialista. Efectivamente, en el mundo no dominado por el fascismo, el peligro de éste, así como las grandes huelgas francesas y la revolución española, produjeron corrientes de izquierda en todo el socialismo mundial. En Argentina ocurrió lo mismo: surgió una poderosa corriente de izquierda. Esta corriente comenzó a mirar al Partido Comunista como a su posibilidad revolucionaria. En un principio esta corriente comprendió, aunque no en forma clara, que era preciso unir a todas las organizaciones obreras para enfrentar al gobierno reaccionario. Esta posición chocó con el ultra izquierdismo del Partido Comunista. Pero al poco tiempo —en 1936— los partidos comunistas, por órdenes de Moscú, dan un viraje hacia la derecha y llegan a acuerdos con los partidos, incluso patronales, con tal de que no fueran fascistas. De ahí que el impulso de las izquierdas socialistas, de estructurar un frente para la lucha anticapitalista y antiimperialista es capitalizado por el stalinismo que se orienta a la unión con organizaciones patronales o con partidos incluso agentes del imperialismo.

33 **Victorio Codovilla** (1894–1970), fue un dirigente político comunista que llegó a ser el dirigente más importante del comunismo argentino y sudamericano.

El Partido Comunista, al copar a la izquierda socialista, impide que se transforme en un auténtico partido revolucionario, desviándola hacia la colaboración de clases. Lo mismo hace con el movimiento sindical. Es decir, que los dos fenómenos que tendían a la estructuración de un gran partido revolucionario, la izquierda socialista y el movimiento sindical en ascenso, son captados por el Partido Comunista, que desde el año 1936 las orientan hacia la colaboración de clases con la patronal y el imperialismo yanqui. El prestigio del Partido Comunista y de la Revolución Rusa, fue utilizado por Codovilla para desviar hacia la derecha las inclinaciones revolucionarias de la vanguardia socialista y sindical. El Partido Comunista se transforma así en la correa de transmisión del imperialismo yanqui en el movimiento obrero. Codovilla y Ghioldi³⁴ fueron los más grandes defensores de la Unión Democrática al servicio de los yanquis. Y si esta política no los hundió enseguida, es porque los obreros odiaban a la oligarquía fraudulenta en el poder.

Pero desde el golpe del 4 de junio de 1943 la situación fue cambiando en todos los aspectos. Surge una nueva capa industrial que no ha pasado por la escuela del movimiento obrero sindical de la época del 30, ni tampoco por la de la izquierda comunista. Al mismo tiempo, el gobierno ya no es más un gobierno oligárquico, antipopular y fraudulento, sino un gobierno que resiste los planes yanquis de colonización y tiene base de masas. El Partido Comunista se transforma en punta de lanza de la Unión Democrática al servicio de los yanquis, y esto lo liquida como gran partido de la clase obrera. El stalinismo, lejos de comprender el fenómeno del peronismo, lo considera fascista y moteja de matones a los obreros peronistas. Así desaparece de la escena histórica el Partido Comunista como gran partido de la clase obrera. Los numerosos virajes realizados hasta la fecha —incluso el de sacar la foto de Eva Perón diciendo que era una luchadora antiimperialista— no han logrado reforzar su situación.

Últimamente el stalinismo fue incapaz de llegar a un acuerdo con el peronismo en la lucha contra el golpe de estado. Realizó una política de abstención: el golpe era malo y el peronismo era fascismo o corporativismo. No dijo que el peronismo era malo pero que el golpe era peor; no señalaron su carácter ultra reaccionario y se lavaron las manos. Luego del golpe llevaron a cabo una política doble: *Nuestra Palabra* atacaba al gobierno, mientras *Propósitos* ponderaba al Contraalmirante Rojas y al gobierno reaccionario.

Frente a las huelgas de la CGT, lejos de aclarar que, aunque estaban contra su dirección, apoyaban las huelgas, porque, aunque resueltas por la directiva eran en defensa de la organización, sabotearon la del 2 de noviembre y se plegaron a última hora a la del 15 de noviembre; tampoco el 17 de octubre acataron a la mayoría de los trabajadores y carnearon la huelga. Toda esta actuación debilitó más aún su posición ante los trabajadores. En la actualidad no llevan una lucha a fondo por la legalidad del Partido Peronista. La historia, tanto como los obreros, no perdonan “avivadas” como esta de callarse sobre la legalidad del peronismo para poder heredarlo; los obreros y activistas peronistas sabrán reconocer tarde o temprano como a su partido al nuestro, que fue el único que defendió su derecho a la legalidad como organización.

No debemos cansarnos de explicarle a los obreros de vanguardia la verdadera causa del proceso stalinista; su dependencia de las maniobras del Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia. En Argentina se ha hundido por servir a los yanquis y lo hicieron porque en esa época los yanquis eran grandes amigos de Rusia; en lugar de ayudar a Rusia haciendo que los obreros de nuestro propio país lucharán contra los yanquis, sirvieron a los amigos de la siniestra burocracia de Moscú, aunque esos amigos eran los enemigos mortales de nuestros pueblos y países.

Desde la guerra fría el stalinismo de todo el mundo y de nuestro país ha perdido el rumbo, y no sabe qué decir ni hacer. Pese a sus esfuerzos no encuentra a quién servir. El imperialismo ha cercado Rusia y le exige condiciones leoninas para un acuerdo; de ahí la política de Codovilla y Ghioldi en Argentina: por un lado, amenazan a los yanquis y por otro le ofrecen sus servicios. Pero no hay duda de que el verdadero objetivo de Rusia es llegar a un acuerdo con los yanquis, que son sus auténticos enemigos.

34 **Américo Ghioldi** (1899–1984) fue un maestro y político del Partido Socialista Democrático y director del diario *La Vanguardia*. Durante la dictadura conocida como Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) fue embajador en Portugal.

Hoy día la crisis mundial del stalinismo ha llegado al paroxismo. Rusia ya no es el único país independizado del imperialismo; ahora existen otros. Ahora el stalinismo no puede imponer el fetiche de que Rusia es única y sus burócratas los únicos; pero además hay otro problema: el ascenso de las masas dentro de la misma Rusia y su esfera de influencia. En el año 1953 dos huelgas hicieron trastabillar a la burocracia rusa: la huelga de Alemania oriental en Berlín Este y la del campo de trabajo de Vorkuta; ésta dentro de la misma Rusia. Hubo otras en Checoslovaquia y otros países del Este de Europa; la crisis además se ha reflejado en los partidos más fuertes de Europa: el PC francés y el PC italiano. En ambos han surgido corrientes de izquierda; además y para colmo de la burocracia la revolución pasa hoy día por países que no son controlados por los stalinistas, como Argelia, en donde las masas son dirigidas por un partido revolucionario auténtico, que simpatiza con la IV internacional.

Los dirigentes de Moscú ven cómo se les mueve el piso incluso en su propia esfera de influencia: Europa.

El XX Congreso del partido Comunista ha tenido un objetivo fundamental: hacer que la moderna clase media rusa, cierre filas en torno al gobierno para darle una base que le permita enfrentar a la presión de los trabajadores de la misma Rusia; de ahí que se liquide el mito de Stalin y el del jefe único y se imponga una dirección colectiva. Pero este ataque contra Stalin y su mito acelera la crisis del stalinismo en escala mundial puesto que provoca serias dudas en los mejores militantes stalinistas.

Este es el aspecto del problema que debemos señalar sin caer en el juego de la burocracia rusa: tenemos que tener en cuenta que el militante comunista lo es por su posición anticapitalista y antiimperialista, pero poseído de una honrada y profunda fe revolucionaria.

Ante la caída del mito de Stalin su fe tambalea, y nosotros somos los únicos que le podemos dar una explicación y señalar el camino.

Sólo un sector de clase enormemente privilegiado podía levantar ese mito colosal. Hoy día es ese mismo sector de clase el que, al comprobar que tampoco el mito los salva, lo liquidan. Lo tiran abajo para salvarse. Son los mismos burócratas soviéticos que fabricaron el mito los que lo tiran abajo.

Nosotros debemos atacar de lleno el mito stalinista así como su oportunismo y su colaboración con la patronal. Pero teniendo en cuenta que su material humano es valioso y sincero. Nuestro tono debe ser ajustado a su mentalidad y su desarrollo. Debemos ligarnos a esos militantes y contactarlos tratando de ganarlos, aunque sin perder mucho tiempo, ya que lo fundamental no es el trabajo sobre el PC sino la reorganización de la CGT y del movimiento sindical.

Muchos de esos militantes, los mejores, llegarán a formar parte de nuestras filas; será la mejor forma de vengar los crímenes internacionales cometidos por la burocracia stalinista.

14. ¡Abajo las sectas!

En el movimiento de izquierda de todos los países pululan las sectas; estas presentan, dentro de sus más variadas formas, características comunes. Su existencia obedece a profundas razones: fundamentalmente a las contradicciones permanentes de la sociedad actual: políticas, económicas y culturales. Un hombre actual —puede ser un obrero o un estudiante— puede sufrir tremendamente al ver la miseria, las injusticias o el servilismo de la cultura o el arte. Esa comprensión pueden llevarlo a él o a sus amigos a una posición de rebeldía; en ese caso se le presenta un problema: ¿Cómo solucionar esas contradicciones?

Si busca la solución ligándose, para luchar, a grandes sectores de obreros, estudiantes, etcétera, entonces acudirá a un partido u organización amplia, aunque luego termine en el oportunismo. Pero si en lugar de tomar ese camino se encierra en sí mismo y en su grupo, tomando como cuestión fundamental, no la práctica social, sino la vida interna de ese grupo, estaremos en presencia de una enfermedad muy conocida: el sectarismo. Y de una forma de organización no menos conocida: la secta. Su carácter definitorio es el religioso, aunque sean ateos hasta la médula; tienen días de reunión

fijos, un rito especial y un gran “sacerdote” que puede ser “el más grande anarquista o marxista del mundo” o “el dirigente de confianza de Pablo”³⁵ o “el Oscar³⁶ más simpático de los cafés porteños”.

Para formar una secta no es preciso que estas características sean llevadas a los extremos: se puede publicar un periódico como el del Ejército de Salvación o el del Grupo “Praxis”³⁷ y ser una secta religiosa revolucionaria hasta la médula de los huesos. Este periódico no será piqueteado ni verificado por la actividad de la clase obrera, o sea de su vanguardia, sino que será una mínima parte de los trabajos de esa secta, cuya actividad principal seguirá siendo fortificar su acción interior, ganar adeptos, etcétera.

Una secta de rebeldes es lo opuesto a un partido revolucionario. Este es, antes que nada, un órgano de acción clara, precisa; es el órgano consiente del proceso inconsciente de la clase obrera que lucha contra la explotación de que es objeto. En la vida de un partido obrero todo tiene un fin último exterior y no interior: ayudar al proceso de la lucha de clases y a la liberación de la clase obrera. Por eso el partido obrero es fundamentalmente un órgano de combate: ganar nuevos elementos, la formación de nuevos dirigentes, una tesis teórica, tiene un solo objetivo: fortalecer su acción exterior fortaleciendo a la clase obrera. Los militantes y dirigentes de ese partido ligan su propia trayectoria a la de la clase obrera.

Una secta, en cambio, no refleja la lucha de clases en forma real, sino que vive en función de la esencia contradictoria de esta sociedad.

La secta trata de crear, al margen de esta vida, una vida pura de tubo de ensayo, en el estudio de cualquier profesor de filosofía política, en la casa de un plenipotenciario pablísta o bien en el café uorista de turno. Dentro de las sectas las relaciones se basan en cuestiones personales: se aprecian, respetan, u odian por cuestiones que nada tienen que ver con la lucha de clases. En un partido revolucionario las relaciones personales sufren el vaivén de la lucha de clases. Un camarada que afloja en la lucha de clases deja de ser respetado; un dirigente que dirige sistemáticamente mal las huelgas, deja de ser dirigente.

Nuestro país no es una excepción: en la periferia de su movimiento de izquierda, pululan infinidad de sectas revolucionarias o seudo revolucionarias. La existencia de estas sectas, como su relativa importancia, se ve alentada por la tradición del marxismo revolucionario en nuestro país; Argentina jamás ha tenido un partido marxista revolucionario de masas. La tradición marxista en Latinoamérica y en nuestro país ha sido deplorable. Bajo el peronismo el trabajo teórico y político de las organizaciones, aunque de una riqueza enorme, fue un verdadero trabajo de topos. Esto ha favorecida la vida de las sectas, que no sufrieron así la presión de la lucha teórica y política.

Todo esto permitió la existencia de una secta que tomó como liturgia el único programa revolucionario: el de la Cuarta Internacional. Esta secta está integrada también por obreros e invocan la forma de organización bolchevique. Se llamó Grupo Cuarta Internacional (GCI), en la actualidad se llama Partido Obrero Revolucionario Trotskista (PORT), y edita *Voz Proletaria*.

Poco tiempo después que GCI salía a la arena pública hicimos un vaticinio: o superaban su sectarismo, y junto con él su oportunismo teórico y político, o desaparecían del proceso de la lucha de clases. Así ha ocurrido: la secta CGI tuvo un acierto político de indudable trascendencia: su internacionalismo; aunque hayan sido internacionalistas en el peor sentido de la palabra. Nosotros en cambio hemos sido nacionalistas en el mejor sentido; lo que no dejó de ser un defecto. CGI reivindicó el internacionalismo para vivir traduciendo lo que se decía y hacía en el exterior. Eliminó así toda posibilidad de pensar y resolver por su cuenta, sobre los problemas latinoamericanos y del país. El principio esencialmente correcto de que lo internacional o lo general es lo que determina lo nacional fue llevado al absurdo por CGI, que desde ese momento no hizo, ni pensó, ni tuvo iniciativa

35 **Michel Pablo**, principal figura y dirigente de la secta revisionista “pablísta” que surgió en 1952-53 en las filas de la Cuarta Internacional, y cuyas posiciones liquidacionistas fueron combatidas a muerte por nuestro partido. NM

36 **Oscar**, dirigente de la Unión Obrera Revolucionaria (UOR), pequeña secta que aún subsiste en Argentina [en 1956]. NM

37 El **Grupo Praxis**, dirigido por Silvio Frondizi, minúscula organización académica y profesoral que actúa en algunos sectores del estudiantado argentino. NM

alguna por su cuenta. Cuando se decidieron a sacar una revista teórica no hicieron más que traducir la revista francesa de nuestra internacional.

Nosotros cometimos el “error” inverso: comenzamos por lo nacional tratando de darnos un programa y de penetrar profundamente en la clase obrera del país; aportamos así un programa y una interpretación de la realidad nacional y latinoamericana. Del análisis marxista del país llegamos al latinoamericano, y de allí al mundial; recorrimos a la inversa un camino que CGI no recorrió todavía.

El internacionalismo sectario de CGI basado en nuestro programa central, no adaptado a la realidad nacional, fue su perdición. Siempre pendientes de las órdenes de arriba fueron incapaces de orientarse cuando sus órdenes no llegaron o tardaron.

Cuando estalló la guerra de Corea pocos obreros conscientes dejaron de comprender su significado; Corea del Sur era un país capitalista y Corea del Norte un país obrero. CGI, sin embargo, tuvo que resolver por sí solo la cuestión y se equivocó: apoyó a Corea del Sur. Esto solo habla del sectarismo y de la falta de criterio obrero de esta gente.

A partir de la guerra de Corea se acelera enormemente el proceso de la guerra fría y como consecuencia de ello las amenazas del imperialismo a Rusia; nuestra dirección internacional comienza entonces a capitular ante el stalinismo, en lugar de seguir denunciándolo como sirviente en última instancia del capitalismo. Las amenazas de guerra le hacen creer que el stalinismo ha cambiado, que a partir de esa fecha tendrá una política izquierdista, etcétera.

Esto que parece una cuestión inexplicable es bien sencillo: la dirección internacional del trotskismo, lo mismo que CGI acá, fue incapaz de aplicar el programa trotskista, correcto en general, a la nueva situación internacional; defendían y explicaban mejor que nadie a Trotsky, pero no eran capaces de aplicar su programa en forma concreta. Nuestra dirección internacional, carente de una experiencia de masas, era más bien propagandistas, y más periodistas que grandes dirigentes. La nueva época exigía dirigentes tipo Cannon, y no periodistas tipo Germán. Después de la guerra se produjeron dos hechos de fundamental importancia: el copamiento del Este de Europa por Rusia y la liquidación del capitalismo en esa zona, así como en Asia la Revolución China que liquidó a los terratenientes, a los sectores más fuertes del capitalismo y al imperialismo.

Estos dos acontecimientos fueron ignorados en un principio por la dirección de nuestra internacional, porque habían sido dirigidos por los stalinistas. Se olvidaban que Trotsky había planteado que tanto el stalinismo como el socialismo, aunque siguieran siendo internacionalmente agentes del imperialismo podían, en determinadas circunstancias y en determinados lugares, ser capaces de luchar contra el imperialismo y el capitalismo. En la misma forma, una organización sindical reformista en determinadas circunstancias presionada por el movimiento obrero, puede llegar a romper con los patrones y dirigir una huelga. Así ocurrió en Europa y en el Este de Europa; los stalinistas rompieron con la patronal y los imperialistas forzados por la presión de las masas y la tremenda crisis del capitalismo en esos países.

Cuando la Internacional comprobó estos hechos, en lugar de defender la justeza del análisis trotskista del carácter contrarrevolucionario del stalinismo, pegó un viraje de 180 grados y modificó el análisis trotskista del stalinismo; esta izquierdización forzada del stalinismo debido a la presión de las masas, fue interpretada como un cambio general del stalinismo como movimiento.

Este análisis fue llevado hasta sus últimas consecuencias modificándose la razón de ser del trotskismo: que es el carácter profundamente contrarrevolucionario del stalinismo y del reformismo.

Justamente fueron los partidos trotskistas más ligados al movimiento obrero de sus países los que comprendieron con mayor prontitud el contrabando ideológico de la dirección internacional. Es que para una organización realmente ligada a la clase obrera, no es un secreto las enormes posibilidades de un trabajo trotskista en la clase. Los trotskistas franceses, ingleses, ceylandeses y norteamericanos se opusieron firmemente al curso revisionista de la dirección internacional y de su dirigente Pablo. Nuestra organización fue acompañada por el POR chileno y el POR peruano en la oposición a esa política en Latinoamérica.

Pero el pablismo no sólo capituló a la dirección stalinista, sino también a todas las direcciones del movimiento de masas. Planteó que todas ellas podrían orientarse en la realidad como tendencias “revolucionarias”.

En Bolivia, Pablo y su sirviente Posadas llevaron una política suicida apoyando críticamente al gobierno de Paz Estenssoro; esta política es la responsable de la crisis del POR boliviano, heroica vanguardia del trotskismo latinoamericano y mundial. En Chile, en lugar de trabajar sobre la clase obrera organizada en sus sindicatos, Pablo y Posadas dieron la línea de entrar al Partido Socialista Popular y lamentaban no haber entrado a trabajar sobre los comités ibañistas.

Toda esta tarea de revisión y capitulación fue llevada a cabo bajo la consigna de “trabajar donde están las masas”. Pero esto es falso: no sólo se trata de trabajar donde están las masas, sino también de saber con qué política. Para la secta internacional pablista no es necesario combatir a muerte a las direcciones del movimiento de masas porque estas pueden hacerse revolucionarias: entonces lo que hay que hacer es ayudarlas. Para nosotros, trotskistas ortodoxos, de lo que se trata es de trabajar donde están las masas, pero para liquidar y combatir a su dirección oportunista y contra revolucionaria con el fin de darle una dirección revolucionaria.

En Europa dijeron que los stalinistas, incluso su dirección, irían cada vez más a la izquierda. En Bolivia apoyaron críticamente a Paz Estenssoro; en Chile le hicieron el juego al Ibañismo. Pero no es necesario ir muy lejos para comprobar la política sectaria y a la vez oportunista del pablismo; el ejemplo más concreto lo tenemos en el país. La caída de Perón fue un hecho histórico; una corriente revolucionaria que aspira a dirigir a la clase obrera debe mostrar sus cartas credenciales. Ellas no pueden ser otras que preveer cada hecho histórico de importancia para la clase obrera. Todo activista sindical que corra peligro de marearse con el carácter internacional de la secta pablista debe preguntarse: ¿antes del 16 de junio cuáles fueron las organizaciones revolucionarias que previeron la caída de Perón y la forma de impedir que el golpe reaccionario tuviese éxito?

CGI, actual PORT, agente del pablismo, editor de *Voz Proletaria*, no dijo una palabra sobre la posibilidad de un golpe de estado y sobre la forma de impedirlo.

Esta política contrasta con la nuestra, auténticamente revolucionaria, que previó un año antes del 16 de junio lo inevitable del golpe, como su triunfo, a menos que se movilizara a las masas. Señalamos como un peligro de muerte los métodos policiales del peronismo, aunque pese a ello nos unimos a los obreros peronistas en la campaña contra la movilización clerical. Estuvimos con nuestras posiciones en la manifestación del 14 de junio y, en primera fila, en la del 16 de junio. Artículos periodísticos y volantes hablan de nuestra posición; la secta pablista en cambio, no hizo ni dijo nada al respecto antes del 16 de junio. Esa es la acusación que hacemos a la secta de Pablo y Posadas: no hicieron, no previeron y no dijeron nada para el golpe del 16 de junio.

En la actualidad el sectarismo de esta gente llega al colmo. Por un lado, se “olvidan” de plantear que lo fundamental es la reorganización del movimiento sindical. Como consecuencia de ello se lanzan a una aventura criminal en la gran fábrica metalúrgica CARMA. Rechazan la proposición de los activistas de las más grandes fábricas metalúrgicas de Avellaneda de reorganizar el sindicato porque lo fundamental era el planteamiento político y no el sindical.

Estos sectarios, hundieron con esa actitud a la magnífica vanguardia de CARMA mandándola a un movimiento sin ningún apoyo del gremio. Pero, como siempre, el aventurerismo tiene otra cara: el oportunismo. Ayer CGI (PORT), editor de *Voz Proletaria*, capitulaba ante el peronismo; hoy día capitula al radicalismo. Veamos:

Para los radicales y stalinistas no hay tarea más importante que el llamado inmediato a elecciones o a una constituyente sin el peronismo. En el mejor de los casos es lo máximo que puede dar este gobierno. *Voz Proletaria* plantea lo mismo y no es una casualidad. Los sectarios, que de “tan revolucionarios” que son les importa un pito la reorganización del movimiento sindical y que se fueron de una reunión en la que se discutía ese problema, se olvidan, en cambio, que los obreros odian a este gobierno y que al 70% de la población le pasa lo mismo. Por lo tanto no se trata de lograr un llamado a elecciones o un llamado a constituyente, sin el peronismo, sino de organizar y plasmar

a la organización del proletariado argentino para voltear al gobierno reaccionario apoyado en una ínfima minoría de la población.

Situaciones como esta se repiten en todos los países del mundo: mientras el trotskismo ortodoxo actúa y prevé con corrección, la secta pablista se contrae, se contradice, y es ignorada por la realidad como pago de su propia ignorancia de ella. En todas partes el trotskismo ortodoxo se fortalece y el pablismo desaparece.

Si nos hemos ocupado tanto de esta secta es justamente por su carácter internacional. El programa y la forma de organización de nuestra Internacional son utilizados por esta secta para captar a magníficos luchadores obreros y estudiantiles. Por eso hay que desenmascararlos ampliamente ya que son más peligrosos porque utilizan una herramienta efectiva para emponzoñar con su sectarismo a magníficos elementos: a nuestra Internacional y al nombre de León Trotsky. Pero el antídoto para todo revolucionario es facilísimo: exigir pruebas de que ellos no dijeron que el stalinismo iba a tener cada día una política más izquierdista; que no apoyaron críticamente a Paz Estenssoro en el gobierno; que no apoyaron a Corea del Sur contra Corea del Norte y, ya en el terreno nacional, que demuestran que alertaron contra el golpe de estado del 16 de junio de 1955 y que llevaron una política consecuente contra él.

Hay otras sectas y seguirán existiendo otras mientras existan contradicciones graves en la sociedad y haya rebeldes que no encuentren el camino de la acción revolucionaria en las masas. Las hay tragicómicas como la del profesor Silvio Frondizi, que descubrió que existe capitalismo e imperialismo y que la revolución obrera es la solución de todos los problemas; las hay también miserables, ruines, que giran alrededor de chismes de café con hombres como del UOR; las hay de carácter comercial-revolucionario, como *Indoamérica*; pero todas tienen algo en común: tengan o no obreros, ninguna tiene nada que ver con la clase obrera, su actividad y sus problemas.

Cuanto más pronto los nuevos activistas que se le acerquen les den la espalda mucho mejor para el conjunto de la clase obrera. Cuanto más pronto se acerquen a nuestra organización nacional e internacional, probada por los hechos históricos, más seguros estaremos del triunfo de la revolución argentina y latinoamericana.

15. ¿A dónde vamos?

Hemos llegado a una altura de nuestro informe en que se impone recapitular y sintetizar las conclusiones más importantes para dar respuesta a dos preguntas inquietantes: ¿a dónde va el país?, ¿a dónde va la clase obrera?

Nuestro país ha entrado en una profunda crisis económica, política e institucional. La verdadera razón de esa crisis, la más profunda de toda su historia, es que el país está siendo rápidamente colonizado política y económicamente por el imperialismo yanqui. Esta colonización plantea el tremendo dilema de nuestra decadencia como semicolonias yanqui o la recuperación y posterior superación de sus antiguos niveles de independencia y progreso. Esta última variante sólo es posible uniéndolo nuestro país al resto de los países latinoamericanos y este proceso solamente puede ser conducido y coronado por la clase obrera. Y esto, aunque hoy día no se lo observe con toda claridad por el sistemático ocultamiento de la “prensa seria” y porque el imperialismo yanqui no se ve obligado a mostrar, por el momento, el puño de hierro, será claro para todos a corto plazo.

Porque una crisis grave de cualquier índole para los yanquis arrastrará al abismo a toda Latinoamérica, inclusive a nuestro país. Entonces aflorará la tragedia de nuestra situación como semicolonias política y económica yanqui. Supongamos que Estados Unidos entra en guerra y por el pacto de la OEA se nos obligue a ir a ella; recién entonces surgirá con claridad meridiana que el gobierno Aramburu–Rojas vendió a los yanquis, como carne de cañón, a la juventud argentina. Lo mismo ocurrirá con la economía nacional: una violenta crisis económica yanqui y nuestra economía nacional irá a la ruina más completa; el país se dará bien cuenta entonces del significado para la economía nacional de la adhesión al Fondo Monetario Internacional y al Pacto de la OEA. Estas son

las perspectivas del país sometido a los yanquis por los pactos firmados por el gobierno Aramburu-Rojas. Solo la clase obrera puede lograr que esta perspectiva no fructifique. Es la clase más homogénea y la única revolucionaria, como nos lo dice su acción en la escena nacional y mundial.

Por eso el plan de colonización del país va acompañado, también, de todo un intento por debilitar, dividir y castrar a los trabajadores argentinos. Es que no puede haber una clase obrera fuerte y unida en una Argentina colonizada, en decadencia. El dilema, tanto para los obreros como para el imperialismo yanqui, —los dos verdaderos contendientes en el panorama nacional, latinoamericano y mundial— es claro y terminante. Los yanquis, para colonizar el país, deben destruir la fortaleza y unidad de los obreros argentinos. Los obreros argentinos si quieren salvar su unidad y fortaleza tendrán que defender al país; y si quieren salvar a éste tendrán que defender su unidad y fortaleza.

Por eso la suerte del país pasa hoy día por salvar la unidad de la organización más primaria de la clase obrera: la organización sindical. La verdadera lucha por la independencia del país y contra el actual gobierno que enajena esa independencia, pasa por la reorganización sindical con una auténtica dirección revolucionaria. Pero esa inmensa tarea ¿qué desarrollo tendrá? Sin pecar de adivinos tenemos la obligación de señalar los lineamientos generales de las perspectivas inmediatas del movimiento obrero.

La clase obrera en estos últimos años ha aprendido lo que es la organización sindical unitaria y que es la organización fabril. Este aprendizaje no se perdió sino, por el contrario, se fortaleció al lograr el gobierno destruir las organizaciones sindicales. La pérdida de las organizaciones sindicales ha acelerado ese aprendizaje. No interesa que sectores de la clase obrera se alejen de la vida sindical; esto es inevitable si los sindicatos no están controlados por el Estado. Tampoco interesa que las organizaciones fabriles languidezcan. Lo fundamental es que los sectores más esclarecidos de la clase obrera siguen necesitando y queriendo una sola organización sindical unitaria para cada gremio y para todos los trabajadores. Esa necesidad y esa ambición de los sectores más importantes y esclarecidos de los trabajadores se abrirán camino en forma inevitable en la propia realidad.

Los propios golpes que pegan el gobierno y la patronal a los obreros, como la necesidad de responder a esos golpes, planteará en forma inevitable a los trabajadores la necesidad de la reorganización del sindicato de industria. No sabemos bien como se abrirá camino la reorganización unitaria de la clase obrera, pero, no nos quedan dudas, que lo harán porque ya es una conquista en la conciencia de la clase obrera o de sus sectores de vanguardia. Si no es a través de la Junta de Emergencia será de otra forma, pero la reunificación y reorganización sindical de la clase obrera argentina será a corto plazo, en uno a dos años, es un hecho indiscutible.

Lo mismo ocurrirá, pero posiblemente más tarde, con las organizaciones fabriles. Estas van a ser más difíciles de reorganizar en toda su amplitud, ya que abarcan a todos los obreros, a los sindicalmente organizados como a los otros, pero igualmente se abrirán camino. Justamente esta reorganización fabril adquirirá un franco carácter revolucionario, ya que, sin el control estatal peronista, la comisión interna de fábrica plantea el problema de quien es el que dirige la fábrica, la comisión o el patrón.

Posiblemente, ya antes de que las comisiones internas de fábrica adquieran de nuevo gran importancia, estallarán graves luchas entre el gobierno y el movimiento sindicalmente reorganizado. Esta lucha entre el gobierno y el movimiento sindicalmente reorganizado puede llevar a una huelga general de carácter insurreccional.

No hay que olvidar que así como lo mejor de la clase obrera esta por la defensa de su sindicato unificado, el conjunto de la clase obrera odia a este gobierno reaccionario. Este odio puede y debe ser transformado en una insurrección para voltear al actual gobierno. Para transformarlo en una insurrección solo es necesaria la reorganización del movimiento obrero. Si el movimiento obrero se reorganiza, se reestructurara, teniendo así una dirección reconocida y aceptada por todo el movimiento obrero, la lucha contra el gobierno adquirirá unidad y una fortaleza inexpugnable. Ese será el momento en que el odio del movimiento obrero podrá cristalizar en una lucha organizada contra el gobierno. Esa lucha organizada puede comenzar con una huelga general, por razones accidentales, convenios de trabajo, aumentos de salarios, la lucha contra la desocupación, el 17 de octubre, pero

en el fondo es el odio justificado al actual gobierno lo que dará origen a esta lucha. Esa huelga general puede transformarse en insurreccional, es decir, que haya luchas en las calles y que se enfrenten el gobierno y la clase obrera en una revolución obrera. Entre las causas accidentales que puedan movilizar a la clase obrera, debemos considerar la posibilidad de un golpe militar de los sectores de la patronal argentina que no quieren la capitulación total a los yanquis. Pero lo fundamental es que solo la movilización insurreccional o el peligro de movilización insurreccional del movimiento obrero llevará a una derrota total o parcial —depende de la dirección del movimiento obrero— del actual gobierno reaccionario.

Concretamente podemos decir que hoy en día la ofensiva del imperialismo contra el país y de la patronal contra los trabajadores se cristaliza en la política del actual gobierno oligárquico y reaccionario.

Esta ofensiva adquiere su máxima y más concreta expresión en el afán del actual gobierno de destruir la organización sindical unitaria del movimiento obrero argentino. Pero ese afán del gobierno reaccionario se encuentra con dos vallas imposibles de franquear, que son el grado de conciencia de la clase obrera y su vanguardia que quiere y necesita una organización sindical unitaria y que odia al actual gobierno. A pesar de esto el gobierno reaccionario ha logrado desorganizar el movimiento sindical y permanecer en el poder. Los pesimistas, los burócratas sindicales, llegan a una conclusión: los obreros no sirven. Nosotros, por el contrario, después de las fabulosas huelgas generales que llevó a cabo la clase obrera argentina y de la experiencia mundial, decimos: el movimiento obrero ha fracasado hasta el momento porque sufre una crisis de dirección, crisis que justamente los duros golpes de la reacción obligan a ir superando. Efectivamente, la ofensiva reaccionaria del gobierno somete a prueba a toda la dirección del movimiento obrero, desde los delegados hasta los dirigentes. Viejos dirigentes se van a la casa; otros continúan la lucha, nuevos dirigentes surgen. Esta nueva dirección que se está gestando en el movimiento obrero es la que dirigirá inevitablemente la reorganización sindical y el enfrentamiento con el gobierno reaccionario. Porque las dos tareas irán inevitablemente unidas.

La crisis del país y del movimiento obrero radica en la crisis de la dirección del movimiento obrero. Pero, si alguna virtud ha tenido el golpe y el gobierno reaccionario ha sido, justamente, el haber puesto a prueba a la anterior dirección y, al hundirla, mostrar su fracaso y haber promovido también una nueva dirección.

En pocas palabras podemos decir que el país, bajo el control conjunto de la patronal y el imperialismo yanqui ha entrado en su período de decadencia. Esta perspectiva solo puede ser detenida por la clase obrera. Pero esta soporta una terrible ofensiva del gobierno. Este tiende a desorganizar y dividir a los obreros. Hasta ahora ha logrado su objetivo, ha desorganizado totalmente el movimiento sindical. Pero esta ofensiva ha podido tener éxito gracias al fracaso de la vieja dirección del movimiento obrero. Los trabajadores siguen queriendo la organización sindical y odiando al gobierno. La superación de la dirección del movimiento obrero es la clave para poder cristalizar sus movimientos por la reorganización sindical y por concretar su odio contra el gobierno.

Como estamos seguros de que la superación de la dirección obrera ya se está produciendo, damos por descontado que, más tarde o más temprano, el movimiento obrero reorganizará sus sindicatos únicos por industria y sus comisiones internas de fábrica y que, como consecuencia de ello, se entablarán gigantescas batallas entre el movimiento obrero reorganizado y el gobierno reaccionario. De esa batalla, de su resultado, dependerá la suerte del país.

16. Formemos una tendencia sindical anticapitalista y antiimperialista consecuente

La patronal industrial argentina tiene mil lazos amistosos con la burocracia sindical. Necesita, pues, de una reorganización del movimiento obrero que la ayude, que no la perjudique, que le garantice por lado un desarrollo pacífico de la producción y que por el otro le permita utilizar al

movimiento obrero contra sus enemigos, hoy día, el imperialismo yanqui y los importadores. Estos jerarcas sindicales no están de acuerdo con un país totalmente colonizado por los yanquis, de la misma forma que otros sectores de la patronal; de ahí la división del movimiento sindical argentino.

Cuando nosotros apoyamos e iniciamos *Tendencia*³⁸ lo hicimos con un objetivo: lograr un frente único con las corrientes del movimiento obrero ampliamente mayoritario que estaban por la defensa de una CGT más o menos nacionalista o peronista. Nuestra posición era reorganizar un frente de activistas sindicales que estuvieran de acuerdo en defender al país y al movimiento obrero. Nuestro máximo afán era que a *Tendencia* entraran todos los dirigentes sindicales de la época peronista, que reflejaban a la mayor parte del movimiento obrero y de los activistas sindicales. Jamás pensamos, ni quisimos, que *Tendencia* fuera nuestra. Por eso propusimos en todos lados como dirigentes a compañeros que no tenían nada que ver políticamente con nosotros. Concretamente, *Tendencia* surgió como un frente único de todos los que estuvieron contra el COASI,³⁹ y las intervenciones, por la defensa del movimiento sindical y nacionalmente organizado.

Pero los dirigentes del movimiento obrero no vinieron a *Tendencia*, sino que formaron su propio movimiento: La Junta de Emergencia de la GGT que reivindica la organización cegetista y se reivindican como auténtica dirección sindical de todo el país.

Nosotros, aunque no sabemos lo que hará *Tendencia*, nos solidarizamos enseguida con la Junta de Emergencia ya que, aunque discrepamos con la trayectoria de esos dirigentes, reflejan a la mayor parte de los obreros cegetistas, en su anhelo de reestructurar el movimiento sindical. *Tendencia*, ya no tiene razón de existir; la Junta de Emergencia ha tomado como suya la tarea de luchar por la reorganización del movimiento y enfrentar a los sindicalistas libres y a los interventores, y esta es mucho más representativa que *Tendencia*. Crear Juntas de Emergencia gremiales en todos lados es la gran tarea actual. Es también la gran tarea de *Tendencia*.

Pero así como el movimiento sindical está dividido en dos o más tendencias, también el ala que resiste la colonización está dividida en dos: la que lucha en forma consecuente contra el imperialismo y la que tiene la línea oportunista de los jerarcas sindicales. Los jerarcas y muchos activistas creen en las negociaciones y no en la acción de la clase obrera. Nosotros únicamente confiamos en la movilización de nuestra clase para defender la independencia del país y los intereses de la clase obrera. Estos activistas que comparten esta posición deben unirse en un movimiento de reorganización que puede jugar ese rol; nuclear a los activistas que tengan una posición de clase revolucionaria. Es decir, *Tendencia*, debe dejar de ser el órgano que refleja el acuerdo general de los que quieren salvar la organización sindical para transformarse en el órgano de una tendencia de activistas que solo confían en su acción de clase y no en las negociaciones. Esta tendencia revolucionaria tendrá enormes perspectivas; día a día se verá con mayor claridad la diferencia entre el método negociador de los jerarcas sindicales y el de la movilización de nuestra clase. Esto no quiere decir que la tendencia revolucionaria se pronuncie por no negociar jamás, sino que esas negociaciones serán complementarias de lo fundamental: la movilización de nuestra clase.

Tampoco quiere decir que esta tendencia se arrogue la dirección del movimiento sindical; ni de la Junta de Emergencia de la CGT, sino que tratará de organizar la Junta de Emergencia para comprobar honestamente que tendencia tiene mayoría en el movimiento obrero sindical.

Hemos subrayado que hay tres corrientes en el movimiento sindical: los “libres”, que colaboran con la colonización yanqui, los peronistas o pseudo peronistas que colaboran con la patronal; y los revolucionarios, que están contra unos y otros. Intermedia y paralela a esta corriente está surgiendo

38 *Tendencia*, órgano del movimiento sindical que surgió como consecuencia de las intervenciones a la CGT y los sindicatos, para salvar las organizaciones sindicales. NM

39 El Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI) fue parte de los grupos fascistas que actuaron junto a los “comandos civiles” desde el 16 de junio de 1955. Lo formó el ala gorila del socialismo (encabezada por Américo Ghioldi), mientras que los comunistas eran el Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos. Durante las dos primeras semanas esos grupos de choque habían ocupado por la fuerza una cantidad considerable de locales sindicales. Entre ellos se encontraban los locales de la Asociación Bancaria, la Federación Gráfica, La Confederación de Empleados de Comercio, la Fraternidad, el SUPE, la Unión Ferroviaria, entre otros. Durante las noches ingresaban por la fuerza a los locales, desalojaban a los ocupantes y designaban autoridades “provisorias”.NM

en el movimiento obrero una nueva tendencia espontánea de carácter sindicalista. Esta corriente formada en su mayor parte por magníficos activistas de la época peronista, es sumamente progresiva. Refleja, en un noventa por ciento de los casos, un repudio de los activistas sindicales a la política de los partidos patronales y de confianza en la fuerza de la clase obrera. Todo activista sindical que ha comprobado la podredumbre de sus dirigentes transformados en agentes de la política peronista en sus filas cree que la culpa de esa situación la tiene la política en general. En este activista el repudio a la política significa el intento de volver a los métodos de clase primarios, la organización de la clase y solo de la clase. Pero a estos activistas se le suman y se le irán sumando los dirigentes sindicales al servicio de la patronal que plantean aparentemente lo mismo, que los activistas no deben meterse en la política. Para estos dirigentes no meterse en política significa no hacer nada, no preocuparse en nada de lo que le ocurre al país y a la clase obrera.

La tendencia sindical revolucionaria antiimperialista y anticapitalista deberá tener en cuenta a los compañeros activistas y que están ahora contra la política. La mayor parte de ellos serán magníficos militantes de esa tendencia, aunque repudien la política. Si de verdad están por métodos de clase serán capaces de elevarse a una lucha contra el capitalismo y el imperialismo. Convencerlos de que tendrán que formar parte de la tendencia sindical revolucionaria, será el primer gran paso para su superación.

17. El movimiento obrero debe tener una política independiente y propia

La caída del peronismo cerró una época y abrió otra. Cerró la época gris, tranquila y pacífica, y abrió la de las luchas revolucionarias exacerbadas. En la actualidad es la patronal que lleva la ofensiva junto al imperialismo mientras la clase obrera, mediante la experiencia de estas batallas defensivas, comienza a darse una nueva dirección política y sindical. Esta etapa, que probablemente dure bastante, dará origen a otra: la de la ofensiva de los trabajadores.

Nosotros, trotskistas ortodoxos, socialistas revolucionarios, la única corriente verdaderamente revolucionaria de la clase obrera argentina, hemos sacado una conclusión de la etapa por la que atraviesa nuestra clase: tenemos que reorganizar el movimiento sindical en primer lugar; esto es lo más importante, y lo que decide la cuestión. Si no la batalla está perdida antes de darse.

Pero esto no es todo, ya que el programa de la clase obrera debe girar alrededor de la siguiente premisa: el movimiento obrero reorganizado deberá encarar todos los problemas que afectan a la clase obrera y al país; el movimiento obrero debe intervenir de lleno en la vida política nacional. Esta posición va a chocar desde ahora mismo con una oposición de muchos activistas sindicales honrados que creen que el movimiento obrero no debe preocuparse del plan Prébisch, de las libertades democráticas, del pacto de la OEA y de otros gravísimos problemas. Nosotros seguiremos explicándole a la clase obrera que si ella no quiere meterse en política, la política de la patronal y el imperialismo se meten con ella.

Estos honrados activistas sindicales que no quieren saber nada con la política confunden dos criterios. Lo que ellos repudian es la política de los partidos patronales, pero muy difícilmente ellos mismos acepten que hoy en día el movimiento obrero no puede dejar de pronunciarse sobre infinidad de cuestiones políticas. Ir hoy día contra el decreto que reglamenta los aumentos de salarios, como contra cualquier otra ley o medida gubernamental que vaya contra los obreros, es hacer política. En general toda organización obrera o dirigente que se preocupa por la suerte de su clase debe tomar en cuenta, no solo los planes de sus patronos, sino también las medidas y planes del gobierno y de sus partidos patronales. El Pacto de la OEA, que nos obliga a ir a la guerra en favor de Estados Unidos debe interesar a los obreros, a sus organizaciones y a sus dirigentes tanto o más que si los cambian de sección en sus fábricas.

En el momento actual la clase obrera tiene planteado el problema político por excelencia, el del gobierno. Los obreros no quieren a este gobierno, lo odian, lo quieren derrotar. Esa aspiración es política por donde se la mire y, no solo eso, sino que es además fundamentalmente correcta y absolutamente necesaria. Los activistas sindicales apolíticos odian también al gobierno y quieren

derrotarlo, pero reorganizando el movimiento sindical. Es decir, opinan igual que nosotros. Esto no es una casualidad: lo que ellos llaman política nosotros la denominamos política oportunista y pro patronal; lo que ellos dicen, que debemos confiar únicamente en la organización y actividad de nuestra clase, es lo que nosotros denominamos política y organización de clase.

El desarrollo de la lucha de nuestra clase dirá hasta qué grado nuestras diferencias con esos activistas son en los nombres o en la concepción. Ni bien esos activistas nos digan que no les interesa lo que haga el gobierno y lo que le ocurra al país estamos enfrentando a un sindicalista, que consciente o inconscientemente, le hace el juego a la política patronal, que no quiere que los obreros se preocupen de los grandes problemas de la clase obrera y del país.

Nosotros no planteamos que los sindicatos deben darse desde ya la tarea de ser sindicatos y partidos obreros al mismo tiempo. Aunque esto parezca una contradicción tiene su explicación. La clase obrera, como tal, debe intervenir en la política nacional, con su propia política, pero nosotros no podemos señalarle ahora la forma en que lo debe hacer. Ella misma se dará la herramienta política. La clase obrera utiliza para sus luchas económicas, los sindicatos; para sus luchas políticas, su partido político, y para sus acciones revolucionarias de masas, los soviets, comités de fábrica, etcétera. Pero, como la clase obrera es una sola, combina en cada momento esas distintas herramientas de lucha. Una lucha por aumento de salarios puede transformarse en una lucha política contra el gobierno; de la misma forma, llegado el momento, una organización sindical puede transformarse en la dirigente política de la clase obrera, como es el caso de la Central Obrera Boliviana, que incluso dirigió una insurrección armada. El proceso histórico es en ese sentido sumamente contradictorio y dinámico; pareciera que le gusta combinar las distintas formas; esto nos obliga a ser doblemente cautelosos.

Las organizaciones obreras deben intervenir frente a los problemas políticos más importantes con una política propia; eso es lo correcto. Pero ello no significa que el órgano político de la clase obrera sea siempre su organización sindical. Por el contrario, lo mejor sería que no fueran los sindicatos sino una organización específica de los obreros —su partido político— quien le diera su expresión política.

La consigna de partido obrero basado en los sindicatos es una consigna táctica para ciertas situaciones: cuando en un país hay inmensas organizaciones obreras pero los trabajadores políticamente dan su apoyo a partidos burgueses, se trata de elevar rápidamente su conciencia política, haciendo que sus propias organizaciones sindicales se transformen en un partido obrero. Pero ese no es el caso actual; las organizaciones sindicales no están en manos de los obreros sino que se tienen que reconstruir y reconquistar. Esta tarea de organización y reconquista no sabemos el tiempo que llevará. Puede ser muy largo. No sabemos si para ese tiempo un partido obrero, aunque oportunista, no llegará a arrastrar a las capas más amplias de los trabajadores. La consigna de partido obrero basado en los sindicatos, en el actual momento que los sindicatos no existen, nos plantea el problema de qué dirección tendrá ese partido. Acaso ¿los interventores militares?

Otro tanto ocurre con el gobierno. Nosotros sabemos que el movimiento obrero organizado deberá ser la base esencial del futuro gobierno pero, no podemos decir ahora que otros organismos intervendrán en su constitución. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos; podemos plantear que haya un partido obrero basado en los sindicatos, pero no podemos plantear ahora, que haya un gobierno obrero. En Argentina ocurre lo mismo: lo fundamental ahora es reestructurar el movimiento sindical para la acción inmediata, y para la gran acción próxima de voltear al gobierno. Al mismo tiempo tenemos que tratar de convencer a la clase obrera de que necesita una política independiente, así como que el movimiento obrero reorganizado intervenga en los problemas políticos con sus propias soluciones. Pero nada más: plantear ahora que hay que construir el partido obrero en base a los sindicatos es confundir los problemas, ya que no debemos decir que el sindicato tiene que transformarse en partido obrero porque es mucho mejor que los obreros, aparte de sus sindicatos, tengan un partido obrero de masas.

Además, la consigna de que la CGT se transforme en partido político para intervenir en las elecciones nacionales le da un objetivo oportunista al movimiento sindical en vías de reorganización en la solución de sus problemas. Es decir, le plantea que la solución vendrá únicamente por la vía

electoral, en lugar de confiar únicamente en la movilización de la clase y en su lucha contra el gobierno.

18. La nueva dirección del movimiento obrero entronca con nuestro futuro como partido revolucionario

La clase obrera comienza a darse una nueva dirección. La represión ha sometido a una dura prueba a las direcciones sindicales y políticas de nuestra clase. De esta prueba salen enormemente fortalecidos los mejores compañeros; los activistas sindicales más valientes y capaces. En un país eminentemente presidencialista como el nuestro, la caída del gobierno significa todo un acontecimiento y modifica las relaciones generales de las clases entre sí y con el imperialismo. Hasta el momento estos cambios han quebrado a todas las direcciones obreras; la caída de Yrigoyen quebró el anarquismo; la terminación de la década infame y la subida del peronismo, liquidó a la dirección stalinista; la caída del peronismo liquidó la vieja dirección sindical peronista y está dando lugar al surgimiento de una nueva, aunque esta también sea peronista. No es casual que viejos dirigentes desaparezcan del gremio textil, y que en cambio surjan otros nuevos. Estos últimos se superan, aprenden a trabajar en las nuevas condiciones, y se erigen en los nuevos grandes dirigentes.

Una cosa es que la clase obrera esté alumbrando una nueva dirección y otra muy distinta es la forma que asumirá esa nueva dirección. Esta nueva dirección puede llegar a ser oportunista o revolucionaria. Justamente nuestra tarea es que esa dirección sea revolucionaria, o mejor dicho, que la dirección revolucionaria llegue a dirigir a la clase obrera.

Nuestro partido cumple en el terreno general de la vida de la clase obrera la misma función que la tendencia sindical revolucionaria: lucha contra los sectores de la clase obrera que quieren colaborar, negociar permanentemente, con los patrones y el imperialismo. Nosotros queremos cambiar este régimen de explotación para inaugurar otro que liquide la explotación de clase. Nuestra mayor lucha es con nuestros compañeros para barrerles las telarañas de la educación al servicio de la patronal que recibieron desde pequeños. Tenemos nuestra propia organización nacional e internacional justamente porque tenemos que luchar en el seno de nuestra propia clase contra los agentes conscientes de la patronal y el imperialismo.

En el movimiento obrero hay un sector, los jerarcas y sus amigos, que creen que el movimiento obrero no debe luchar contra este régimen de explotación para liquidarlo. La base obrera en su mayoría sigue a esos jerarcas, y sus posiciones. Por eso estamos organizados férreamente hacia afuera y democráticamente hacia adentro, para luchar contra el gobierno, los otros partidos y los jerarcas sindicales con posibilidades de éxito.

Nuestro programa ha soportado la dura prueba de los hechos; en el terreno internacional, la teoría de la Revolución Permanente —base del marxismo-leninismo-trotskismo—, ha sido confirmada por todos los hechos. El proceso revolucionario tiene un carácter internacional, de problema en problema, y de país en país, y solo la clase obrera puede llevar adelante ese proceso revolucionario. El trotskismo es el único que previó esa situación y se preparó como partido mundial para enfrentarla. Últimamente, los trotskistas revolucionarios reafirmaron el carácter contrarrevolucionario del stalinismo y sus actuales protegidos, los socialistas patronales. El Partido Comunista francés apoyó al socialista patronal Mollet,⁴⁰ cuyo gobierno —para salvar su decadente imperio— masacra al pueblo argelino, avanzada de los trabadores del mundo entero. Solo la Cuarta Internacional, apoya a Argelia con todas sus fuerzas y por eso sus integrantes son combatidos, y clausurada su prensa en el mismo corazón de Francia, por su valiente campaña solidaria con los revolucionarios argelinos. La Cuarta Internacional apoya a Argelia, lo mismo que ayer apoyó a Corea del Norte; en la misma forma que mañana apoyará todas las luchas de la clase obrera —las dirige quien las dirige— contra el imperialismo y la patronal.

40 **Guy Mollet** (1905–1975) fue un político socialista francés, que ejerció como primer ministro entre 1956 y 1957, durante la época de la IV República. Lideró la sección francesa de la II Internacional Obrera entre 1946 y 1969.

La Cuarta Internacional, al reivindicar la más importante enseñanza del movimiento obrero en los últimos 100 años: su carácter internacional y revolucionario, se ha quedado sola como la única organización internacional y revolucionaria de la clase obrera mundial. De ahí el famoso: ¡Obreros del mundo uníos! hoy día se concreta en una sola teoría, en un solo programa y organización, en la Cuarta Internacional trotskista. Nuestra organización internacional refleja la conciencia del actual proceso revolucionario mundial.

En Latinoamérica nuestro movimiento es el único que ha sabido dar una salida programática fundamental al plantear, como tarea central en esta parte del mundo, la unificación de los países latinoamericanos como única forma de solucionar las tareas democráticas más urgentes y primarias. Pero lo que nos caracteriza no es solamente el haber planteado la unificación latinoamericana, sino la forma de lograr esa unificación: a través de una Federación de Estados Obreros Latinoamericanos. Hemos sabido unir a este planteamiento general, un análisis también general y correcto de la más grande revolución latinoamericana: la Revolución Boliviana.

Al insistir en que solo un gobierno obrero solucionaría los problemas de Bolivia, de sus trabajadores y campesinos; y que había que oponerse de lleno al gobierno de Paz Estenssoro, hemos dado los lineamientos generales de una política que a la par de revolucionaria, ha sido fundamentalmente correcta. Agreguemos a esto otra conquista de nuestro partido: el batallar la teoría de años porque en Bolivia se luche para que el idioma oficial sea el que los habitantes de aquel país, en su mayoría indios, resuelvan. Este planteamiento es el único verdaderamente democrático hasta el fin. En nuestro país, nuestro partido fue el primero en trabajar en los sindicatos peronistas y fue también el único que hizo actos en los barrios obreros en homenaje a León Trotsky, y que afrontó las elecciones con una intensa actividad pública. Nuestros militantes han dirigido o tenido papel dirigente en muchas de las más grandes luchas de la clase obrera argentina, como en las huelgas de la carne de 1945, la textil de 1947, etcétera.

Últimamente hemos luchado hombro a hombro con los peronistas contra el golpe de estado reaccionario. Aún más: hemos dicho que el triunfo del golpe era inevitable a menos que se cambiará la política peronista que lo facilitaba. Sin dejar de criticar acerbamente la conducción peronista, intervinimos de lleno en todas las concentraciones y movilizaciones peronistas contra el golpe que se avecinaba.

A partir de la caída del peronismo, cuando la clase obrera comienza a superar a su dirección o interviene en las grandes huelgas, nuestra organización participa también de lleno en todas las concentraciones y movilizaciones peronistas. Somos los únicos que en el momento actual creemos que la tarea fundamental es reorganizar al movimiento obrero, sindical, y fabril, y que solamente esa organización podrá barrer al gobierno y dar soluciones a los problemas del movimiento obrero y del país. Coincidimos con el peronismo sobre la necesidad de barrer al gobierno actual, pero discrepamos completamente con él en la forma de hacerlo.

Nuestra organización, por su trayectoria, tiene derecho a pretender dirigir y captar a lo mejor de la clase obrera. Hemos luchado por aplicar el programa revolucionario a la realidad nacional durante 15 años; así también como para unirlo a la vanguardia de la clase obrera y a la realidad latinoamericana. Así surgió el GOM (Grupo Obrero Marxista), que se dirigió inmediatamente a los barrios obreros y a las fábricas. Nuestra organización estuvo a muerte contra la Unión Democrática y penetró a fondo en los sindicatos peronistas; hasta fundó algunos de ellos dirigiéndolos.

Las huelgas de la carne del año 1945 hablan por sí solas de nuestra actividad. Tratamos por todos los medios de lograr la legalidad, y cuando nuestro programa y nuestros cuadros obreros nos llevaron a un cierto punto, formamos el Partido Obrero Revolucionario (POR). Nos pusimos ese nombre porque nuestros partidos hermanos de Latinoamérica llevaban el mismo.

Imposibilitados de obtener la legalidad, el gobierno peronista nos la negó metódicamente, llegamos a un acuerdo con el Partido Socialista Revolución Nacional (PSRN). Nosotros interpretamos la creación de tal partido por el peronismo como un intento de éste para canalizar por la izquierda la radicalización de la clase obrera, fundamentalmente de su vanguardia. Creímos conveniente ayudar a ese curso izquierdista del movimiento obrero con nuestras posiciones revolucionarias, y entonces

llegamos a un acuerdo con el PSRN; se nos admitió la incorporación con absoluta libertad para plantear nuestras posiciones revolucionarias con nuestros métodos ante el grueso de la clase obrera.

Así lo aclaramos en *Lucha Obrera*,⁴¹ el primer órgano de nuestra tendencia. Jamás capitulamos ante el peronismo; utilizamos la legalidad para defender nuestra política revolucionaria intransigentemente ante el conjunto de la clase obrera. Las vírgenes revolucionarias, los sectarios empedernidos, creen que el haber llegado a miles y miles de obreros con nuestras posiciones, durante y después de las elecciones de 1954, en nuestro trabajo legal, no tiene ninguna importancia. Para nosotros en cambio, fue de enorme valor. Fue esa experiencia la que nos permitió piquetear en la forma fabulosa en que lo estamos haciendo. Y fue ese aprendizaje el que nos permitió llamar a la huelga general pacífica el 17 de octubre de 1955.

Hoy día, cuando a los mejores activistas sindicales se les plantea el problema de darse una nueva dirección, ven que nuestro programa y nuestros cuadros son la única garantía real para lograr ese objetivo.

La necesidad de la actuación legal nos ha impedido hasta el momento, dada la fluidez de la situación nacional, precisar con corrección la etiqueta de nuestra organización. Pero sobre este maremágnum de nombres sobresalen dos hechos con toda precisión: ante las grandes masas somos el ala izquierda del Partido Socialista Revolución Nacional (PSRN) que edita *La Verdad*; para determinados sectores de vanguardia del proletariado somos el Partido Obrero Revolucionario (POR), la organización trotskista ortodoxa. Podemos y debemos reivindicar ambas cosas. En efecto, somos el ala trotskista ortodoxa dentro del PSRN. Es decir que nuestra organización debe reflejar su actividad en su nombre: en escala internacional ser parte del trotskismo ortodoxo; y en escala nacional haber formado el frente anti reaccionario con el peronismo y haber sido la extrema izquierda de ese frente, intransigentemente anti patronal y antiimperialista, contra la propia dirección sindical y política del peronismo.

Nosotros, trotskistas ortodoxos, socialistas revolucionarios, poristas, capitalizaremos así nuestro acierto: haber actuado en forma audaz, revolucionaria y correcta en las tentativas de formación de un partido obrero, marxista revolucionario con perspectivas de masas. Surgiremos así de esta crisis de la dirección del movimiento obrero argentino como su auténtica dirección revolucionaria.

Apéndice

(El texto de *¿Y después de Perón, qué?* se terminó de redactar en abril de este año [1956]. Las dificultades editoriales que acompañan siempre a toda organización revolucionaria, para quien no están disponibles grandes rotativas, demoraron hasta la fecha, la aparición del trabajo. Los importantes acontecimientos producidos entretanto exigen la inclusión de este apéndice).⁴²

19. Una aventura trágica: el golpe peronista

El país, el gobierno reaccionario y la clase obrera han sufrido las consecuencias directas o indirectas del primer golpe de estado peronista. Analizar sus consecuencias es una obligación para nosotros, vanguardia socialista revolucionaria de la clase obrera.

El golpe de estado se llevó a cabo en una situación general caracterizada por lo siguiente:

a) En el plano de la lucha de clases nos encontramos con que la clase obrera comenzaba a superar la derrota y la desorganización y en forma lenta se rearmaba para enfrentar la ofensiva patronal-gubernamental-imperialista: el mejor ejemplo de esto era la reorganización de la Federación de la Carne, por un lado, y la lucha por las paritarias llevadas en Rosario por la CGT local, por el otro. Pero

41 *Lucha Obrera*, (Por un Partido Obrero. Por un Programa Obrero Anticapitalista y Antiimperialista) editado por la Federación Bonaerense del Partido Socialista Revolución Nacional, Avellaneda 1 al 7 de abril, 1954. NM

42 En junio de 1956 se produjo un intento de levantamiento peronista contra la dictadura, encabezado por el General Juan José Valle, que fracasó. La represión fue salvaje. Valle y otros militares fueron pasados por las armas. Un grupo de trabajadores fueron detenidos y fusilados sumariamente en un basural de José León Suárez.

si esta era la característica fundamental en el terreno de la lucha entre los obreros y sus enemigos, un fenómeno de gran importancia se comenzaba a dar en el campo de la pequeña burguesía, que se dividía en dos alas, la que seguía apoyando al gobierno y la que comenzaba a romper con él. Este fenómeno se reflejó en el problema estudiantil. Paralelo a estos hechos, importantes sectores de la burguesía comenzaban a oponerse o se oponían abiertamente al gobierno. Sintetizando, podemos decir que el golpe se produjo cuando la clase obrera comenzaba a reorganizarse y levantar cabeza, un sector de la pequeña burguesía rompía con el gobierno, haciendo lo propio sectores de la burguesía. Es decir, el golpe se produjo cuando los elementos de crisis del actual régimen comenzaban a aflorar y no cuando habían llegado a su madurez.

b) En el aspecto político el golpe de estado se produjo cuando el gobierno venía maniobrando para atar política y económicamente en forma definitiva el país al carro del imperialismo yanqui, y con ese objeto trataba de lograr una fórmula “popular” de continuismo que garantizara esa política. Esa fórmula popular giraba alrededor de dos ejes: garantizar elecciones que permitan el triunfo de un hombre de la Unión Democrática, o que gane cualquier radical pero que por el régimen parlamentario sea controlado por esa misma Unión Democrática.

c) En el aspecto sindical, el gobierno modificó su línea de entregar el movimiento sindical a los libres y resolvió abrir un curso de libertad para dividir y maniobrar con el movimiento obrero.

El golpe de estado se ha dado en el momento menos apropiado para debilitar y voltear al gobierno. Objetivamente se dio después de la derrota del movimiento obrero y cuando éste aún no se había repuesto definitivamente de ella y antes, quizás mucho antes, que los elementos de descomposición del régimen hayan llegado a su madurez.

Estos dos hechos condicionaron el fracaso inmediato del golpe y su carácter profundamente aventurero, putschista. Pero como todo fenómeno social ha revelado, aunque en forma distorsionada, las características esenciales de la realidad actual. Estas características esbozadas en el golpe, son más importantes de señalar que el hecho indiscutido para los marxistas revolucionarios, del carácter burgués y aventurero del putsch. La actuación destacada de suboficiales, el llamado en algunos lugares al armamento de los civiles y de obreros (aunque con tremendas limitaciones partidarias), el invocar la huelga general –en Lanús— demuestran a las claras que por mínimas, esporádicas y parciales que estas medidas hayan sido, que la defensa aun burguesa de la independencia nacional, que la lucha aun burguesa contra el gobierno reaccionario y colonizador lleva implícita una superación y revolución de las normas burguesas, por arriba de las intenciones subjetivas de las direcciones y sus autores. Es decir, aunque no lo quieran, deben en alguna medida recurrir a métodos plebeyos y a la clase obrera. La “subversión” peronista de lo establecido, que en todos momentos apuntaba elementos de poder dual, se agudiza y se agudizará en todo intento por voltear al gobierno. Esto es justamente lo que comprendió la oposición burguesa al gobierno, al apoyar sin condiciones a éste: querían evitar esos elementos de poder dual.

El putsch demostró, entre otras cosas, lo fácil que es derrotar al gobierno con una movilización revolucionaria de la clase obrera. Un golpe de estado de unos pocos centenares, sirvió para hacer tambalear a todo el régimen. No tenemos más que imaginar lo que significaría una huelga general contra el gobierno con piquetes de obreros armados y decididos a todo. En esas condiciones la caída del gobierno sería un decreto, regimientos enteros se pasarían en pleno al movimiento revolucionario. Esta perspectiva debe quedar grabada en todos los militantes revolucionarios, porque es la perspectiva histórica.

El resultado del putsch ha sido acelerar y precisar aún más todos los planes del gobierno, por un lado, y el proceso de la lucha de clases por el otro. Eso significa en líneas generales:

— Que el ascenso y reorganización de la clase obrera continúa su curso. Para la clase obrera el putsch significó recordarle que su gran enemigo: el gobierno, puede y debe ser combatido. Es decir, fortificó su oposición política al gobierno.

— Que la pequeña burguesía se seguirá dividiendo. Ahora se divide alrededor de los fusilamientos y al peligro de la lucha de clases, aunque la verdadera división será provocada por una razón económica: la crisis y la colonización yanqui.

— Que el gobierno maniobrará más que nunca a favor de la Unión Democrática, para garantizarle el gobierno por la vía ejecutiva o legislativa.

— Que en el terreno sindical, al comprobar ninguna intervención en el putsch del movimiento obrero, mantenga su política de dejar hacer para que el movimiento obrero termine de dividirse en mil pedazos.

La lucha contra el gobierno continúa siendo llevada políticamente a cabo por el peronismo y nosotros, socialmente por la clase obrera. Estos hechos hacen que el peronismo siga teniendo un futuro político como la corriente burguesa que colabora con la clase obrera para defender un esbozo de independencia nacional. Aunque solo la clase obrera puede derrotar al gobierno. Esto no significa que inevitablemente del hecho que solo la clase obrera pueda derrotar al gobierno, la derrota de éste llevaría al gobierno a la clase obrera. Por el contrario, la clase obrera con su oposición pasiva al gobierno derrotará tarde o temprano a éste; pero si una vanguardia revolucionaria no la acaudilla, el triunfo de la clase obrera sobre el gobierno, con el apoyo de la clase media, puede significar una ulterior derrota de la clase obrera, un nuevo gobierno patronal tipo Perón, o un gobierno pequeño burgués tipo Frondizi.

Esta última variante, como consecuencia de la oposición obrera al gobierno, es digna de ser considerada. El régimen peronista es lo máximo que la burguesía ha podido dar y hacer como defensa de la independencia nacional. El frondizismo es lo máximo que la pequeña burguesía podría dar. Es posible que el proceso histórico pruebe al frondizismo, es decir, a la pequeña burguesía, antes de desecharlo. Como también es posible que pruebe de nuevo al peronismo como un frente popular patronal-pequeño burgués-obrero, basado en la movilización revolucionaria de la clase obrera antes de desecharlo para siempre.

La salida menos costosa para la clase obrera depende de nosotros y de nuestra audacia, si comprendemos que ya somos la dirección revolucionaria de la clase obrera.

Esta perspectiva general del país y del movimiento obrero se da en una situación que se concreta en el problema del gobierno. El actual gobierno reaccionario hará todo lo posible por encerrar a la clase obrera dentro del cretinismo parlamentario a lo Chile, Uruguay, Ecuador. Es decir, el gobierno tenderá por todos los medios, a encontrar una salida legal útil al imperialismo yanqui y que contenga a la clase obrera. Un gobierno de fuerza, dictatorial, es sumamente peligroso para el imperialismo yanqui y para la misma patronal. Un gobierno legal dentro de la democracia burguesa no aceptado por sectores importantes de la burguesía nacional y con el repudio de la clase obrera también es peligroso.

De esa contradicción surge un plan político del gobierno de proclamar como su objetivo político la democratización del país y al mismo, tiempo asegurar el continuismo de la Unión Democrática, vía el unionismo radical. Es decir, dentro de los planes del gobierno está el dar elecciones y una Constituyente. Esta es la perspectiva política inmediata para la clase obrera. Del peronismo no puede esperar la clase obrera más que otro intento de putsch.

Debemos por consiguiente ajustar nuestra política a esas dos perspectivas. Primera: la de elecciones. La ridiculez del planteo de los comunistas y otras variantes se demuestra en el hecho que el gobierno tiene la misma política que ellos. Nuestra política es un enfrentamiento masivo entre la clase obrera y el gobierno. Esto no significa que debemos dejar de lado la posibilidad de presentarnos a elecciones.

La presentación a elecciones debe tener un solo objetivo: mostrar el repudio general al gobierno y la voluntad revolucionaria de voltearlo. No puede tener otro objetivo. Dada nuestra debilidad, lo mejor es lograr alguna forma de presentación a las elecciones para hacer una intensa propaganda trotskista revolucionaria. Es decir, utilizar las elecciones para fortificar y crear una corriente política revolucionaria en la clase.

Decimos esto porque en condiciones ideales, si esa corriente y ese partido revolucionario fueran ya una parte importante existente en el seno de la clase, la política correcta podría ser un acuerdo general con el peronismo, de voto político de repudio al gobierno o de boicot a las elecciones.

Ese voto de repudio o ese boicot sería de hecho el frente único con el peronismo para ir contra el gobierno reaccionario. Eso sería lo correcto en condiciones ideales. Pero esas condiciones ideales (Partido y corriente revolucionaria y fuerte en la clase), no existen. Debemos entonces utilizar esta elección como utilizamos la otra, para desarrollar intensamente nuestras posiciones, para hacernos conocer en forma bien diferenciada del peronismo, aunque idealmente caigamos a una posición sectaria.

Segunda: la alternativa de putsch peronista o neo-peronista no está descartada. El descontento general, y en especial de distintos sectores de la burguesía, abre esa posibilidad. Nuestra táctica frente a las elecciones deriva en gran medida de nuestra estrategia general frente al peronismo. De hecho hoy día nos diferenciamos con claridad del peronismo: ellos por el putsch, nosotros a favor de la reorganización del movimiento sindical. No descartamos la variante boliviana que un putsch se transforme en una revolución, al empalmar con la movilización obrera, recién entonces entraremos en este proceso revolucionario.

Por el momento la estabilidad gubernamental es grande y el movimiento obrero no se ha restablecido de sus derrotas; no existen posibilidades de esta última variante.

Lo importante es que el peronismo se abstendrá frente a las elecciones. Nosotros, si boicoteamos o hacemos un voto político, de hecho, aparecemos ante la clase como la quinta rueda del carro peronista. Esto sería peligrosísimo, tan peligroso como que ahora se nos confunda como putschistas. Si ya fuésemos bien conocidos podríamos distinguirnos del peronismo por el programa de frente único, aunque tuviésemos la misma táctica frente a las elecciones. Pero esta no es la situación y por lo tanto debemos desviar en algo la táctica para supeditarla al fin estratégico —desde el punto de vista de nuestra lucha para ser la dirección reconocido del proletariado— que es delimitarnos claramente de la política patronal del peronismo y evitar que, por una razón táctica, se confundan nuestros programas y estrategias. Pero esto se debe lograr en el curso de la lucha por el objetivo primordial de toda nuestra actividad, que es derrocar al gobierno oligárquico. Por eso el eje y tema básico de nuestra campaña electoral será: “Estas elecciones son las más antidemocráticas que se han visto. Son una farsa y estamos contra ellas. Nuestro programa es subir al gobierno para convocar a elecciones con participación de todos los partidos y personas, se llamen como se llamen, aunque los jueces de la oligarquía los hayan declarado ‘disueltos’ o ‘delincuentes’ y dejar entonces el gobierno.”

Esto es más necesario que nunca después del putsch y antes de las elecciones y futuros putschs. Queremos ser dentro del frente antigubernamental la corriente clara y precisa por su antiperonismo obrero y revolucionario consecuente. El frente único de hecho con el peronismo contra el gobierno oligárquico, nos obliga a hacer resaltar las diferencias y no ocultarlas. Este ejemplo debe ser llevado a todos los planos de nuestra actividad. Es la única forma de lograr estructurar una verdadera corriente de clase en el movimiento obrero.

20. Las elecciones sindicales obligan a luchar por nuevas direcciones

Con el decreto del gobierno que llama a elecciones en todos los sindicatos y las reglamenta, se cierra la etapa de la clandestinidad total y absoluta del movimiento sindical argentino. Se abre ahora una etapa de relativa libertad y legalidad.

Hasta ahora la principal tarea era salvar la organización y la unidad sindical

Bajo el “régimen depuesto” algunos importantes sindicatos fueron intervenidos y sus afiliados, puestos en la clandestinidad, no tenían libertad ni legalidad para reunirse ni para resolver los problemas que los afectaban. Esto ocurrió en algunos sindicatos, como los gráficos o la FOTIA [Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar], pero no en todos.

Por el contrario, desde el advenimiento de este gobierno que proclama la libertad y la democracia como sus objetivos primordiales, la situación varió radicalmente. No se intervino solo algunos sindicatos, sino a todos ellos y a la propia CGT. Concretamente, el nuevo gobierno mandó a la clandestinidad a todo el movimiento sindical, desde la CGT hasta las comisiones internas de fábrica.

Frente a esta nueva situación, creímos necesario antes que nada salvar, como mínimo, la unidad y organización sindical. Nuestro criterio fue claro: aunque las organizaciones sindicales estén intervenidas deben seguir subsistiendo. Es decir, frente a la asfixia de la organización sindical provocada por las intervenciones era fundamental que los sindicatos siguieran viviendo. Nosotros creímos que para lograr esto era necesario cumplir dos condiciones: primero, apelar a la iniciativa democráticamente expresada de los activistas sindicales; y segundo, tener una Comisión Directiva o Junta de Emergencia provisoria de la CGT y de cada sindicato. Sostuvimos que esa Junta de Emergencia, para evitar divisiones estériles, debía constituir la dirección que estaba al frente del sindicato cuando éste fue intervenido; sólo en el caso de que esta dirección se negase a luchar por la supervivencia y la reorganización del sindicato se debería apelar a otra dirección provisoria.

Únicamente el cumplimiento de esas dos condiciones podía salvar, en las duras circunstancias por las que pasaba el movimiento obrero, a la organización sindical unitaria.

Muchos activistas sindicales nos han criticado esta línea, que creyeron una capitulación ante la vieja dirección sindical. Pero nosotros no hemos hecho otra cosa que ser consecuentes con nuestra posición de que lo fundamental era defender la organización y la unidad sindical. La ilegalidad en que sumió a la clase obrera la “revolución libertadora” planteaba la necesidad impostergable de señalar una dirección que garantizara la unidad mínima de cada sindicato. Por supuesto, cada tendencia se consideraba la adecuada, y esto aceleraba la división del movimiento sindical. Para evitar esto, nosotros planteamos entonces que lo más lógico y lo que salvaría la unidad del sindicato en esa difícil situación era reconocer a la anterior dirección sindical, nos gustara o no, sin disminuir ni atenuar las críticas que nos mereciera su actuación pasada o presente. Dijimos “en estos momentos de clandestinidad no puede haber otra dirección si queremos que el sindicato siga existiendo”. Esto habla mejor que mil juramentos de nuestro respeto por la organización sindical. Nosotros, que durante diez años fuimos enemigos a muerte de la burocracia sindical peronista porque permitía el control estatal de los sindicatos, porque no convocaba a asambleas del personal democráticas y soberanas, porque perseguía en el sindicato y en la fábrica a los obreros que se le oponían, fuimos los únicos y los primeros en defender la libertad de esos dirigentes, negándonos a aceptar que fueran reemplazados o juzgados por militares. Y fuimos, también, los primeros y los únicos en decir: “No queremos ganar sindicatos a costa de la división sindical. Con tal de que el sindicato siga unido reivindicamos como dirección provisoria a la que estaba cuando los sindicatos fueron intervenidos, y mientras los sindicatos se reorganizan en la clandestinidad.”

Por desgracia no fuimos plenamente escuchados. Los activistas sindicales de importantes gremios reconocieron la necesidad de la reorganización y de aceptar críticamente a la vieja dirección sindical, hasta tanto el gremio reorganizado se diera otra. Pero las más altas direcciones del movimiento sindical argentino, después del paso progresivo que dieron al constituir la Junta de Emergencia de la CGT, no hicieron absolutamente nada para establecer un contacto democrático con los activistas. Esto malogró los esfuerzos de los activistas, que se encontraron y se encuentran desorientados, al ver el fracaso estrepitoso de las que hasta ayer eran sus direcciones.

Las elecciones nos obligan a luchar ahora, en primer lugar, por direcciones sindicales nuevas, honestas, democráticas y combativas.

Lo que no lograron ni las direcciones sindicales peronistas, ni otras tendencias, lo lograron espontáneamente el movimiento obrero y los activistas sindicales, derrotando el primer plan sindical del gobierno. Este plan se proponía controlar los sindicatos mediante los “gremialistas libres”. Pero el repudio total de los trabajadores por los “libres”, reflejado entre otras oportunidades en el acto del [estadio] Luna Park, obligó al gobierno a dar marcha atrás y a cambiar sus planes. Ya no trata de entregarle las direcciones sindicales a los “libres”, sino de anarquizar y dividir el movimiento sindical. Y a este plan obedece el decreto del gobierno llamando a elecciones sindicales. Las elecciones crean

la posibilidad de un acuerdo entre muchos dirigentes sindicales peronistas y el gobierno, ya que esos dirigentes prefieren transar con el diablo antes de perder totalmente sus puestos y prebendas. El decreto sobre elecciones sindicales estimula los apetitos y las trenzas de los dirigentes y tiende a dividir los sindicatos internamente (en fracciones, con luchas entre dirigentes y caudillejos) y externamente (haciendo nacer nuevos sindicatos).

El movimiento sindical ha dejado o está en vías de dejar la clandestinidad. Esto debe merecer la atención de todos los activistas sindicales. Hoy la defensa de la unidad y de la organización sindical pasa a un nuevo plano: elegir en cada sindicato la mejor dirección, la más honesta, la más democrática y combativa. Es decir, al haber elecciones ya está garantizada automáticamente la unidad sindical si todas las tendencias sindicales se comprometen a respetar lo que resuelva la mayoría de los obreros de cada gremio. Lo fundamental, entonces, es lograr mayoría, o por lo menos una importante minoría, para los compañeros más combativos. Es decir, se trata de conquistar en las elecciones nuevas y combativas direcciones sindicales.

Fuera los “libres” y carneros de las direcciones de los sindicatos

Decimos que hay que conquistar direcciones nuevas porque es un hecho evidente que las direcciones conocidas del movimiento sindical no sirven.

Dos direcciones conocidas son las que se disputan en este momento las direcciones sindicales: los “libres” y los peronistas o neo peronistas.

De la dirección “libre” lo mejor que podemos decir es que nos avergüenza considerar que esta gente tenga algo que ver con el movimiento obrero. Felizmente, el 99 % de los obreros la repudia. Los “libres” son los que han estado firmemente con las intervenciones militares en los sindicatos; los que están de acuerdo con el Plan Prébisch; los que están en contra del sacrosanto principio sindical de que los militantes y los dirigentes sindicales solo deben ser juzgados por los obreros; los que están, en fin, porque el país pase del todo a la esfera de influencia del imperialismo yanqui. Esta dirección, a pesar del repudio merecido del movimiento obrero, tiene algunas posibilidades en ciertos gremios, gracias a su acuerdo con ex dirigentes sindicales peronistas que quieren acomodarse con esa corriente.

Las altas direcciones peronistas tampoco sirven. Los delegados y los dirigentes de fábrica, sí

La dirección sindical peronista no se diferencia esencialmente, en cuanto a los métodos, de los “libres”. Al Igual que estos han aceptado, cuando ellos reinaban, la intervención del Estado en los sindicatos y que se suprimieran todas las libertades democráticas en el movimiento obrero.

Bajo Perón, las direcciones sindicales peronistas no dieron mayor libertad que los “libres” hoy día. Y cuando cayó Perón se metieron debajo de la cama, pidieron “orden” y llamaron a carnerar el 17 de Octubre. Esto no quiere decir que no haya profundas diferencias entre las direcciones sindicales peronistas y los “libres”. Una de esas diferencias y no la menos importante, es que los peronistas reflejan en todos los gremios a una mayoría o una importante minoría. Otra es que, a diferencia de los “libres”, están en forma más o menos consciente por una relativa independencia del país frente al imperialismo yanqui.

Pero, pese a todo eso, lo que demuestra en forma concluyente que esa alta dirección peronista no sirve es su actuación en 1955. Fue incapaz de frenar los golpes reaccionarios, fue incapaz de jugarse por los ideales que decía sostener. Cobarde, sin iniciativa, caudillesca, camandulera, dejó pasar los acontecimientos más importantes sin hacer absolutamente nada. El 16 de junio, 16 de septiembre y 17 de octubre de 1955 son tres fechas, entre tantas otras, que demuestran la cobardía de esa dirección y su incapacidad para jugarse por lo que ella debía considerar sagrado. Pero su fracaso completo fue el no haber sido capaz de reorganizar el movimiento sindical en la clandestinidad.

Necesidad de una nueva dirección

Los peronistas y los “libres” son las dos direcciones más conocidas del movimiento sindical. No mencionamos a los comunistas porque no tienen importancia. Pero existe otra dirección, que es ignorada por la gran prensa en manos de la patronal. Es la dirección anónima, la que todos los días pone el hombro a la organización sindical o fabril sin sacar nada, ni autos, ni viáticos o sueldos, ni honores. Son los grandes activistas de la clase obrera, muchos de ellos dirigentes de fábrica, los que en estos momentos de ilegalidad mantienen dentro de sus posibilidades la organización sindical o fabril. Esa extraordinaria dirección, aunque ella misma todavía no se ha dado cuenta de que lo es, debe ser la que derrote a las direcciones prepotentes, burocráticas, que se disputarán las direcciones sindicales en las próximas elecciones.

Al caudillismo, a los dirigentes que todo lo supeditan a su acomodo y al de su camarilla, esa dirección de base del movimiento sindical debe oponer el principio de que nada hay superior al gremio y a los compañeros. Para esta dirección heroica y anónima no será ningún sacrificio imponer normas ultra democráticas en el movimiento sindical. Acostumbrados a apelar todos los días a la opinión de los compañeros de sección o de fábrica, estos dirigentes, desconocidos para la gran prensa, podrán fácilmente establecer todos los meses asamblea del personal.

Para ellos, que no tienen nada que ocultar, hacer lo que pidan los compañeros del gremio será lo más fácil. Lo mismo que enfrentar a la patronal y al gobierno, ya que así lo han hecho en todo momento, antes y después del 16 de septiembre.

Organizar a los activistas en agrupaciones sindicales que disputen las elecciones

Esta encrucijada histórica del movimiento obrero argentino tendrá una salida positiva para los trabajadores si de ella surge una nueva dirección para el movimiento sindicalmente organizado. Esta dirección tendrá un programa sencillo: todo se hará consultando día a día los intereses de los compañeros y apelando a su iniciativa; no habrá resoluciones sin asambleas del personal; no habrá asambleas de personal que no sean soberanas; habrá asambleas mensuales en todos los escalones de la vida sindical; se promoverá a nuestra clase para que ocupe el lugar de dirección que le corresponde en la vida nacional. Este sencillo programa, solo una nueva dirección del movimiento obrero podrá aplicarlo. Y esa nueva dirección ya existe en las secciones y en las fábricas; para que llegue a dirigir los sindicatos solo es necesario que se organice a fin de aplastar las trenzas y las maniobras de las viejas direcciones. Hay que evitar que las trenzas derroten a esta nueva dirección. La única forma de aplastar las trenzas de los viejos dirigentes duchos en camándulas, es organizar a esa dirección de base para lograr un programa, una lista y una acción unitaria de todos los activistas. Esa organización será democrática interiormente, pero deberá disciplinarse férreamente para actuar hacia afuera, a fin de impedir que las trenzas de los caudillos sindicales la derroten.

Sólo así esos activistas, probados a fondo en los últimos meses, que han valido años de experiencia, podrán llegar a la dirección de los sindicatos. Solo si estos nuevos dirigentes llegan a las direcciones de los sindicatos, el movimiento obrero y el país estarán salvados.

21. Al plan político del gobierno hay que oponerle una política independiente

El gobierno ha informado ¡por fin! cuáles son sus planes políticos: elecciones para el fin del año que viene; el estudio de la posibilidad de llamar a asamblea constituyente y la próxima promulgación de un Estatuto de los Partidos Políticos.

La vanguardia obrera debe estudiar el significado del paso dado por el gobierno. Esto no significa que como los radicales crean, que el plan político del gobierno da la base para comprender todo su plan. Por el contrario, los activistas sindicales saben que el verdadero plan del gobierno ha sido hace tiempo formulado y que se está aplicando: es el Plan Presbisch. Este es el verdadero plan

gubernamental, con él se piensa cambiar todas las relaciones del país con el imperialismo, de los patrones con los obreros y entre los distintos sectores de la patronal. Este plan Prébisch ya en vías de ejecución servirá para asentar el dominio del país por los yanquis y de los obreros por la patronal, así como también desplazará a los sectores más independientes de la patronal, los ganaderos, los industriales y los comerciantes a ellos ligados.

La extraordinaria discusión alrededor del plan político del gobierno ha servido justamente para esconder a los ojos de los trabajadores que el verdadero plan político-económico del gobierno se lo sigue aplicando inexorablemente.

Justamente el aspecto más importante del plan político del gobierno de Aramburu es que se da el tiempo suficiente para lograr aplicar hasta el fin el plan Prébisch. Si recién a fin del año que viene hay elecciones, eso significa que recién a mediados del año 1958 se cambiará el gobierno. El gobierno tendrá así casi tres años para llevar a cabo el plan Prébisch contra el país y los trabajadores. Mientras tanto, toda oposición al plan Prébisch será desviada con el argumento que el nuevo gobierno democráticamente elegido resolvería, en definitiva. Pero eso será una mentira más, los desastres que Prébisch ocasiona al país y a los trabajadores serán más que difíciles de enmendar. Dejando de lado que en estos dos años el gobierno maniobrará todo lo posible para lograr tener un digno sucesor que garantice el estatuto impuesto por Prébisch al país y a los trabajadores.

Eso es lo esencial del plan político del gobierno. Esto no quiere decir que no haya en ese plan otros problemas.

La pugna de la intransigencia radical con los otros partidos políticos

Alrededor del plan político del gobierno se repitió la pugna que divide a la intransigencia radical de los otros partidos.

La intransigencia radical disputa con los otros partidos sobre dos cuestiones institucionales de gran importancia: si lo primero debe ser la Constituyente o las elecciones nacionales, si debe haber un régimen presidencialista o parlamentario. La vanguardia obrera debe saber qué se esconde detrás de esa aparente discusión teórica. Alrededor de la Constituyente y del régimen parlamentario se agrupan los sectores directa o indirectamente ligados a la colonización del país por el imperialismo yanqui. Por medio de una Constituyente y de un parlamento todopoderoso (manda el parlamento y no el presidente), con 20 partidos presentes con fuerzas parejas, el imperialismo puede maniobrar mucho mejor. El sistema presidencialista no divide a la patronal argentina en 20 o 30 sectores, sino por el contrario unifica a toda la patronal argentina para hacer presión sobre un solo hombre, el presidente de la República. Esta presión tiene muchas mayores posibilidades de tener éxito con el régimen presidencialista. No es una casualidad que el régimen parlamentario rija en aquellos países que sufren la colonización yanqui más desembozada como Chile y Uruguay. En nombre de la democracia se intenta implantar un régimen parlamentario que sea útil a las intrigas imperialistas y magnífico circo para que los trabajadores disputen encarnizadamente si deben o no abrirse los prostíbulos o si debe haber enseñanza religiosa, olvidándose como en Chile y Uruguay que se ha firmado el pacto bilateral.

La intransigencia radical, al oponerse al llamado a Constituyente y al sistema parlamentario demuestra que defiende, con su hipocresía y cobardía habitual, una relativa independencia del país frente a la colonización yanqui. La intransigencia no quiere que el gobierno o el país se debiliten frente a los yanquis. Este sentimiento refleja la voluntad de sectores de la clase media que desean un curso independiente del país, que éste esté cada vez más fuerte.

La división entre los radicales

La pugna entre los radicales intransigentes y los otros partidos se refleja dentro del propio partido radical en la división entre unionistas e intransigentes. Aunque lógicamente hay algunas diferencias provocadas por el cambio de ambiente.

Para los partidos pro yanquis se trata de debilitar al partido radical dirigido por los intransigentes y para el unionismo la cuestión es algo distinta: se trata de fortalecer y no debilitar al radicalismo, para ellos copar la dirección del partido. Por eso hubo una diferencia de importancia entre el unionismo y los otros partidos, fundamentalmente el Demócrata Cristiano y el Socialista, a pesar de responder todos ellos a la misma marca de fábrica *made in USA*, como el nylon. Los unionistas quieren el estatuto de los partidos políticos tanto como las elecciones. Con el estatuto de los partidos piensan copar la dirección nacional del partido y la candidatura a la presidencia de la Nación.

El gobierno al prometer un estatuto de los partidos políticos responde al plan del unionismo radical de copar su partido. Pero en general, con su plan de conjunto, ha matado varios pájaros de un mismo tiro: ha garantizado, antes que nada, la aplicación del Plan Prébisch; ha tranquilizado a los partidos que considera mayoritarios, al radical; ha llevado una cierta esperanza a grandes sectores de trabajadores que vendrá una cierta normalización constitucional; ha dado los pasos necesarios para garantizar que los unionistas radicales podrán copar el partido radical y por último garantizar legalmente su acción de gobierno. Pero no terminan ahí las maniobras del gobierno. Apoyado por todos los partidos, a excepción del nuestro, ha puesto fuera de la ley a determinados partidos y se apresta a sacar un estatuto o una reglamentación que impedirá a determinados ciudadanos, por motivos dispares, formar partidos y ser candidatos. Creemos que esto sería uno de los fraudes más escandalosos de nuestra historia política. En una auténtica democracia no hay distingos entre los ciudadanos: todos tienen derecho a formar partidos y a ser candidatos.

Una elección que se efectúa teniendo en la ilegalidad a determinadas agrupaciones políticas, es un fraude escandaloso. La clase obrera argentina no lo permitirá.

La clase obrera no puede quedarse en silencio ni quieta, necesita tener una política independiente

Un sector del ejército, junto a los nacionalistas cuenta con la posibilidad de ganarse la voluntad de la clase obrera argentina. La intransigencia radical piensa lo mismo. Nosotros creemos que ha llegado el momento que la clase obrera argentina deje de apoyar a abogados y militares o a la política de los patronos o el imperialismo para llevar sus hombres y su política al gobierno.

La experiencia del anterior régimen es aleccionadora a ese respecto. A pesar de haber sido quien mayores conquistas otorgó a los trabajadores, el hecho de ser un gobierno de militares, abogados y patronos, hizo que esas conquistas se perdieran una a una. La clase obrera argentina necesita una política obrera llevada a cabo por un órgano político que agrupe a la clase en su conjunto o, como mínimo a sus representantes más esclarecidos, los activistas sindicales. Esa debe ser la gran experiencia de los últimos años: los obreros deben dirigir al país para llevar a cabo una política de verdadera justicia social, independencia económica y soberanía política. Los obreros no pueden ni deben confiar en otros cuadros, ni en otros programas que los obreros.

Todas las clases han sido probadas en el gobierno nacional. Sólo una no ha pasado por esa prueba: la clase obrera, a pesar de ser la única clase capaz de aplicar en forma consecuente una política en beneficio único y exclusivo del país. Todo lo que se le exige a la clase obrera argentina es que debe tener su propia política para oponerla a la de los partidos de la patronal y a la del imperialismo yanqui, para derrotar el plan político del gobierno.